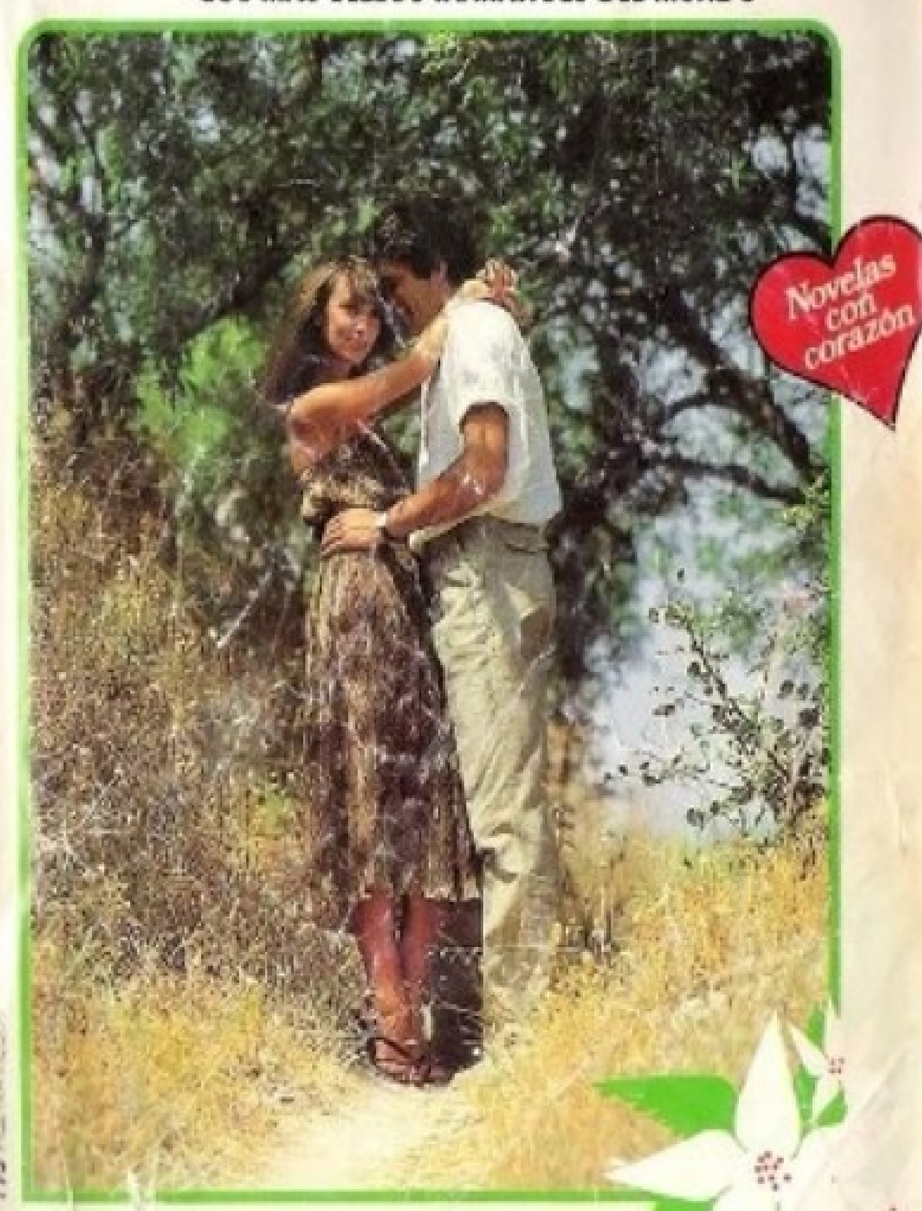
JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO

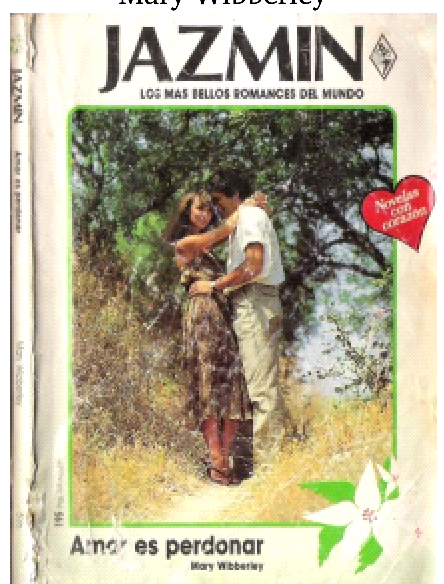


Amar es perdonar

Mary Wibberley

Amar es perdonar

Mary Wibberley



Amar es perdonar (1988)
Título Original: Runaway marriage (1979)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 535
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Sandor Gregas y Janette «Jan» Hunter

Argumento:

A Jan la abrumaban los planes de su boda, así que huyó a Cornualles para reflexionar en la paz y tranquilidad de la casa de su tía Jessie. Para su sorpresa, encontró que la cabaña ya estaba ocupada por el misterioso y turbador Sandor Gregas.

Pocos días después estaba casada, no con su prometido, Jeremy, sino con Sandor, sobre el cual aún no conocía nada, excepto que se había enamorado locamente de él. Comprobó que sabía muy poco de su marido cuando supo sobre Alison y Nicky…

Capítulo 1

Aquello era la gota que colmaba el vaso. Absoluta y decididamente el colmo. Con calma Jan Hunter hizo pedazos las dos invitaciones y las tiró al suelo. Después cogió el cuaderno que tenía al lado del teléfono, pasó la primera hoja, que tenía una nota de su madre, y empezó a escribir.

Cinco minutos después, cerraba de golpe la puerta principal de la elegante casa en Sant John‘s Wood, lanzaba la maleta, que había preparado a toda prisa, al asiento de atrás del jaguar rojo y se alejaba de allí a toda velocidad.

Desde una ventana de la planta alta el ama de llaves la había visto y movió la cabeza en señal de desaprobación y lamento. Hacía varias semanas que sospechaba que aquello ocurriría.

Jan abandonó Londres como si el mismo demonio la persiguiera. Encendió la radio pues no quería pensar en nadie, ni en su boda ni en Jeremy. Sólo quería huir y era lo que estaba haciendo. Necesitaba escapar al único sitio que había sido su refugio durante toda su vida: la cabaña de su tía Jessie en Cornualles. Sólo ella la comprendería. Jan anhelaba abrirle su corazón, decirle que a sólo una semana de su boda, era tal la presión que ejercían sobre ella, que no podía aguantar más.

Al principio ambas familias habían acordado efectuar una ceremonia sencilla y a Jeremy le pareció una idea magnífica. Él odiaba la ostentación tanto como Jan, o al menos eso le hizo creer. Sin embargo, cuando empezaron los preparativos, todo cambió, incluyendo a Jeremy. No le dieron oportunidad de decir esta boca es mía. Su madre fue muy cautelosa para hacer el cambio de iglesia y organizar la recepción para trescientos invitados en el Hilton. Lo hizo con mucha discreción y la novia, presa de los nervios y feliz por el próximo matrimonio con su querido Jeremy, no se dio cuenta del giro de los acontecimientos y se vio arrastrada por ellos.

Se estremeció y conectó la calefacción, a pesar de que hacía un buen día. No podía revelarle a nadie la repentina sensación de pánico que la invadía pues se reirían de ella y lo achacarían al nerviosismo previo a la boda. Conocía muy bien a sus amigos, a los de Jeremy y a los de su madre. Sin embargo, lo que acababa de ocurrir era el colmo.

La nota que le había dejado su madre era precisa y breve, como siempre. En ella le ordenaba a Jan que firmara dos invitaciones de última hora, por supuesto, para dos queridos amigos que llegarían

desde los Estados Unidos en viaje de negocios. Algo muy sencillo, pero eso aunado a lo que había ocurrido la noche anterior cuando se disgustó con Jeremy, fue demasiado.

Apagó la radio pues a sus pensamientos le molestaba el parloteo insulso del locutor.

Jeremy la desilusionó cuando le dijo que no entendía que cancelaran la luna de miel en las Bahamas para irse a la cabaña de la región de los lagos. Su expresión fue de asombro cuando le contestó:

—Querida, podemos pasar dos semanas fabulosas. Los Fitzgerald nos prestan su casa de la playa y se mantendrán lejos de allí.

—Sabes que no es así, han organizado fiestas, días de campo y sabe Dios cuántas cosas más. Quiero estar a solas contigo. ¿No te das cuenta?

—Por supuesto que sí, encanto, pero son amigos de mi padre. ¿Qué pensarán si decimos que no ahora?

Ella le gritó que no le importaba lo que pensaran su padre, los amigos de la familia, su madre o las madres de sus amigos. Él se despidió furioso después de decirle que se tranquilizara, que pronto formaría parte de su mundo y que debía acostumbrarse a la idea de que pronto se convertiría en la esposa del heredero de la fortuna Redmayne y debía aprender a obedecer las reglas sociales que su posición le imponía.

Dinero. Era lo único en que pensaban su madre y Jeremy. Los dos pretendían manejar su vida como si fuese un muñeco. Ella pensaba que podría cambiar a Jeremy una vez que estuvieran casados; le haría ver que existían cosas más importantes. Pero aún no había llegado el momento; él, su padre y su propia madre se dedicaban a organizarlo todo. Pues bien, que hicieran lo que quisieran; ella se sentaría alrededor de la chimenea de tía Jessie, mientras ellos firmaban las invitaciones de última hora y se aseguraban de que las flores fueran las más caras de Londres. Lo harían todo muy bien, probablemente mejor, sin su presencia. El viernes regresaría en compañía de su tía, se casaría y viviría feliz para siempre.

Tenía la boca seca. No había comido nada desde la tarde anterior, sin embargo, no podía probar bocado; pero necesitaba beber algo, así que se detuvo en el primer pueblo que encontró a tomar un café y comprar algo de comida para llevarse a casa de su tía. Dos horas más tarde recorría el tramo final de la carretera. Sólo dos kilómetros más y habría llegado. En ese momento vio una casa a medio construir y disminuyó la velocidad. Había un camión y una hormigonera, pero no vio a nadie. Jan frunció el ceño. Aquel terreno pertenecía a su tía y ella no le había comentado que lo hubiera vendido.

Dejó escapar un suspiro de alivio al ver la cabaña y disminuyó casi totalmente la velocidad, pues la superficie de la carretera estaba en malas condiciones.

Por fin llegó hasta la puerta, la abrió y gritó:

—Tía Jessie, soy yo —los dos galgos irlandeses saltaron casi derribándola con su entusiasta bienvenida. Dejó la caja con los alimentos sobre una silla y rio a carcajadas.

—Hola *Dominó*, *Finn*, dónde está vuestra due…

Se quedó sin habla cuando vio que había un hombre en la puerta de la cocina. Aún estaba deslumbrada por la luz del sol y no podía verlo bien, pero se dio cuenta de que era alto, fuerte y muy moreno.

—Hola —saludó él—. ¿Quién es usted?

De inmediato Jan se dio cuenta de dos cosas: primero de que tenía acento extranjero y segundo de que no había amabilidad en su voz. Jan se dirigió despacio hacia donde estaba el desconocido, para verlo mejor. ¿Qué hacía allí? Lo que más la desconcertaba era que los perros no parecían asustados.

—¿Quién es usted? —le reclamó—. Esta es la casa de mi tía y…

—Sé de quién es la casa, pero a usted no la conozco —no había brusquedad en su voz, pero sí arrogancia.

—Mi nombre es Jan Hunter y soy sobrina de Jessie. ¿En dónde está ella?

Sin contestarle, el desconocido dio media vuelta y entró en la cocina para retirar la tetera que había empezado a silbar. Jan lo siguió y lo observó con detenimiento. Era alto y de espalda ancha. Al verlo con claridad se le aceleraron los latidos del corazón. Parecía un gitano; iba vestido con unos viejos pantalones vaqueros y una camisa de cuadros que llevaba arremangada hasta los codos, lo que dejaba al descubierto unos fuertes brazos.

El rostro era tan singular que le costaba apartar la vista de él: bronceado, duro, con ojos grises, la nariz ligeramente ancha como si se la hubieran roto en alguna ocasión y la boca amplia. Su aspecto resultaría más apropiado en un barco pesquero que en una cocina. Tenía el pelo de color negro y el cuello como de jugador de rugby, grueso y fuerte.

—¿Cree que podrá reconocerme la próxima vez que me vea?

Jan se sonrojó y se sintió como una boba. Él sonrió como si le divirtiera su confusión.

—Mi nombre es Sandor Gregas y estoy aquí como huésped de su tía. Iba a prepararme una taza de café, ¿le apetece a usted otra?

Estuvo a punto de decirle lo que podía hacer con su taza de café, pero resistió a la tentación.

—Por favor —le contestó mientras se sentaba—. ¿Ha salido mi tía?

No le respondió de inmediato.

—A mí me gusta el café cargado, espero que a usted también —en realidad el tono de su voz indicaba que le importaba poco cómo le gustara a ella—. Su tía no está aquí.

—Ya lo veo.

—Quiero decir que se encuentra en Londres.

—¡Oh, no! ¿En Londres? Acabo de salir de allí.

Él se encogió de hombros.

—Lo lamento mucho, no me habló de usted…

—Ella ignoraba que yo fuera a venir —lo interrumpió Jan, deteniéndose de inmediato, pues no quería dar más explicaciones.

—Quizá haya sido por eso —sacó del armario dos tazas y las puso sobre la mesa.

—¿Por qué está usted aquí?

—¿Por qué? ¿Por qué no debía hacerlo? Alguien tiene que alimentar a los perros.

Dominó y *Finn* que estaban a los pies de Jan, movieron la cola como si comprendieran lo que él decía.

—No me refería a eso —le contestó a la defensiva.

—¿A qué se refería entonces? —le preguntó mientras servía el café y colocaba una botella de leche sobre la mesa.

—Por lo general no suele recibir muchas visitas. ¿Cómo sé que…?

—¿Que no soy un ladrón? —la interrumpió él—. No tiene forma de saberlo así que tendrá que aceptar mi palabra o llamar por teléfono a su tía. Se hospeda en casa de una amiga y me dejó anotado el número de su teléfono —se sentó frente a ella y la miró a los ojos. Jan desvió la vista.

—Ha ido a Londres porque necesita hacer algunas compras para una boda a la que tiene que asistir la semana próxima. Se casa su sobrina —despacio, como si algo que no comprendía la obligara a mirarlo, Jan dirigió la vista hacia él.

—¿Es de su boda de la que se trata?

—Sí —susurró.

—Qué extraño, ¿y qué hace usted aquí?

Jan se quedó paralizada y cuando por fin iba a contestar, sonó el teléfono. Él se levantó.

—Espere —le dijo con desesperación—. No… —se detuvo y se pasó la lengua por los labios secos.

—¿Es para usted?

—Creo que sí —había palidecido.

Seguramente su madre había leído ya la nota que le dejó.

Él se sentó de nuevo.

—Si no quiere cogerlo, déjelo que suene, pero si llaman de nuevo tendré que contestar, quizá no sea para usted.

—Sí, lo sé.

El teléfono continuó sonando como si quien llamara supiera que había alguien allí. Al fin cesó y Jan se sintió aliviada. Terminó de tomarse el café, que estaba fuerte; justo lo que necesitaba en aquel momento.

—Si vuelven a llamar, ¿no será mejor que me diga lo que quiere que conteste? —le preguntó él.

—Mi madre deseará saber qué demonios hago aquí.

—¿No lo sabe?

—No.

—Ya veo —Jan se dio cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo por no sonreír.

—Usted no ve nada y no quiero discutir el asunto.

—Entonces le sugiero que conteste usted misma. Es lo bastante maleducada como para hacerle frente a cualquiera, incluso a su propia madre.

—¡Cómo se atreve! ¡Cómo se atreve a ser tan arrogante!

—Usted es la arrogante —la contradijo él con calma—. Llega exigiendo saber quién soy como si estuviera a cargo de la vida de su tía, lo que no es así. Ella puede invitar a su casa a quien desee y cuando quiera.

Jan lo observó sin poder hablar hasta que al fin recuperó la voz.

—¡Es usted insoportable!

—Y usted muy malcriada. ¡Lo que le hace falta es una buena azotaina!

Jan se puso de pie.

—Voy a llamar a mi tía. Cuando le diga que… —se detuvo.

—¿Cuándo le diga qué? —él también se levantó—. ¿Que no le agrado? ¿Qué quiere que me vaya? ¿Qué cree que le contestará? —lanzó una carcajada—. ¿Supone que la conoce bien? ¿Acaso la autorizará a pedirme que me vaya? Venga, llámela.

—¡No me quedaré aquí con usted!

—Estoy seguro de que hay hoteles donde podrá hospedarse.

Jan contuvo el aliento y cogió el teléfono. En aquel instante comprendió que en realidad lo que deseaba saber era quién era él y qué hada en la cabaña.

Tía Jessie no se mostró sorprendida y su reacción a la llamada de Jan fue normal.

—Hola querida. ¡Qué lástima que no podamos vernos! Estoy con

Dolly haciendo algunas compras para tu boda. De todas formas descansa mientras estés ahí.

—¿Quién es él? —susurró Jan.

Había cerrado la puerta de la cocina, pero no le sorprendería que estuviera intentando oír la conversación.

—¡Oh, te refieres a Sandor! ¡Cielos, lo había olvidado! —tía Jessie rio y Jan dejó escapar un suspiro—. Está cuidando los perros. Salúdalo y dile que hay otro paquete de comida para perros en la despensa.

—¿Qué hace aquí? —susurró Jan apretando con fuerza el auricular.

—¿No te lo ha dicho? Es muy agradable ¿no te parece? Es un encanto tenerlo como vecino. Pregúntale todo lo que quieras saber, querida, pues yo tengo que dejarte. Dolly me está haciendo señas de que ha llegado el taxi. ¿Quieres algún recado para tu madre, querida?

—No, la llamaré más tarde. Adiós, que os divirtáis con las compras.

Jan colgó el auricular y regresó despacio a la cocina.

Entró, se sentó y empezó a llorar. Fue a sacar un pañuelo del bolso y éste cayó al suelo esparciendo todo lo que contenía. Sandor Gregas se arrodilló y la ayudó a recoger el maquillaje, el perfume, la billetera y todo lo demás.

—¿Es esto lo que deseaba?

Ella cogió el pañuelo.

—Sí, gracias.

Soltó el bolso sobre la mesa y le preguntó:

—¿No cree que le sentaría bien contarme lo que le pasa?

—No me pasa nada, gracias por recogerme las cosas —se secó los ojos—. Tiene que perdonar estas lágrimas.

—Yo no tengo nada que perdonar —le comentó él—. ¿Se va a quedar aquí?

—No tengo otro sitio dónde ir, no hay ningún hotel en varios kilómetros y tampoco suficiente dinero. Salí de casa a toda prisa —lo miró ya recuperada.

—No puede quedarse.

—¡No pienso volver a Londres!

—¿Se quedará conmigo?

—A menos que usted se vaya.

—Tampoco tengo a dónde ir. Hasta que haya terminado de construir mi casa.

Lo miró boquiabierta.

—¿Es usted el dueño de la casa nueva?

¿Cómo era posible que su tía lo hubiera aceptado como inquilino?

Era tosco y de apariencia dura, un desconocido y además albañil. Debió de contarle una historia conmovedora para convencerla.

—Le prometo que no pienso tocar la plata.

Jan se sonrojó.

—Yo no he dicho nada —le replicó.

—Lo veo en su rostro, ¿además de malcriada es usted presuntuosa? Un pobre trabajador puede ser tan honrado como usted, señorita Hunter. Pero nunca tan mentiroso.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Por qué no quiere hablar con su madre?

—¡Eso no significa que sea una embustera! ¡No sea absurdo!

—Usted lo es, la gente no huye si tiene valor. Se queda y se enfrenta a la situación por molesta que sea y procura encontrar una solución.

—Usted no sabe nada de mí, no tiene derecho a hablarme en ese tono.

Lo miró y pensó que si conociera a su madre seguramente cambiaría de idea.

—Además, no pienso contarle nada. Por lo visto no nos queda más remedio que pasar juntos unos días, señor Gregas, así que creo que lo mejor sería que pactáramos una tregua.

—No me había dado cuenta de que estuviéramos en guerra —hizo un movimiento afirmativo con la cabeza—. Sin embargo, creo que tiene razón. Hoy es viernes y el fin de semana se trabaja poco en la casa; será mejor vivir en armonía ya que vamos a compartir el mismo techo. A partir del lunes, durante el día tendrá la cabaña para usted sola. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—Tendré que regresar la semana próxima.

—Desde luego, con seguridad para el sábado. Ese es el día de la boda, ¿no es así?

—Sí.

—¿Sabe su novio que está aquí?

—Sólo si mi madre se lo dice.

—Ah, ya veo.

—Me gustaría que dejara de decir ah y ya veo. Tuvimos una ligera discusión, pero no es asunto suyo.

—¿La ama él? —su impertinencia la dejó sin aliento.

—¡Por supuesto!

—¿Y usted lo ama?

Lo miró fijamente.

—Realmente no veo por qué…

—Por favor conteste.

—Desde luego que sí.

—Entonces llámelo por teléfono y dígale dónde está.

—¿Por qué?

—Porque debe saberlo.

Jan bajó la vista y la centró en sus manos. Tenía razón, no obstante, no quería llamar por teléfono a Jeremy. No deseaba hablar con él.

Capítulo 2

—No —dijo levantando la vista—, aún no. Iré a por mi maleta al coche y por algo de comida que he traído. La camioneta de la tienda sólo para una vez a la semana.

—Lo sé, hace más de un mes que estoy aquí.

Era una sorpresa, pues Jan había llamado por teléfono a su tía en varias ocasiones y nunca le dijo que tuviera a nadie hospedado en su casa.

—La ayudaré. Vamos.

—Yo puedo hacerlo sola —le contestó con dignidad.

—Claro que sí, pero de todas formas sería un poco descortés si no la ayudara, ¿no le parece?

—Gracias —le contestó.

Salieron y llegaron al coche. Él abrió la puerta y sacó el equipaje.

—¿Es todo?

—Tiene un automóvil muy bonito, ¿es suyo?

—Sí, fue el regalo de mi madre cuando cumplí veintiún años.

Él no hizo comentario alguno y se dirigió de nuevo hacia la cabaña, en la puerta recogió la caja de víveres que ella había dejado en el banco. Dejó la maleta en el pasillo y la caja en la cocina.

—¿En qué habitación está durmiendo usted? —le preguntó ella.

—En la pequeña —era la que Jan acostumbraba utilizar.

—Entonces usaré la de mi tía. Voy a subir a refrescarme y después guardaré la comida.

—Si suena el teléfono mientras está arriba, ¿debo contestar?

Jan dudó un instante.

—Sí, en caso de que sea para mí diga que yo llamaré después.

—Muy bien.

Decidió tomar un baño y cuando terminó, unos veinte minutos después oyó que hablaban por teléfono. Se detuvo, preguntándose si debería bajar, pero decidió esperar.

La persona con la que hablaba era su madre y él parecía muy divertido. Sin hacer ruido bajó hasta la mitad de la escalera desde donde pudo observarlo; estaba de espaldas a ella. Aún no se había dado cuenta de su presencia.

—Vivo aquí. No, no quiero darle explicaciones por teléfono. Yo le he dicho mi nombre, señora, y usted no me ha dicho el suyo; si no me habla con más calma colgaré.

Jan casi podía escuchar la explosión al otro lado de la línea y a

continuación él soltó el auricular en su sitio.

Jan dejó escapar una pequeña exclamación, él se dio la vuelta y le sonrió. No era una sonrisa agradable.

—¿Era su madre?

—Desde aquí me pareció que sí —le contestó con una mueca.

—Entonces tendrá que disculparme.

—¿Por qué? Ella no está acostumbrada a que la gente le replique. Lamento mucho que haya tenido que escucharla.

—No lo he hecho. Le he colgado. Supongo que volverá a llamar dentro de unos minutos. ¿Desea contestar o lo hago yo?

—Yo lo haré, gracias.

—Como quiera, pero debo advertirle que no parece muy contenta.

—Lo sospechaba —terminó de bajar la escalera—. Ya no me importa —añadió, aunque sí le importaba—. Mientras espero su llamada tomaré otro café.

—¿Ha comido algo hoy?

—No, pero no tengo apetito.

—Tiene que hacerlo, le prepararé una tortilla francesa. Yo tampoco he comido desde el desayuno y tengo hambre.

Comenzó a sonar el teléfono, Jan aparentó serenidad mientras se dirigía a él y levantó el auricular.

—¿Jan? —la voz de su madre casi le rompió el tímpano—. ¡Al fin! ¡Por todos los cielos, espero que tendrás una buena disculpa que darme! Has provocado un caos, Jeremy llamó por teléfono y tuve que decirle que te habías ido. ¿Qué demonios te propones? ¿Y quién es ese abominable desconocido que ha contestado el teléfono?

—Vive aquí. No te preocupes, regresaré la próxima semana, necesito unos días para…

—¡Regresarás hoy! ¿Has olvidado adónde vamos todos esta noche? ¡Cielos, lo has olvidado! —el tono de voz de su madre subió a causa de la ira.

Jan no sabía de qué le hablaba.

—¿Adónde? —le preguntó desconcertada.

—¡La recepción en la embajada! ¡No puedo creerlo! Debes regresar de inmediato. Si te das prisa llegarás hacia las siete, ¿me escuchas?

—No.

El silencio que siguió fue casi tan explosivo como la voz de su madre.

—¿Qué quieres decir con eso?

:—No voy a regresar ahora, no tengo ganas de conducir.

—Entonces toma un taxi. Es una recepción importantísima, el embajador y su esposa desean conoceros a ti y a Jeremy.

—No puedo, ya he tenido suficiente.

—¿Suficiente? ¿Suficiente qué, por todos los diablos? Te vas a casar la semana próxima, ¿o has olvidado eso también? Además, si piensas que te vas a quedar en una cabaña con un búlgaro o lo que sea, estás muy equivocada querida. Jessie no está ahí, ¿verdad? ¡Imagínate si los periódicos llegan a enterarse de la noticia! Eres tonta, Jan, siempre lo has sido, pero no voy a permitirte esto. Ahora llama por teléfono un taxi y…

—No. Me voy a quedar aquí. —la interrumpió y colgó el auricular. Pálida y temblorosa entró en la cocina.

—¿Es usted búlgaro? —le preguntó a Sandor.

—No, húngaro, ¿por qué?

—Mi madre decía que era usted… —hizo un intento de reír, mas no lo logró.

—Siéntese, la tortilla está hecha.

—Le he colgado, ¿qué haré ahora?

—¿Qué quiere hacer?

—Nada, absolutamente nada. Quieren que regrese para asistir a una recepción de la Embajada de Estados Unidos de la que me había olvidado por completo. Para mi madre es muy importante.

—¿Por qué?

—Porque es directora de una compañía de refrescos angloamericana. ¿Ha oído hablar de Zesty-Cola?

—Sí.

—Esa es mi madre, ella es Zesty-Cola.

—¿Es estadounidense?

—No, pero su tercer esposo, mi padrastro, lo era. Es una señora muy ocupada.

—Estoy seguro. ¿Desea ir a esa fiesta?

—No. Me utilizan como un adorno —Jan se detuvo, horrorizada. Le estaba confiando cosas que no tenía intención de comentar con nadie y mucho menos con él.

—Quiero decir, le gusta que yo vaya con ella…

—Usted es muy hermosa —le dijo, pero su mirada no era la de un hombre que la admiraba sino más bien la de un observador desinteresado que evaluara una obra de arte.

—Pero eso ya lo sabe usted, ¿no es cierto?

Ella rio sin muchas ganas.

—No es cierto, al menos no interiormente. Todo es…

—Acaba de bañarse y no tiene maquillaje, debería mirarse en el espejo.

Se alejó y colocó con habilidad la tortilla en un plato.

Jeremy le decía que era hermosa, en cambio su madre siempre le había dicho que era demasiado alta y delgada.

—Mi madre es muy guapa. Disfruta mucho cuando la gente se equivoca y piensa que soy su hermana menor.

Él rio a carcajadas.

—¿Lo dice de verdad?

—Sí.

—¡Qué barbaridad! Ande, cómase eso.

Jan se había acostumbrado a los comentarios que despertaba su madre al entrar en un salón, a los murmullos que acompañaban a las presentaciones.

Aquella noche su entrada en la embajada no sería tan espectacular, probablemente por eso estaba tan enfurecida.

Por fortuna, dentro de muy poco tiempo dejaría de vivir con ella y lo haría con Jeremy, su esposo. Sería la señora Redmayne, ocuparía un hermoso apartamento desde donde se veía Hyde Park, organizaría cenas y actuaría como anfitriona de su suegro, el viudo, John Redmayne, un hombre rico y encantador que en muchos aspectos se parecía a Coral Hunter. Por eso no se agradaban mutuamente.

Suspiró. Jeremy no era, afortunadamente, como su padre. Había heredado su encanto pero no su crueldad.

—Por favor, coma.

—Lo siento —obediente, cortó la tortilla—. Está deliciosa —dijo después de probarla—. ¿Le ha puesto alguna hierba?

—Sólo para darle sabor —la contempló con fijeza—. Está usted a muchos kilómetros de aquí, ¿en qué piensa? ¿En la llamada telefónica?

—No, en mi novio.

—Como debe ser. ¿Entonces por qué parece infeliz?

—No lo estoy. Lo amo.

—Lo dice como si tuviera necesidad de asegurarse de ello.

—¿Cómo se atreve a decir eso?

Él se encogió de hombros.

—Porque es cierto.

—Se lo dije antes porque usted fue lo bastante descortés como para preguntarme —dejó sobre el plato el cuchillo y el tenedor—. Espero que no tengamos otra discusión, ya he tenido bastantes disgustos durante las últimas veinticuatro horas.

—Mejor ahora que después de la boda, cuando sea demasiado tarde.

—Habla usted como si se tratara de una condena a cadena perpetua.

—Quizá lo sea. ¿No es mejor ver las cosas con claridad ahora que tiene la oportunidad y que está a muchos kilómetros de distancia de él, que esperar a tener el anillo en el dedo? Si está cometiendo un error…

—¡No estoy cometiendo ningún error! Todo fue un malentendido sobre la luna de miel… —se interrumpió, lo había hecho de nuevo—. No sé por qué le digo estas cosas, no creo que le interesen.

—La gente me interesa y por consiguiente usted, su prometido y su madre.

—¿Además de albañil no será usted psicólogo?

Él le sonrió.

—No exactamente, pero tampoco soy albañil. ¿Siempre tiene que clasificar a las personas por lo que hacen? Todos somos individuos únicos, usted también lo es; ha decidido visitar a su tía en un momento inconveniente. Esto probablemente molestará a una o dos personas y desde luego que ha encolerizado a su madre; tampoco creo que su prometido esté complacido, en particular si sabe de mi presencia aquí, pero de todas formas usted ha venido y ha decidido quedarse. Cuando regrese a Londres habrá aclarado sus pensamientos, es obvio que en estos momentos está muy confundida.

—¡Santo cielo!

—¿La sorprendo? ¿Porque le digo la verdad?

—Posiblemente.

—¿Cuál fue ese malentendido sobre la luna de miel?

Se lo contó y aunque pareciera extraño sintió un gran alivio al hacerlo.

—¿Y eso es todo? ¿El motivo por el que se ha escapado?

—Sí —su voz era un susurro.

—¿Por qué no se lo dijo cuando discutieron el asunto por primera vez en lugar de dejarlo hasta el último instante?

—Porque, ¡oh! —lo miró con los ojos muy abiertos—. Usted no me comprendería, todo ha sucedido de una forma tan rara. Usted no conoce a mi madre ni a Jeremy.

—Así es. ¿Pero por qué permite que otras personas manejen su vida?

—¡No lo hago! ¿Cómo puede usted decir…? —lo miró indefensa—. No estaría aquí si fuera así.

—Vino aquí confiando en que su tía podría consolarla, ¿no es cierto?

Por primera vez vio con claridad que él decía la verdad.

—Tiene razón —reconoció—. ¡Oh, tiene mucha razón!

—Eso cambia todo —comentó él con tono seco.

—Llamaré por teléfono a Jeremy y se lo diré —se levantó.

—¿Decirle qué?

Jan se detuvo.

—Por supuesto que ha sido absurdo de mi parte dejarme dominar por los nervios. Debí hablar con él y decirle que me quedaré aquí un par de días antes de regresar a casa —sonrió—. ¡Y le diré que seré la esposa perfecta, pero que también tomaré mis decisiones!

—Eso le gustará —le comentó Sandor.

Jan frunció el ceño al pensar que había sarcasmo en su voz; después lanzó una carcajada.

—No me importa si le gusta o no. Tendrá que adaptarse a mi forma de ser.

Fue el padre de Jeremy quien contestó al teléfono y se encontraba de un humor peor que el de Coral. Jan escuchó sus reproches y después colgó el auricular. Permaneció parada mientras Sandor se acercaba. Se volvió hacia él y le dijo:

—Viene para acá.

—¿Quién? ¿Su novio?

—Sí, debe estar a punto de llegar.

—¿Por qué? ¿Viene en helicóptero? —le preguntó divertido pero incrédulo.

—Oh sí, me temo que sí. En el de su padre, quien, por cierto, tampoco parecía muy feliz.

Al ver que Sandor reía a carcajadas se volvió hacia él furiosa.

—¡No hay nada de divertido en esto!

—Para mí sí. Jeremy volando para rescatarla de la bestia desconocida; debe amarla mucho.

—Se está usted burlando de mí. Deje de hacerlo.

—En lugar de enfadarse conmigo, ¿no sería mejor que se preparara para su llegada? ¿Piensa regresar con él a Londres?

—No, no sé, yo…

—Medítelo y después mantenga su decisión.

—Qué fácil le parece.

—Es una buena forma de empezar si realmente piensa hacer lo que acaba de decir.

—Creo que me quedaré, por lo menos hasta el lunes.

—Conmigo.

—Sí, en esta cabaña.

—¿Y le agradará?

—Él confía en mí —le contestó Jan con frialdad.

—Quizá, ¿pero confía en mí?

—¿Cómo puede hacerlo? No lo conoce y en realidad yo tampoco.

—Exactamente. ¿Cómo sabe usted que yo soy de fiar?

—Mi tía no pareció preocupada por su presencia.

—Su tía es una de esas raras personas que sólo ve lo bueno de los demás. ¿Es ella el mejor juez de mi carácter?

—No lo sé. ¿Puedo confiar en usted? —lo miró a los ojos.

—Sí —le dijo en voz baja.

—Entonces eso es suficiente para mí —apartó la vista para no dejarse dominar por la intensidad de la mirada de él—. Creo que subiré a maquillarme un poco.

—Y yo llevaré a los perros a dar un paseo… —se detuvo—. Espere, ¿oye? —lo hizo y el corazón le dio un vuelco.

Salió corriendo y vio el conocido helicóptero rojo y azul buscando un lugar dónde aterrizar. Miró a Sandor Gregas.

—¿Desea que me aleje mientras ustedes hablan?

—Sí, por favor.

—Estaré en mi habitación —ella asintió con la cabeza—. Buena suerte.

—Gracias.

Jan le oyó subir corriendo por la escalera, después cerró la puerta del dormitorio y ella se volvió. El helicóptero había desaparecido de su vista y pronto cesó el sonido. En cualquier momento aparecía Jeremy.

—¡Por todos los cielos, esto es lo más ridículo que he oído nunca, Jan! ¡Mi padre está excitado, tu madre ha envejecido diez años y tú aquí sentada con toda la calma del mundo, tomando café y diciendo que necesitas tiempo para pensar! Sé sensata, querida, todos estamos nerviosos estos días —Jeremy se pasó los dedos por el cabello.

Jan lo miraba y era como si viera a un desconocido.

Aquel era el hombre al que amaba, su futuro esposo y sólo sentía irritación contra él. Se asustó al darse cuenta y para cubrir sus sentimientos intentó ser más cariñosa con él.

—Jeremy, sé que es difícil para ti comprenderme pero mi madre es muy abrumadora, lo sabes.

—Es conmigo con quien te casas, ¿o es que lo has olvidado? Tu madre sólo está haciendo lo mejor que puede por…

—Vosotros os lleváis muy bien, lo sé, pero sólo porque no tienes que vivir con ella. De lo contrario, ya me contarías.

—¡Eres desleal con ella!

—Lo siento, pero es la verdad. Lamento también que hayamos tenido esta discusión, no debí haber ocasionado tantos problemas pues

en realidad no tiene importancia.

—¿Qué quieres decir con eso de que no tiene importancia? ¿Es así como te parece?

Jeremy complicaba las cosas con su actitud y Jan se controlaba con dificultad.

—Sólo quería decir que las Bahamas están muy bien, pero que yo preferiría estar solos.

—Ya habrá tiempo para eso cuando regresemos a Londres —le dijo Jeremy con firmeza.

—¿Tendremos tiempo? ¿Qué me dices de tu padre?

—Él no vivirá con nosotros.

—Su apartamento está encima del nuestro y tú estás muy apegado a él.

—¿También te molesta eso?

—¡Oh, cielos, Jeremy, no quería decir algo así! ¿Qué tratas de hacer, provocar una riña?

—Pues yo diría que tú no la estás evitando —le contestó él—. Nunca te he visto tan quisquillosa. Además tu madre me ha dicho que aquí vive otra persona, un hombre.

—Es un huésped de tía Jessie.

—Sí, pero ella no está aquí.

—¡Yo no lo sabía, de lo contrario no hubiera venido!

—Eso no importa. ¿Crees que permitiré que te quedes sola con él? —se levantó y apoyó las manos sobre la mesa, miró a su prometida con fijeza y de forma agresiva—. Por cierto, ¿en dónde está?

—Arriba.

—¿Por qué no subes, coges tu maleta y le dices que nos vamos?

—Porque no pienso ir a la recepción de esta noche. Además estoy cansada y quiero acostarme temprano; no te preocupes, la puerta de mi dormitorio tiene seguro.

—¡Dios mío, estás loca! ¿No puedes darte cuenta de lo que publicarán los periódicos si descubren que la novia del heredero de una de las mayores fortunas del país se escapa a un nido de amor la semana anterior a la boda? ¡Les encantaría! No seas boba, Jan…

—Eres como mi madre —lo interrumpió—. ¡En lo único que podéis pensar es en los titulares de los periódicos! Deberías casarte con ella… —se detuvo asombrada por lo que acababa de decir y él la miró como si le hubiera pegado.

—Eso es imperdonable —susurró.

—Lo siento.

—Lamentarlo no es suficiente. Ese comentario es muy ofensivo. Creo que será mejor que cojas tu maleta antes de que digamos cosas

que ambos podamos lamentar.

—No voy a regresar contigo.

—No acepto eso.

—No tienes otra opción —estaba temblando y había palidecido intensamente—, a menos que trates de utilizar la fuerza.

—No me obligues a hacerlo —los ojos de Jeremy brillaban. Nunca lo había visto tan furioso—. Te vas a casar conmigo la semana próxima y hasta el día de la boba vivirás en tu casa, eso es todo. Iré yo a por la maleta, ¿en dónde está?

—Ya estoy harta de que manejéis mi vida, mi madre, tu padre y tú.

—¿Qué demonios quieres decir con eso? —se volvió—. ¿Qué demonios quieres decir con eso?

—¡Lo sabes muy bien! —le gritó ella—. ¡Ya lo sabes! Se supone que yo no debo protestar cuando tú te vas a Cannes como hiciste el mes pasado.

—¡Fui a un viaje de negocios!

—Oh sí, ya lo sé. ¿Es por eso por lo que no pudiste llevarme contigo? Y supongo que esperarás que me quede tranquila en casa mientras tú te vas a Estados Unidos o a cualquier parte.

—¡Lo sabías cuando nos comprometimos!

—¡Ignoraba que tú salías con otras mujeres!

—¿De qué hablas?

—No te lo he dicho, pero una amiga mía, Charlotte, estaba en Cannes la semana pasada y te vio cenando en el Carlton con esa cantante de música popular, Chantal de…

—¡Era un asunto de negocios!

—¡Ya me lo dijiste! —le recordó—. No he vuelto a hablar del asunto porque confío en ti. ¡Es una lástima que tú no me correspondas!

—También yo confío en ti.

—No lo suficiente para dejarme aquí.

—Sola con un extranjero, no.

—¿Estarías más tranquilo si fuera inglés?

—No, maldita sea, no quería decir eso y tú lo sabes.

—¿Entonces qué querías decir? ¿Piensas que va a violarme o algo semejante?

—¡Estás diciendo sandeces! —por un instante pensó que Jeremy iba a golpearla.

—No será así, te lo prometo. Seré sólo tuya, Jeremy, pero no voy a regresar en ese helicóptero.

La cogió del brazo y la obligó a volverse.

—¡Desde luego que vas a venir!

—¡Me estás haciendo daño! —Jan se soltó y golpeó a Jeremy con fuerza en el rostro.

—¡Imbécil!

—Vete —le dijo jadeante.

En ese momento se escuchó una voz desde el pasillo.

—Perdonen la interrupción pero, ¿puedo prepararme una taza de café?

Jeremy se volvió muy despacio y después miró a Jan.

—¿Es él?

Temerosa de su reacción ella tragó en seco y le contestó.

—Él es Sandor Gregas.

Jeremy le volvió la espalda al hombre.

—Bien, querida, sube a buscar tu maleta. Es la última vez que te lo digo; no voy a permitir que te quedes aquí con él —hablaba como si Sandor fuera un mueble que estuviera en un lugar inconveniente del pasillo.

—¿Desea ir a buscar su maleta, señorita Hunter? —le preguntó Sandor y ella hubiera podido jurar que estaba conteniendo la risa.

—No, no lo deseo. Pase, señor Gregas y disculpe a mi prometido, está un poco molesto.

—No te disculpes por mí, querida —murmuró Jeremy—. Tengo lengua, ¿recuerdas?

Sandor Gregas estaba detrás de él.

—Discúlpeme —le dijo con mucha cortesía—. ¿Puedo pasar?

Sólo los separaban unos cuantos centímetros y de repente Jan contuvo la respiración.

Capítulo 3

—Desde luego que sí —le contestó Jeremy con tono afable, apartándose—. ¿Está usted hospedado aquí, señor Griggers?

—Gregas —corrigió Sandor recalcando la palabra como si estuviera hablando con un niño—. G-R-E-G-A-S, ¿y su apellido?

—Redmayne.

Sandor se dirigió hacia el fregadero y llenó la cafetera. Vio las dos tazas sobre la mesa.

—¿Les apetece tomar más café?

—No, gracias —fue Jeremy quien contestó con tono seco—. Dígame señor Gregas, ¿estaría usted dispuesto a abandonar esta cabaña por unos días?

Jan sintió que las piernas no la sostenían.

—¿Por qué motivo?

—Porque mi prometida insiste en quedarse, por motivos que sólo ella sabe y como su tía no se encuentra…

Jeremy se detuvo y Sandor le sonrió.

—¿Sí?

—No creo qué sea necesario aclararle más. No es correcto que estén los dos solos.

—Quizá no, pero yo no tengo dónde ir.

—Estoy seguro de que podríamos encontrar un hotel.

—No lo dudo, pero por desgracia, eso no me conviene.

—¿Qué le conviene entonces? ¿Tengo que hablar con más claridad? Jan es la sobrina de la señorita Ingles. Perdone mi franqueza pero usted es un desconocido de quien francamente nunca hemos oído hablar.

—Usted desea aclarar cosas, señor Redmayne, me parece muy interesante y el hecho de que nunca hayan oído hablar de mí es algo que no me preocupa. Yo tampoco he oído hablar de usted y puedo soportarlo.

Sandor le dio la espalda a Jeremy y empezó a poner el café molido en la cafetera.

Jan le dirigió una mirada a su prometido. Estaba segura de que en cualquier momento…

—¿Está usted tratando de ser ofensivo?

Antes de contestarle Sandor cerró la cafetera con mucho cuidado y después se volvió hacia Jeremy.

—¿Ofensivo? ¿Intentándolo? —parecía divertido—. Si así fuera

puedo asegurarle que usted lo sabría. No creo que valga la pena intentarlo con alguien como usted. Estoy hospedado aquí y la única persona que puede pedirme que me vaya es la señorita Ingles, la dueña de esta casa. Por lo tanto ya se ha hablado todo lo necesario y ahora me iré con mi café a la sala pues tengo mucho trabajo. Cuando se marche podría avisarme para asegurarme de que los perros entren. Discúlpeme.

Se sirvió el café y se dirigió hacia la puerta de la cocina sólo para encontrar a Jeremy impidiéndole el paso.

—Usted no se irá así —le dijo, cortante—. Quizá no he hablado con bastante claridad. Le estoy ordenando, no le estoy pidiendo, que deje esta casa.

—Y yo acabo de negarme. ¿Qué piensa hacer? ¿Usar la fuerza conmigo como lo hizo con su prometida? No se lo aconsejo, no soy una mujer y su condición física no es óptima —Sandor observó a Jeremy de pies a cabeza y después, sonriendo, añadió—: ¿Me va a dejar pasar?

Jan se dio cuenta de lo que iba a ocurrir un segundo antes que Jeremy se moviera y gritara algo, pero era demasiado tarde. La taza de café salió volando al mismo tiempo que Jeremy dirigía un golpe al mentón de Sandor. No llegó a dar en el blanco pues mientras la taza caía al suelo, Sandor evadía el golpe moviéndose ligeramente hacia un lado.

—No trate de pelear, amigo —le dijo retrocediendo un paso—, y no intente golpearme de nuevo.

Jeremy avanzó y el húngaro se movió de nuevo hacia un lado cogiéndole el brazo, levantó y le oprimió el brazo con fuerza. Después, muy lentamente, se lo fue doblando hasta que Jeremy, con el rostro pálido, quedó casi arrodillado.

—Ahora va a recoger todas las piezas de la taza que ha roto usted.

Jeremy hizo un esfuerzo por liberarse, lo que le supuso que lo obligara a inclinarse aún más y lanzó un grito de dolor. Al escucharlo, Jan se acercó a Sandor y cogiéndolo del otro brazo, tiró de él.

—Basta —gritó—. ¡Oh, por favor basta! —estaba sollozando.

Sandor soltó a Jeremy, quien se levantó tambaleándose y frotándose el hombro.

Lo insultó en voz baja y Sandor lo golpeó en el mentón mientras le ordenaba:

—¡Salga de aquí!

—No se preocupe, me voy —Jeremy había sufrido más en su orgullo que por el golpe. Miró a Jan—. ¿Vienes o no? Es la última vez que te lo pediré.

Jan había empezado a caminar hacia él cuando escuchó la voz de Sandor.

—Recuerde que es su vida. Si lo sigue ahora continuará tan confundida como cuando huyó de Londres.

Jeremy intervino con una voz que Jan nunca le había oído.

—Si no vienes ahora, será el final. ¡Hemos terminado!

Todo era muy sencillo, sólo tenía que salir. Jeremy la amaba, de lo contrario no habría ido a buscarla. Él la amaba y ella también. Sin embargo, al ver la expresión de Sandor vaciló. Se volvió hacia Jeremy y le dijo con un murmullo apenas audible.

—Eso es chantaje, no deberías hacerlo.

Se dio media vuelta y salió sin pronunciar una palabra más. Jan sintió un ruido atronador dentro de su cabeza y cayó al suelo.

Cuando abrió los ojos estaba acostada en el sofá de la sala y se encontraba sola. En aquel momento escuchó otro ruido procedente del exterior y que fue desapareciendo poco a poco.

—Tómese esto —le ordenó Sandor con suavidad y con una mano le levantó la cabeza. Sostenía en la otra un vaso con agua.

—¿Se ha ido?

—Sí.

—Ha dicho que habíamos terminado —susurró ella.

—¿Cree que hablaba en serio?

—No lo sé, pero usted no debió hacer eso —hizo un esfuerzo para incorporarse.

—¿Qué?

—Lastimarlo, pegarle.

—¿Cree que a mi me ha gustado hacerlo?

—Usted se rio…

—No debí reírme, pero no quería pegarle; lo hice para obligarlo a callar.

—Lo humilló haciendo que se arrodillara.

—Era lo que se merecía.

—Es usted más fuerte que él.

—¿Prefiere a los hombres débiles?

—Por favor váyase y déjeme sola.

—Muy bien, lo haré.

Salió y cerró la puerta. Poco después lo oyó llamar a los perros y lo vio pasar junto a la ventana sin mirar hacia adentro. Por fin estaba realmente sola. Tenía muchas cosas en que pensar y ninguna resultaba agradable.

Había pasado mucho tiempo y el húngaro aún no había regresado con los perros. Era casi la hora del té. Se preguntó qué sucedería en Londres. Sin duda Jeremy ya habría hablado con su madre y pronto sonaría el teléfono, era inevitable. Entró en la cocina para preparar algo de comida. Antes de hacerlo se quitó el anillo de compromiso y lo dejó junto al fregadero. Se le llenaron los ojos de lágrimas al verlo. Era un maravilloso solitario que escogió con amor Jeremy.

Estaba aún cocinando cuando oyó que se abría la puerta y que los dos perros entraban. Después oyó la voz de Sandor.

—Hola, ¿ha preparado algo de comer? Bien. ¿Alcanzará para mí?

—Por supuesto, ¿le gustan las costillas con patatas?

—Estupendo —el viento le había alborotado el pelo y olía a bosque, su aspecto era extremadamente saludable—. ¿Se siente mejor?

—Un poco, gracias.

—¿La hace falta ayuda?

—No.

—Entonces iré a trabajar un poco.

Jan había visto algunos planos y papeles sobre la mesa de la sala pero no los había mirado.

—¿Se relaciona su trabajo con la casa en que está trabajando?

—Sí, de alguna forma. ¿Me disculpa?

—Por supuesto.

No parecía querer hablar de eso y tampoco era asunto suyo, pero sentía curiosidad por saber por qué tenía los planos de una casa. Quizá fuera el capataz.

El sentido del tiempo de su madre fue perfecto. En el momento en que colocaba los platos sobre la mesa y se dirigía hacia la sala para avisar a Sandor de que la comida estaba lista sonó el teléfono. Antes de levantar el auricular le gritó:

—Ya he terminado. Hola.

—Hola, querida Jan —su madre era más peligrosa cuando hablaba con el tono dulce que usaba en aquel instante. Debía prepararse para lo peor.

Oprimió con fuerza el auricular y escuchó en silencio. Comprendió con toda claridad que su madre estaba decidida a no perder el control, algo que dañaba su imagen y pronto tendría que salir para la fiesta de la embajada.

—Pronto saldrás para la embajada, ¿no es cierto?

—Sí, ¿por qué?

—Eso significa que no vendrás aquí esta noche. ¿Jeremy asistirá también?

—¿Cómo va a ir sin ti, querida? —se hizo más seco el tono de su

voz—. ¿Qué quieres decir con eso de ir yo ahí esta noche?

—Nada, pensé que quizá Jeremy te habría pedido que hablaras conmigo.

—Yo no soy correveidile de nadie. Pensé hacerlo, pero no creo que tenga sentido siendo tú tan obstinada. Lo único que te digo es que mejor que Jeremy no encontrarás otro hombre. ¿Te das cuenta de que ese desconocido sabrá quién eres?

—Claro que sí, le dije quién eras tú.

—Se portó en forma extremadamente descortés conmigo cuando hablé con él por teléfono. ¡Debes haber perdido el juicio! Jeremy estaba muy molesto, yo en tu lugar iniciaría el regreso ahora mismo. Puedes llamarlo cuando llegues a Londres.

—Pero tú no estás en mi lugar.

—No estoy segura de lo que pretendes con todo esto, Jan, pero no me gusta el tono de tu voz. Algún tipo de locura se ha apoderado de ti y no me agrada.

—Mamaita, llegarás tarde si sigues hablando. Te llamaré por teléfono mañana para que sepas que estoy bien.

Se produjo un breve silencio y Jan imaginó a su madre mirando el reloj sin saber qué hacer, si cumplir con su deber o hacer lo que realmente deseaba. Al fin le dijo.

—No tienes ninguna duda, ¿verdad?

—Por todos los cielos no.

—¡Jan! ¡Oh. Dios mío! —gimió su madre.

—No te preocupes, todo irá bien. El señor Gregas me ha prometido portarse bien.

—Eso quiere decir que has hablado con él de… Jeremy tenía razón, él tenía razón, ¿qué vamos a hacer?

—¿Qué vamos a hacer de qué? —Jan no esperaba una reacción así de su madre.

—Jeremy dice que ese extranjero parece una bestia. ¡Eso es! Eso lo decide todo, no puedes quedarte.

—No seas absurda, madre —le dijo Jan y colgó el teléfono.

Entró en la cocina, y miró a Sandor.

—He enfurecido a mi madre, volverá a llamar en cualquier momento.

—Sí, ¿quieres que guarde la comida para mantenerla caliente?

—Creo que sí —el teléfono la interrumpió—. ¿Lo ve?

—Hola.

—No vayas a colgarme, ¿me oyes bien? Estoy tratando de conservar la calma pero tú no facilitas las cosas. Tienes que escucharme, ¿estás ahí?

—Te estoy escuchando.

—Ya lo he decidido y es imposible que te quedes con ese hombre más tiempo. Son casi las seis, si sales en media hora llegarás a casa alrededor de las diez. Te dejaré preparado algo de cenar y llamaré a Jeremy para decirle…

—No.

—¡No aceptaré un no como respuesta! Es una orden, no una petición, te vienes a casa esta noche.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces dejarás de ser mi hija. Espero que me hayas comprendido con claridad, Jan. Esta no será más tu casa, no iré a la boda…

—¿No te lo ha dicho Jeremy? Si no regreso a casa no tendrás que asistir a ninguna boda.

El silencio fue su respuesta y Jan añadió de inmediato.

—Así que ya ves, os empeñáis en chantajearme. ¿Permitirías tú que alguien te chantajeara?

—Esto no es un chantaje, es la realidad —podía percibir la ira en su voz—. Piénsalo bien antes de contestar. No tendrás dinero, hogar, nada. Ya lo he decidido y nunca me retracto.

—Ya sé que no lo haces, madre —Jan sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor.

Sin embargo, experimentaba una sensación de alivio.

—Lo siento, lo siento mucho —parpadeó para ahuyentar las lágrimas.

—Así debe ser. Confiaba en que recobraras el sentido común y te disculparas…

—No me comprendes —la interrumpió—, no me estoy disculpando. Siento que hayas tomado esa decisión porque me pienso quedar aquí.

Se cortó la comunicación y Jan, temblorosa, colgó el auricular. Sintió como se ahogaba. Aquel era el peor momento de su vida y no quería ver a Sandor ni comer. Subió despacio por la escalera, entró en su dormitorio y se sentó junto a la ventana, desde donde miró el exterior.

Pasaron varios minutos que pudieron ser horas. Escuchó pasos y después llamaron a la puerta, pero no contestó.

Vio una figura reflejada en el espejo del tocador, pero era incapaz de moverse. Después sintió dos manos sobre sus hombros y alzó la vista hacia el espejo para ver reflejada la imagen de Sandor.

—¿Tienes problemas?

Jan cerró los ojos y no habló. Él la obligó a levantar la cabeza y a

darse la vuelta hacia él. Después la rodeó con sus brazos y la oprimió contra su cuerpo. No había nada lujurioso en su acción, era el gesto de un padre consolando a un niño.

—Mamá me ha echado de su vida.

Él contuvo el aliento y después dijo con voz baja.

—Dame el teléfono de tu madre y la llamaré. Le diré que me voy y cumpliré mi palabra.

Él calor de su cuerpo le dio la fuerza que necesitaba y se estrechó contra él.

—No serviría para nada, una vez que toma una decisión, nada la hace cambiar.

—No es demasiado tarde. Dime exactamente qué te ha dicho —la llevó hasta la cama y la ayudó a sentarse, después se colocó a su lado. Como la cosa más natural le pasó el brazo derecho por la cintura—. Dímelo.

Jan se lo contó todo, casi palabra por palabra y una vez que terminó él le dijo:

—Le diré que me voy y el problema, es decir yo, habrá desaparecido. ¿De acuerdo?

Se volvió hacia Sandor y comenzaron a rodarle las lágrimas por las mejillas. Él las apartó con la punta de un dedo.

—No llores más, te voy a ayudar.

—Lo sé, gracias.

Se sentía segura, como jamás lo había estado con su madre o con Jeremy.

Sin darse cuenta de lo que hacía llevó su mano a la mejilla de Sandor y empezó a acariciarla. Sandor cerró los ojos y después le cogió la mano besándola en la palma. Ella lanzó una ligera exclamación y él la soltó.

—Ha sido usted muy amable, ya me siento mejor.

—¿De veras? ¿No quieres que llame a tu madre?

—Sí, bajaré con usted y marcaré el número.

—¿Y te tomarás el té mientras yo hablo?

—Lo intentaré —lo miró—. ¿Adónde irá usted?

Él se encogió de hombros.

—A cualquier parte. Puedo dormir en la casa nueva, ya hay una habitación terminada en la planta baja. Me llevaré alguna ropa de cama para allí.

—¡Oh, no! —se sintió horrorizada.

—¿Por qué? —inquirió asombrado—. Estaré bien, te lo aseguro.

—Yo no puedo… permitir que… que haga eso —tartamudeó.

—Tengo que trabajar aquí todos los días.

—Oh, por supuesto. Lo siento, me había olvidado de eso.

—Es la solución. Seré sincero. Cuando tu prometido me ordenó que me marchara no acepté porque me disgusta que me den órdenes, pero ahora es diferente. Bajo ninguna circunstancia quiero ser la causa de un problema tan terrible entre tu madre y tú, ¿me comprendes?

—Sí, gracias.

Se levantó y la ayudó a ponerse de pie. Por un instante titubeó y si no la hubiera sujetado habría caído al suelo. Se apoyó contra él casi sin aliento, alzó la vista y lo que vio en aquellos ojos grises hizo que desapareciera la sonrisa de su boca.

Sus labios se tocaron y fue algo tan inevitable como que la noche siga al día. Se abrazaron con un calor que llenó el mundo y lo que ocurrió después también fue inevitable, el movimiento hacia la cama, el acostarse quedando uno en brazos del otro para acariciarse de una forma que Jan nunca había experimentado.

Él murmuró algo que ella no escuchó.

—¿Qué? —susurró.

—Esto es una locura, tenemos que detenernos.

—Lo sé…

Su beso la hizo callar y fue un beso largo, profundo y sensual.

Fue el último, él se apartó.

—Basta —le dijo con voz ronca y se sentó en el borde de la cama.

Jan también recuperó la cordura, aunque no experimentaba el menor remordimiento. Se incorporó y se abotonó la blusa, enseguida se puso de pie para dirigirse al tocador, donde se cepilló con fuerza el pelo. Después se volvió hacia el hombre que seguía sentado en la cama como una estatua.

—Creo que, creo que será mejor que olvidemos —se detuvo un momento—, lo que acaba de ocurrir.

Él alzó la vista y la miró fijamente.

—¿Olvidar? Ah sí, es fácil. Vamos al teléfono antes de que olvide lo que me prometí a mí mismo.

Sin decir más salió dejándola con el cepillo en la mano, confundida y desorientada. Soltó el cepillo y le siguió. Llegó hasta donde él la estaba esperando, cogió el teléfono y marcó el número de su madre. En silencio le entregó el auricular a él.

—No contesta nadie.

—Tiene que estar allí, espere un poco —dejó de hablar cuando él alzó la mano indicándole que callara.

—¿Hola? ¿La señora Hunter? Comprendo, ¿sabe cuándo regresará? —se trataba del ama de llaves. Jan le hizo una seña y él le entregó el auricular.

—¿Señora Jessup? Soy yo, Jan. ¿Ya ha salido mi madre para la recepción?

—Oh, Jan, no sé qué decir —estaba casi llorando, era evidente—. Se ha ido furiosa, sé que no es asunto mío, pero ha sido un día horrible desde que te fuiste esta mañana. Cuando salió iba diciendo cosas muy desagradables sobre ti.

—Lo sé, por favor no se preocupe. ¿A qué hora regresará?

—Alrededor de la medianoche. Me ordenó que me acostara y que si tú llamabas por teléfono, colgara.

—¡Oh, Dios! No le diga que he llamado. Lo intentaré de nuevo a las doce, pero no le diga nada.

—No creo que resuelvas nada, estaba decidida.

—Lo sé, pero de todas formas lo intentaré. Muchas gracias señora Jessup, adiós —colgó.

—Tendré que llamar más tarde, a medianoche —miró a Sandor—. Faltan seis horas todavía.

—Sí, ¿qué piensas hacer?

—No sé, ir a dar un paseo por algún sitio, no puedo quedarme tranquila. Todo esto es muy desagradable y ha ocurrido por mi culpa.

—No digas eso, te culpas y haces mal. ¿Me oyes? Haces mal, muy mal.

Le sorprendió la vehemencia de sus palabras y la hizo reaccionar.

—Tienes razón, no es culpa mía —le brillaron los ojos—. ¡Al diablo con todo el mundo! Voy a salir, ¿te gustaría acompañarme?

—Me encantaría.

Capítulo 4

Si me acusan que sea con motivo, se dijo Jan. Se cambió la blusa y los pantalones que llevaba por una falda larga y una blusa, se puso un calzado cómodo, se maquilló y se miró en el espejo.

—La futura novia —murmuró—, saliendo con otro hombre.

Jan experimentaba una gran excitación. Una semana antes hubiera rechazado la idea de encontrarse en una situación como aquella. Siempre había sido fiel a Jeremy, desde el día, un año antes, en que acordaron comprometerse. Dudaba de que él le hubiera sido igualmente fiel. Una llamada a la puerta interrumpió sus pensamientos.

—Ya estoy lista —contestó y recogió su bolso.

Abrió la puerta del dormitorio y por un instante no reconoció al hombre que estaba frente a ella. Habían desaparecido los pantalones vaqueros y la camisa de cuadros. Su aspecto era diferente con el suéter color crema y cuello alto y los pantalones negros que se había puesto. Sobre el hombro llevaba una chaqueta negra.

—Vamos —le dijo él—. Hay un problema; a menos que quieras viajar en camión, tendremos que utilizar tu automóvil.

—No hay problema, salvo que seas uno de esos hombres a quienes les disgusta que las mujeres conduzcan, ¿es así?

—No.

—Muy bien.

Era mejor no recordar, fingir que nada había ocurrido. Había sido un momento de locura y no volvería a repetirse.

—¿Vamos?

Cerraron las puertas y ventanas y dejaron a los perros descansando en la sala. Jan condujo despacio por el camino y cuando pasaron junto a la casa en construcción le preguntó:

—Va a ser una hermosa casa. ¿Conoces a los dueños?

—Sí —le sonrió—, aunque se trata de una sola persona: yo.

La sorpresa casi le hace salirse de la carretera.

—¡Oh! —rio, no había pensado que pudiera reír de nuevo—. Es tuya, ¿estás construyendo tu propia casa?

—Con ayuda de personal experto. ¿Te resulta raro?

—No, sólo que no había imaginado… —se detuvo—. Debes pensar que soy una tonta —continuó a modo de disculpa—, pero, ¿por qué no me lo has dicho antes?

—No lo encontré necesario; ya tenías bastante en qué pensar.

—Así que le has comprado el terreno a mi tía.

—Sí y fue ella quien me invitó a hospedarme en su cabaña y trabajar allí. Como no tenía dónde alojarme acepté con agrado. Es una mujer encantadora.

—¡Así es, yo la quiero mucho! —estaban cerca de la carretera principal—. Hay un bar cerca de aquí. ¿Tomamos algo?

—Lo conozco, algunas veces he ido con tu tía Jessie.

—¿En el camión?

—No —sonrió—. Mi coche está en el garaje, me lo tienen para el lunes.

Jan se preguntó qué tipo de vehículo tendría. ¿Un Jaguar deportivo? Probablemente.

—¿Qué marca es?

—Un Lamborghini.

¿Qué otra cosa podría ser? Aquel hombre era un saco de sorpresas.

—Muy bonito.

—Pero no me gusta conducir por Londres.

—Imagino por qué, ya sé a qué se refiere —suspiró y después se dio cuenta—. ¿Vives en Londres?

—No precisamente, pero he vivido allí durante cuatro años. Pronto residiré aquí.

Llegaron al bar y Jan aparcó el coche. Al entrar, el cantinero saludó a Sandor como si se tratara de un viejo amigo.

Jan se sentó en un rincón y de repente sintió una gran tristeza. Cuando él llegó con las bebidas se percató de su melancolía.

—Sonríe —le sugirió—, aunque no tengas ganas.

—Lo intentaré. Salud. ¿Y tu trabajo, quiero decir, trabajarás en la casa?

—Puedo hacerlo, soy arquitecto. Prefiero el campo a la ciudad y una vez por semana iré a la oficina para dejarme ver; el resto del tiempo trabajaré en mi nueva casa.

—¿No le importa a tu jefe?

—No tengo.

—¿Quiere, quiere decir que eres tu propio jefe?

—Sí —le contestó sonriente.

—¡Cielos! Tienes que pensar que soy una verdadera tonta, yo creí que…

—Sé lo que pensabas y no me importa. También sé lo que pensó tu prometido. Perdón, no quería mencionarlo.

—No importa, es muy presuntuoso y no creo que nadie le haya hablado como tú lo hiciste.

—Mentí al decir que nunca había oído hablar de él. En cierta

forma sí lo conocía. Mi empresa le ha hecho algunos trabajos a su padre —la miró—. Ya sabes que éste mundo es un pañuelo. He tratado en alguna ocasión con el señor Redmayne.

—¡Cielos! ¿Más sorpresas?

—Quizás unas pocas. Bébete esa copa y te traeré otra.

—No he venido aquí para emborracharme —protestó.

—Lo sé; ahora salimos a dar un paseo, pero otra copa no te hará daño. Te voy a llevar a un lugar realmente agradable.

—¿Conducirás tú?

—Sí. No importará si nos detiene algún policía, dos cervezas no es nada, pero dos ginebras… —movió la cabeza y ella rio a carcajadas.

—¡Sólo he tomado una!

—Insisto en que te tomes otra. Por razones médicas.

Él se proponía hacerla sentir bien y Jan se lo agradeció.

—Muy bien, gracias.

Sandor fue hasta el mostrador y regresó con dos vasos que dejó sobre la mesa. Jan lo miró y se preguntó qué habría ocurrido si lo hubiera conocido dieciocho meses antes. Recordó su proximidad, sus caricias, sus besos y se asustó al revivir su reacción. Jeremy se había dado cuenta del peligro que ella ni siquiera había imaginado. Después de todo, quizá tuviera razón al asegurar que debía regresar a Londres.

—¿Y ahora qué es lo que te preocupa? —le preguntó sacándola de sus reflexiones.

—Debí volver a Londres.

—Eso no tiene sentido —el tono de su voz era profundo, casi duro —. Ahora que sé… —se detuvo.

—¿Ahora que sabes qué?

—Algo sobre mí mismo. Siempre me he jactado de mi autocontrol —parecía que le resultaba difícil encontrar las palabras adecuadas—. Estaba equivocado. Ahora, con mayor razón tengo que irme…

—Sí —tembló porque ella también lo sabía—. No tengo la costumbre de besar a desconocidos, ni siquiera de permitir que me besen. No sé si me creerás pero es la verdad.

—Te creo —le contestó—. Sólo quería consolarte, supongo que tú lo sabes.

Sentía una atracción enorme hacia él que la sorprendía y horrorizaba. Con sus fugaces caricias le había hecho comprender lo que era ser mujer. Estaba en peligro. Sandor había despertado en ella algo que antes desconocía.

—Cuénteme algo sobre ti. ¿Cuándo te aburriste de la vida de Londres?

—Hace un año. Una vez que me decidí, comencé a buscar un lugar

y encontré éste —le sonrió—. Era el sitio perfecto, hablé con tu tía, descubrí que era la dueña de estos terrenos, que estaba dispuesta a venderme y eso fue todo.

—Nunca lo mencionó, nunca me dijo una palabra. La he visto varias veces en los últimos doce meses…

—Sé por qué —la interrumpió—. Le pedí que no lo comentara con nadie… —titubeó un momento—, tenía varios motivos.

—Perdóname, no quiero entrometerme.

Sin embargo, le dolía comprender que la causa era una mujer.

—Son motivos que te aburrirían. ¿Nos vamos? —fue como si algo se hubiera interpuesto entre ellos.

—Por supuesto. Toma las llaves del coche, voy un momento al tocador y nos encontraremos afuera.

Se contempló en el espejo y comprendió que estaba a punto de dar un paso hacia lo desconocido. Se retocó el maquillaje diciéndose que no era demasiado tarde. Debería regresar a Londres, pedirle a su madre que la perdonara, llamar por teléfono a Jeremy y hacer lo mismo. Así, todo seguiría igual.

Pero no era eso lo que quería; un hombre había llegado a su vida y gradas a él por primera vez podía ver las cosas con claridad.

Recogió el bolso y salió. Sandor habla llevado el Jaguar hasta la entrada y se inclinó para abrirle la puerta.

—Gracias —le dijo al entrar—. ¿Adónde vamos?

—Espera y verás. Tenemos poca gasolina, así que nos detendremos para llenar el tanque.

—Por supuesto —abrió el bolso y él le dijo:

—No te preocupes.

—No —Jan negó con la cabeza—. Es una tontería, te agradezco mucho que me hayas invitado a unas copas pero éste es mi coche aunque tú lo conduzcas.

—¿No dijiste que habías traído poco dinero?

—Tengo suficiente para unos litros.

—Cuando te vayas me puedes pagar si lo deseas, hasta entonces por favor no hablemos más de dinero. Es algo que me aburre —en realidad parecía divertirle.

—Hablemos de otra cosa. ¿Quién diseñó la casa?

—Sí, es algo que tenía planeado hace tiempo, pero hasta que encontré el lugar adecuado… —encogió los hombros—. La vista desde allí es magnífica y la playa ideal para tomar el sol. Además, disfruto mucho nadando.

—Hay algunas corrientes traicioneras cuando se retira la marea — le advirtió ella.

—Lo sé, soy un hombre en extremo precavido, Jan, te lo aseguro. Sólo nado cuando la marea es alta. También me gusta mucho el *surfing*.

—¿De veras? —le brillaron los ojos—. Es algo que yo nunca he intentado.

—Pues debes hacerlo, es un lugar ideal para ello; me costó mucho trabajo convencer a tu tía de que no lo hiciera.

Jan comenzó a reír a carcajadas.

—¿De veras? Me puedo imaginar a tía Jessie haciendo *surfing*, aunque no tienes por qué preocuparte, ella lo ha intentado casi todo. Probablemente lo haría tan bien como tú.

Él rio a carcajadas.

—¿Por qué crees que no la dejé?

—¿Puedo intentarlo yo?

—Por supuesto. ¿Mañana?

—¿Por qué no? Oh, no me he traído traje de baño.

—Su tía tiene varios. Quizá sean un poco anticuados, me temo, pero resolverán el problema. Si te gusta esquiar en el mar también puedes hacerlo. ¿Sabes manejar una motora?

—Sí, no me digas que tienes…

—Hay una detrás de la nueva casa, pero comprenderás que me resulta imposible esquiar solo.

Jan sintió como si de repente hubiera salido el sol. Era absurdo pues apenas habían sido unas pocas palabras, pero así era. De pronto sentía la alegría de vivir.

Siempre había aceptado el estilo de vida de su madre y Jeremy, porque era la única que conocía. Sin embargo, estaba con un hombre que hacía las cosas porque disfrutaba con ellas y que salió de Londres porque prefería vivir en el campo.

Se estaban acercando a un hotel en el campo y Sandor disminuyó la velocidad.

—Pienso que podía estar bien cenar aquí. ¿Te gustaría?

—Sí, me encantaría, gracias.

—No es necesario que me des las gracias, es un placer para mí.

La contempló mientras aparcaba y después apagó el motor.

—Necesitas algo que te distraiga. Ya tendremos tiempo de portarnos con seriedad cuando regresemos a casa, hasta entonces intentaremos pasar una noche inolvidable.

Decía cuando regresemos a casa como si fuera la cosa más natural del mundo, como si vivieran juntos.

—¿Lista?

—Sí —Jan salió del coche y él cerró la puerta.

Cogiéndola del brazo él le dijo:

—Vamos.

Juntos atravesaron un amplio vestíbulo perfectamente iluminado. Era un lugar alegre, poco ruidoso, pero tampoco demasiado tranquilo.

—También se puede bailar —le dijo Sandor—, si te apetece iremos después de cenar.

La comida fue excelente en todos los sentidos. Tomaron el café en el salón de baile, sentados en un rincón tranquilo, observando a las parejas que se movían en la pista. Durante la cena la conversación se había centrado en temas impersonales. Sandor le habló de su vida en Londres, de las personas que conocía y los lugares que había visitado; era un tipo agradable y en varias ocasiones Jan rio olvidando el motivo por el que estaba allí.

En aquel momento la orquesta comenzó a tocar un vals.

—¿Quieres bailar?

—Sí, me encantaría.

Intuyó que él no sería tan hábil como Jeremy, que era un experto y más delgado y ligero. Sandor era un hombre fuerte, que probablemente se sentiría feliz construyendo o diseñando cosas y esquiando en el mar; sin embargo disfrutaría bailando con él unos minutos.

En realidad fue mejor de lo que había esperado. Cuando la cogió entre sus brazos Jan sintió una extraña sensación, un cosquilleo por todo el cuerpo. Se movieron por la concurrida pista como si se encontraran solos. Lo que le faltaba de habilidad, Sandor lo suplía con sensualidad y ritmo, era excitante bailar con él.

Terminó el vals y comenzó una melodía moderna, rieron se miraron y comenzaron a bailar como si la hubieran ensayado durante semanas.

Después de un rato Jan exclamó:

—¡Basta! ¿Podemos sentarnos un rato?

Se sentaron y observaron a los demás bailar. Jan se encontraba más relajada que nunca. Eran casi las once cuando terminaron de bailar una samba y volvieron a sus asientos. Sandor le dijo:

—Deberíamos irnos si queremos llegar a casa a las doce.

Jan había perdido la noción del tiempo. Se sentía agradablemente mareada por lo que había bebido; no estaba segura de cuántas copas habían sido. Sandor bebió muy poco; estaba tan fresco y calmado como cuando llegaron. Sin embargo, Jan estaba dominada por una gran excitación y por un momento no comprendió por qué tendrían

que regresar a casa a las doce. Después recordó.

—Ah, sí, claro. ¿Un baile más?

—Como quieras —le dijo sonriendo.

En aquel momento comenzaba a sonar de nuevo un vals y se levantaron. Fue como el primero pero con una diferencia. Él la mantuvo muy cerca de su cuerpo mientras con los labios le tocaba el cabello castaño que le llegaba a los hombros. Jan deseó que el vals nunca terminará, era maravilloso; nunca había sentido algo semejante.

Cuando se detuvo la música encogiendo los hombros Sandor le dijo casi a modo de disculpa:

—Vámonos.

Al salir Jan se estremeció por el aire fresco de la noche mientras; Sandor la cogió del brazo y después de la mano.

Jan esperó que abriera la puerta.

—Ha sido una noche fabulosa, gracias.

—También yo lo he pasado muy bien. Gracias por hacer que fuera tan encantadora —le contestó él e inclinó la cabeza besándola con ternura en la boca.

Sus manos le rodearon el cuerpo y la abrazó con fuerza. El beso tierno se volvió fuego y Jan se sintió arder.

Le pasó los brazos por la nuca y lo apretó con la misma intensidad que él a ella. Fue como una eternidad: sus cuerpos se fundieron en uno, era como si nada, excepto ellos, existiera.

El tiempo pareció detenerse hasta que murmurando algo, Sandor se apartó.

—Perdóname —musitó.

Ella le acarició la mejilla y le susurró con voz ronca.

—No hay nada que perdonar.

—Te deseo, te deseo mucho, lo sabes, ¿verdad?

—Sí.

—He hecho una promesa y la cumpliré, no permitas que te toque de nuevo —abrió la puerta—. Por favor, entra.

Jan se sentó y él rodeó el coche y se colocó detrás del volante.

La miró fijamente.

—Uno de los dos tiene que ser fuerte. Quizá deba ser yo —puso la llave en el encendido pero Jan le detuvo la mano antes que pudiera darle vuelta.

—Espera.

—No, tenemos que irnos, no me atrevo, no debo, por favor, quita la mano.

—No.

—Sí —la mano le temblaba—. No sabes lo que me haces, o quizá

sí.

—Quizá lo sepa —comenzó a reír y de repente la risa se convirtió en llanto.

Todo dejó de ser divertido en un momento. Comprendía que no debía estar allí con un hombre prácticamente desconocido en vísperas de su boda, de iniciar una nueva vida con Jeremy. Aunque esto era algo dudoso después de lo que había ocurrido esa tarde. Sin embargo, lo más probable era que Jeremy hubiera dicho aquello llevado por la furia. Las bodas no se cancelan por una discusión, al menos no el tipo de boda que sería la suya, con periodistas, fotógrafos, una multitud de invitados de la más alta escala social y una buena publicidad para Redmayne Productions Limited y Zesty-Cola. La unión de dos familias importantes, según decían todos los diarios y revistas.

En aquel instante Jan comprendió que en cierta forma su madre y Jeremy tenían razón, a los periodistas les encantaría enterarse de una historia como aquella. Se había portado de forma totalmente irresponsable y absurda.

—No llores —le pidió Sandor—. Me haces sentir mal.

—Sí, lo sé y tampoco a mí me hace sentir muy bien. He ido demasiado lejos, será mejor que nos vayamos.

Sin contestar Sandor puso en marcha el automóvil y regresaron en silencio a la cabaña. Él se concentró en conducir y Jan permaneció absorta en sus pensamientos. No podía hacerse ilusiones; Sandor era un hombre sensual y en dos ocasiones se lo había demostrado; dos ocasiones eran demasiado. Miró el reloj y vio que eran casi las doce. Sintió cómo se le secaba la boca. Si su madre se había acostado… ¡No podía ser demasiado tarde, no!

—¿Falta mucho?

—No más de seis kilómetros, pronto llegaremos —no la miró mientras le hablaba. Quizá estuviera enfadado.

El automóvil comenzó a perder velocidad poco a poco y ella lo miró asustada.

—¿Qué sucede? —se detuvo mientras él le señalaba el marcador de gasolina—. ¡Oh, no! ¡Nos olvidamos de poner gasolina!

—Me olvidé —le dijo él.

—¿Falta mucho?

Él sacó el automóvil de la carretera y apagó el motor.

—Tres kilómetros, tendremos que ir andando.

—Media hora y ya casi son las doce.

—Sí, cuanto antes empecemos a andar, mejor. Mañana iré por gasolina a la casa, tengo una lata en el nuevo garaje.

—Mi madre…

—Lo sé, sal que yo cerraré la puerta.

Jan bajó del automóvil y cerró la puerta, comenzó a caminar rápidamente, casi corriendo, a pesar de los tacones.

Sandor la alcanzó y le tocó el brazo.

—No tiene sentido que corras así, puedes caerte.

—Quiero… si mi madre se ha acostado no me contestará.

—Entonces tenemos que confiar en que no lo haya hecho.

Él caminaba más rápido que ella sin esfuerzo alguno, mientras que Jan respiraba con dificultad.

—Adelántate, te daré el número.

—¿Y dejarte sola?

—No hay nadie por aquí.

—No tiene objeto discutir —la cogió de la mano—. Te ayudaré. Si llegamos tarde la puedes llamar por la mañana.

—No conoces a mi madre.

—Ya me parece como si la conociera —había un extraño tono en su voz y no quiso preguntarle qué quería decir, pues creyó comprenderlo.

Sintió un dolor en el costado al intentar mantener el mismo ritmo que él y se molestó como si Sandor tuviese la culpa de todo, lo cual era absurdo e ilógico. Liberó su mano y se oprimió el costado. Sandor se detuvo.

—¿Qué sucede?

—Me duele aquí, no sé si lo sabes pero mis piernas no son tan largas como las tuyas.

—Quítate los zapatos y ve descalza. El suelo es llano. Esos zapatos no son para andar por aquí, no es de extrañar que te duela el costado —su voz sonaba impaciente, poco amistosa y Jan comprendió que probablemente estaba harto de la situación.

Se quitó los zapatos y reanudó la marcha. ¡Maldita sea! murmuró interiormente y se preguntó cuándo terminaría aquella pesadilla.

Sin embargo, acababa de empezar.

Capítulo 5

El teléfono sonó una y otra vez y Jan imaginó que su madre estaría acostada, después de haber tomado dos pastillas para dormir.

—No contestan —le dijo Sandor.

—Entonces tendrá que ser por la mañana —susurró.

De repente él alzó la mano para indicarle que callara.

—¿Hola? ¿Está la señora Hunter? —ella se acercó al auricular y él lo apartó ligeramente para que pudiera escuchar.

No era la señora Jessup la que había contestado, era un hombre quien hablaba.

—¿Quién es? —Jan reconoció la voz y cogió el auricular de la mano de Sandor.

—¿Donald? Soy yo, Jan. ¿Está mi madre en casa?

—¿Jan? —pareció sorprendido—. Pensé que era otra persona, sí, espera un momento. Está en la cocina, iré a buscarla.

Jan explicó:

—Es un amigo de mi madre. Siento haberte quitado el auricular, pero tenía que decidirme de inmediato. Ella no colgará mientras él esté a su lado.

Sandor hizo un ademán afirmativo y Jan escuchó la voz de su madre. No era helada sino fría, muy fría. Con seguridad Donald podía escucharla. Rogó porque él permaneciera allí.

—Hola, Jan, ya es muy tarde.

—Mamá, lo siento, por favor óyeme bien. Él, Sandor, se va esta noche.

—¿Por qué me dices eso ahora, querida? —seguía la frialdad pero cualquiera que estuviera escuchando pensaría que era una pregunta sin mayor significado. Coral era muy inteligente.

—Por lo que me dijiste antes. Me quedaré aquí sola esta noche y también las otras.

—Ya veo, muy interesante. Mira, querida, tengo aquí un par de amigos que he invitado y no puedo hablar, la cafetera está…

—Por favor, no cuelgues —le dijo la joven, desesperada, sintiendo que le fallaban las piernas.

—Por supuesto que no, querida, pero realmente tengo que irme, llámame mañana.

—¿A qué hora?

—Digamos a las nueve.

—¿Hablaremos entonces?

—Sí, por supuesto; adiós querida.

Oyó que colgaba y se volvió hacia Sandor.

—La llamaré por la mañana.

—¿Qué te ha dicho?

—Muy poco.

—Por lo menos no te ha colgado.

—Sólo porque Donald estaba a su lado.

—¿No te das cuenta? Si no deseara saber nada de ti, habría colgado de cualquier manera pues de todas formas él se enterará pronto.

Era una leve esperanza.

—Por supuesto, no había pensado en ello, al menos es algo.

—Ven a la cocina, vamos a tomar una taza de café.

—Me hace falta.

—Después me iré.

—Sí.

Entró en la cocina, seguida por los perros y por Sandor. Él abrió la puerta de atrás y los dejó salir mientras ella ponía la cafetera.

Estaban solos de nuevo y se sintió intranquila al recordar todo lo que había sucedido y lo que le había dicho Sandor. Le había confesado que la deseaba, pero eso era algo que ella había notado mucho antes de que se lo dijera. Se mantuvo a una distancia respetable mientras preparaba el café, sacaba las tazas, el azúcar y la leche. Él la observaba con expresión insondable aunque había una leve sonrisa en su boca como si adivinara sus pensamientos. Era un hombre peligroso.

—Gracias —tomó la taza y ella abrió la puerta para dejar entrar a los perros.

—Te prepararé café por la mañana. ¿A qué hora lo quieres?

—Me levantaré a las siete.

—¡Oh! —lo miró y él le sonrió.

—¿Demasiado temprano? Me llevaré la llave y entraré sin hacer ruido. Tengo trabajo que hacer, mucho trabajo y mis hombres llegan poco después de las ocho.

—¿Trabajarás todo el día? —se tranquilizó ligeramente. Quizá no tuviera que verlo mucho.

—Los sábados sólo por la mañana. Además tengo que recoger tu automóvil.

—¿Y qué haces por la tarde?

—¿Qué te gustaría hacer?

—No, creo que es mejor… —se detuvo.

Vio cómo, por un instante, cambiaba su expresión.

—¿Que no nos veamos? ¿Es eso lo que ibas a decir?

—Sí, más o menos. Sabes por qué.

—Sé varias cosas, sé que estás confundida.

—También eso —reconoció ella.

Él se levantó y Jan retrocedió apoyándose contra el fregadero. Sandor frunció el ceño.

—¿Te asusto tanto?

—Por supuesto que no —trató de reír, pero sin éxito.

—¿Sabes que no te creo? Me tienes miedo. No acostumbro violar a nadie, Jan —el tono de su voz era duro—. Soy un hombre normal y nunca he tomado a una mujer por la fuerza, ni lo haré jamás.

Se estremeció pues imaginó cómo le haría el amor; lo sintió con tanta seguridad como si ya le hubiera hecho llegar al éxtasis. No tendría necesidad de recurrir a la fuerza.

—Te creo.

—Eso no es suficiente —sus ojos le decían lo que no expresaban sus palabras.

—¿Qué quieres que añada? —Jan levantó el rostro y lo miró, desafiante.

—Nada —contestó con suavidad.

Terminó de beber el café y dejó la taza en el fregadero.

—Voy a subir a buscar lo que necesito para dormir. En diez minutos me iré.

No pudo decir más, deseaba que se fuera, la parte racional de ella lo deseaba, pero otra parte traicionera y secreta ansiaba que se quedara.

Él salió de la cocina y mientras ella lavaba la cafetera y las tazas lo escuchó silbando en la planta alta.

—Ya estoy listo, Jan —le dijo Sandor entrando y dejando un saco de dormir junto a la puerta—. Me llevo la llave.

—Buenas noches, que duermas bien.

—Lo haré, siempre lo hago. ¿Podrás tú?

—Lo dudo.

—Entonces si tienes tiempo, reflexiona sobre lo siguiente. Piensa si realmente amas a tu prometido y si quieres casarte con él.

Salió antes de que Jan pudiera contestarle, preguntarle qué quería decir con eso. Se cerró la puerta y se quedó con los perros. Apagó las luces, revisó que todo estuviera en orden y subió la escalera.

Cuando el reloj marcaba la una seguía más despierta que cuando se acostó. Por su cabeza pasaban imágenes de su vida durante el último año, recuerdos de felicidad y desdicha mezclados y al fin abrió los ojos desesperada y se sentó en la cama. Le ardía la cabeza y le dolía, tenía los ojos irritados y el corazón le latía agitado. En medio de aquella

confusión una y otra vez escuchaba las palabras de Sandor: «piensa si realmente amas a tu prometido, reflexiona, reflexiona».

—¡Lo amo! —gritó—. ¡Lo amo!

Todo fue inútil, bajó a la cocina, calentó un poco de leche y se la tomó. Temblaba, sentía frío, estaba conmocionada por lo que acababa de comprender. Se dirigió hacia la ventana y miró a la oscuridad. Allí cerca en algún lugar, acostado en el suelo estaría Sandor durmiendo en un saco de dormir. El único motivo por el que estaba allí era ella. Se apartó de la ventana, intranquila y con los puños cerrados. No podía ser, todo aquello era una locura, algo aterrador. No era lógico dejar de amar así, de repente, en particular al hombre con el que uno se va a casar en una semana. Sólo por haber conocido a otro. Era imposible, pero había sucedido.

Las presiones acumuladas durante las dos últimas semanas cobraron su precio al fin. Cuando despertó a la mañana siguiente, después de una noche de pesadillas, tenía una temperatura elevadísima y cayó al suelo nada más levantarse de la cama.

Al oír que se abría la puerta de abajo despertó e instintivamente se levantó para preparar el desayuno. Ni siquiera llegó a la puerta del dormitorio. Escuchó que él la llamaba, pero no pudo contestarle. Poco después oyó sus pasos en la escalera, después su voz de nuevo, trató de alzar la vista pues sintió que sus manos la rodeaban, que la levantaban y que la llevaban de nuevo a la cama. Cuando pudo fijar la vista, vio su rostro ceñudo.

Una mano fría le tocaba la frente.

—Tienes fiebre; quédate tranquila que voy a buscar algo.

Salió y Jan se quedó acostada, con el cuerpo ardiendo, una sed terrible y sequedad en la garganta. Se preguntó si moriría aunque la verdad no le importaba.

Sintió unas manos frescas que le tocaban y lanzó, un leve gemido mientras Sandor le frotaba el rostro y el cuello con un paño húmedo.

—Voy a buscar a un médico, ¿me oyes?

—Sí —susurró—, pero…

—Basta, no hables, estás enferma.

—No, tengo que llamar por teléfono.

—Más tarde, sólo son las siete. Tendrás tiempo después.

—Quiero beber agua.

—Te traeré un poco, pero eso es todo lo que harás hasta que llegue el médico —sin hacer ruido, salió.

Transcurrió el tiempo; lo mismo pudieron ser minutos que horas,

antes de que regresara.

—Ya he hablado con el doctor de la localidad y vendrá de inmediato. Tómate esto, Jan.

La ayudó a levantar la cabeza y tomó un sorbo de agua fresca.

—¡Uf!

Él sonrió.

—Es lo más seguro hasta que llegué el médico.

—Sí —se recostó y él la cubrió de nuevo, sentándose sobre la cama.

Le cogió la mano y se la acarició.

—Pronto estarás bien, yo te cuidaré.

—Gracias —logró sonreírle.

.—Cierra los ojos y descansa. Me quedaré contigo hasta que llegue el médico.

—Tú trabajo…

—No hay problema —la interrumpió—, puede esperar.

Debió quedarse dormida pues abrió los ojos al desaparecer el contacto de su mano y vio que él se levantaba. Quiso llamarlo, pedirle que no se alejara, pues con él se sentía más segura que con nadie, pero no podía hablar. Oyó voces en la escalera y enseguida entraron Sandor y otro hombre.

Los minutos siguientes fueron un recuerdo de manos y voces borrosas, voces hablando con voz baja, manos afectuosas y después se quedó sola de nuevo.

—Ya se ha ido —le informó Sandor y le sonrió—. Ahora tienes que tomar estas pastillas.

—¿Viviré? —intentó bromear.

—Creo que sí, mejor dicho estoy seguro de ello. Es una infección por un virus que te ha afectado debido a tu debilidad; uno o dos días en cama lo resolverán todo. Ahora toma las pastillas. El médico volverá mañana.

—Has sido muy amable —Jan hizo una mueca mientras tragaba las pastillas y después se dejó caer en la cama, agotada—. Más tarde tengo que llamar a mi madre.

—No la llamarás hoy, lo haré yo. ¿De acuerdo?

—Pero…

Sandor la hizo callar poniéndole un dedo en los labios.

—No discutas, el médico me ha encargado que te cuide y no te vas a mover de la cama excepto para ir al baño.

—Pero… —aparecieron lágrimas en los ojos de Jan.

—Es una orden; ahora voy a desayunar. ¿Te apetece comer algo? ¿Puedes?

—Aún no, gracias.

—Muy bien, te voy a llevar al baño. ¿Estarás bien? No cierres la puerta.

—Sí —le pasó los brazos por el cuello y la cargó como si fuera una niña.

Cinco minutos después, estaba de nuevo acostada y Sandor la dejó para desayunar y sacar a los perros. Ella se durmió de nuevo.

Cuando despertó todo estaba en silencio. Miró el reloj y vio que eran las diez y media. Se sentó en la cama, repentinamente dominada por el pánico.

Él había olvidado llamar por teléfono, y ya sería demasiado tarde, demasiado tarde. Intentó abandonar la cama; cada movimiento le representaba un gran esfuerzo, le pesaban las extremidades, le daba vuelta la cabeza, pero tenía que bajar para telefonear a su madre.

Al fin llegó a la puerta y tuvo que detenerse un momento antes de abrirla. Supo que no podría bajar la escalera pues le fallaba el equilibrio, así que decidió hacerlo sentada. Poco a poco comenzó a descender.

—¿Qué demonios haces? —le gritó Sandor desde la puerta y de inmediato subió corriendo para cogerla en sus brazos.

—Me… me has asustado —tartamudeó.

—¡Tú sí que me has asustado a mí! —gruñó él—. ¡Te dije que permanecieras acostada!

—Lo sé, pero el teléfono.

—Ya he llamado yo. Vuelve a la cama ahora. Por suerte se me ha ocurrido venir a preparar el té —la alzó en brazos, la llevó al lecho y se sentó a su lado diciéndole—. Ahora te quedas aquí, regreso en unos minutos.

Salió y ella se quedó inmóvil, incapaz de mover un dedo. El esfuerzo que había hecho la dejó exhausta. Transcurrieron diez minutos y después oyó a Sandor que subía por la escalera. Entró con dos tazas, las puso sobre la mesita de noche y ayudó a Jan a sentarse.

—Eres una chica muy desobediente —la reprendió.

—Sí, lo siento.

—Es lógico —le sonrió—. Fue una suerte que llegara en ese momento. Tómate el té y en un minuto más te daré otras dos pastillas. A las nueve llamé a tu madre. Subí para decirte que lo iba a hacer, pero estabas dormida.

—¿Qué sucedió?

—Le he dicho que estás enferma y que el origen del mal han sido la presión y la angustia.

—¿Eso le has dicho? —lo miró con los ojos muy abiertos.

—Sí. No parecía muy contenta, pero me escuchó —sonrió como si lo recordara—. Me escuchó.

—¿Y…?

Cerró los ojos.

—¿Y…?

—Me dijo que quizá se había equivocado…

—¡No puedo creerlo!

Coral nunca reconocía sus errores. Era una de esas personas que siempre creía tener la razón y no admitía objeciones. Jan estaba acostumbrada a eso desde hacía muchos años. Sandor debió entender mal, era la única explicación aceptable.

—Aunque no lo creas, es cierto, me lo dijo. Va a venir para hablar contigo.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—¡Oh!

—¿No es lo que deseas?

Cerró los ojos, no estaba segura. Habían sucedido tantas cosas en las últimas veinticuatro horas…

—No lo sé —reconoció—. Es muy dominante.

—Estoy yo aquí.

Eso no importaría, lo sabía pero no se atrevió a decírselo. Del mismo modo que no tenía valor para confiarle que había descubierto que ya no sentía amor hacia Jeremy. No se lo diría a nadie.

—Ya has hecho suficiente, más que suficiente. No puedo mezclarte en algo que es un problema familiar. No es justo para ti.

—Ya formo parte de él —la miró con fijeza. Ella detectó algo cálido en su mirada—. ¿No lo sabes?

—Sólo porque te arrastré a este… —tartamudeó. Comenzó a temblar y él la abrazó con fuerza—, Sandor…

—¿Sí? —su rostro estaba sólo a unos centímetros del de ella y la miraba a los ojos.

—Es inútil. Tú, nosotros, es mejor que no…

—¿Que no nos toquemos por lo que pueda ocurrir? ¿Porque cuando te acaricio nos transportamos a un mundo diferente? —su voz era suave—. ¿Sabes lo que me sucede cuando te toco? ¿Te sucede lo mismo a ti?

—Sí —apenas le salían las palabras.

—¿Y vas a casarte con Jeremy?

—No. Voy a decírselo a mi madre. Será lo más difícil que haya hecho en mi vida, pero tengo que hacerlo. Ahora sé por qué y tú me has ayudado a entenderlo. No obstante, es inútil.

—¿Qué es inútil?

—Esto. Nosotros nos sentimos atraídos el uno hacia el otro, no lo niego, tendría que ser estúpida para no darme cuenta, pero será algo pasajero.

—¿Eso piensas, Jan?

—Sí —lo miró a los ojos—. Sí, tiene que ser eso. No es posible dejar de amar a un hombre y de inmediato enamorarse de otro.

—¿Estuviste alguna vez enamorada de él?

Jan permaneció en silencio y sin pronunciar una palabra Sandor la atrajo hacia sí y la besó apasionadamente. Con una leve protesta Jan logró musitar:

—Te contagiarás…

—No.

La interrumpió y ambos quedaron en silencio mientras sus bocas se encontraban con una desesperación que no dejaba lugar a nada más. Jan lo abrazó con una fuerza que nunca pensó tener, oprimiéndose contra él mientras lo acariciaba y besaba.

Después de unos minutos él se apartó.

—Te deseo, te deseo tanto que nada me importa —el tono de su voz era profundo y ronco; le temblaba la mano mientras le acariciaba el rostro.

—Dios, te deseo como nunca había deseado a una mujer.

Ella también temblaba ante sus caricias, con el cuerpo ardiendo por él, cerró los ojos.

—Pero esperaremos —le dijo—, esperaremos hasta que tu madre lo sepa, hasta que sea oficial y entonces…

—¿Y entonces? —le preguntó ella en voz baja aunque conocía la respuesta.

—Entonces te pediré que seas mi esposa —ahora le acariciaba el rostro—. Porque te amo y te necesito.

—Yo te amo —susurró ella—, creo que desde el primer momento que te vi.

—¿Cuando discutimos? —preguntó burlón.

—Incluso entonces.

—Por eso los dos tenemos que ser fuertes. Jeremy no supo ser tu amante, ¿verdad?

—No.

—Ah —suspiró—. Lo sabía, cuando lo vi deduje que él no había… —se detuvo.

—¿Cómo lo supiste?

Se encogió de hombros.

—Se nota, eso es todo. Estabas destinada para mí. ¿Te parezco

engreído?

—No —Jan sabía que eso era cierto—. Yo también lo intuí. ¿Sabes algo? Me siento mejor, tengo hambre también.

Sandor rio a carcajadas.

—Entonces comerás, iré a preparar algo.

—¿Y tus hombres?

La miró sorprendido.

—Están trabajando, pueden prescindir de mí —le sonrió—. Quédate en la cama, me gusta verte así. Después de comer decidiremos lo que vamos a decirle a mi futura suegra.

Se levantó y Jan sintió que desaparecía el temor. Comenzó a reír con verdadera alegría.

—No tardes, tenemos mucho que hacer.

—Sí —la miró y salió sin hacer ruido.

Jan se recostó diciéndose que estaba loca, que ambos habían perdido el juicio, pero era una locura que no cambiaría por nada en el mundo.

Amaba y la amaban. Lo poco profundo de su relación con Jeremy resaltaba ahora más ante el contraste de lo que acababa de conocer. Por fin conocía la felicidad.

Sandor preparó unos huevos revueltos sobre pan tostado y para Jan fue como un manjar celestial porque él lo había preparado para ella. Lo comió con un apetito casi voraz.

—Ahora me levantaré.

—De ninguna manera.

Ella lo miró, retadora.

—Sí, voy a levantarme, ya estoy curada. De cualquier modo, no me siento segura en la, cama si tú estás cerca.

—Eso es cierto —suspiró—. Muy bien, pero despacio. ¿Quieres que te ayude?

—¿Crees que no puedo vestirme sin tu ayuda?

Él frunció el ceño como si estudiara la pregunta.

—No, aunque podría ser muy divertido.

—Eso es cierto, el único problema es que llegará de un momento a otro mi madre. No quiero preocuparla más de lo necesario.

—Tienes razón. Muy bien, te dejaré sola. Tómatelo con calma, Jan, eres muy valiosa para mí —le sonrió y salió.

Jan se levantó con cuidado, puso los pies en el suelo y se sorprendió al darse cuenta de que casi tenía la misma fuerza de siempre. En un día se había recuperado por completo, todo debido a Sandor. Comenzó a vestirse despacio y se quitó el anillo de compromiso y lo dejó sobre el tocador. Se lo daría a su madre para

que se lo devolviera a Jeremy.

Bajó con cuidado y Sandor salió a recibirla al vestíbulo, cogiéndola en el último escalón.

—Vamos a la sala para hablar.

Una vez allí él la besó y se sentaron juntos; Sandor comenzó a hablar y Jan lo escuchaba embelesada.

Cuando llegó su madre estaban preparados para enfrentarse a ella juntos.

Capítulo 6

Coral Hunter hizo una entrada espectacular como era su costumbre. El único problema fue que en aquella ocasión no había nadie para saludarla a su llegada, así que entró y gritó:

—Jan, ¿en dónde estás?

Se produjo un silencio, y después Sandor salió de la cocina y miró a la señora. Jan sentada en la cocina, esperaba con el corazón agitado, temerosa de lo que pudiera suceder.

Sandor había impedido que saliera corriendo cuando oyó el motor del coche.

—Aguarda, es importante que esperes aquí —le había dicho.

Aunque comprendió que tenía razón, tuvo que hacer un gran esfuerzo para quedarse sentada sujetando a los perros. A través de la puerta cerrada escuchó a Sandor saludar a su madre.

—Buenas tardes, señora Hunter, por favor pase.

—¿En dónde está mi hija?

—En la cocina, controlando a los perros para que no salgan.

—¿No dijo usted que estaba enferma?

—Estaba. Entre —se abrió la puerta, Jan soltó a los animales, que corrieron a saludar a la recién llegada.

—Hola, mamá —le dijo, haciendo un gesto para besarla en la mejilla.

Coral Hunter retrocedió como si la estuviera amenazando y Jan titubeó. Fue como una bofetada.

—No quiero que me contagies, querida —le explicó su madre.

—No es contagioso, sólo tiene agotamiento —Sandor se había dado cuenta de lo ocurrido pero se mantuvo cortés.

Coral Hunter se volvió hacia él.

—Quisiera hablar con mi hija a solas.

—Él puede quedarse —le aseguró Jan—, quiero que lo haga.

—No seas tonta, querida —la señora frunció el ceño y al mirarla, Jan comprendió con claridad que contemplaba a una extraña.

Su madre seguía siendo tan hermosa como siempre pero era una desconocida a la que le hablaba. Coral dejó el bolso y los guantes sobre la mesa.

—Me tomaría un café, ha sido un viaje muy largo.

Sandor se dirigió a la cocina para poner la tetera y Jan se sentó frente a su madre quien, ignorando a su hija, comenzó a buscar algo en el bolso. Sacó una pitillera de oro y un encendedor, encendió un

cigarrillo y se quedó allí sin decir palabra.

Era como si jugara al gato y al ratón, como Jan le había advertido a Sandor que ocurriría. Él le aseguró que su madre no sería la única que manejara el juego, los tres intervendrían.

Un rato después sonaba el silbido de la cafetera. Sandor apagó el fuego. Jan se levantó y fue a buscar las tazas, la leche y el azúcar.

Sandor se acercó a la mesa, colocó un cenicero sobre la misma y después se retiró para coger la cafetera. En ese momento Coral habló.

—Muy bien, ¿qué sucede aquí?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jan.

Coral hizo una mueca y después contestó.

—No trates de tomarme por tonta, querida. Yo he practicado este juego desde mucho antes que tú. Muy bien, señor Gregas, imagino que usted tendrá algo que decir. No sé si lo sabe pero su espalda es muy expresiva.

Él se volvió sonriente.

—¿De veras? Tiene razón, tenemos mucha cosas de que hablar, pero primero tomaremos el café. Como usted ha dicho, ha sido un viaje muy largo y es necesario cumplir con los requisitos sociales. ¿Leche?

—No, sólo —cerró de golpe el bolso—. No sé qué pensará usted, pero yo puedo decirle que nuestra conversación de esta mañana no me ha gustado nada. En parte ése es el motivo por el que he venido y también porque hizo usted hincapié en que Jan estaba acostada, sufriendo de agotamiento.

—Así fue. Pero ha mejorado mucho desde que los dos hablamos. Jan, ¿quieres café?

—Por favor.

Él comenzó a llenar las tazas mientras Coral lo observaba. A Jan no le gustó la expresión de su madre.

—Tengo varias cosas que decirle —le dijo Coral—. En primer lugar no me gusta que esté aquí, pero en realidad Jessie siempre ha sido una tonta. Además la opinión que tengo de usted no es muy buena por lo que he oído hasta ahora y por lo que acabo de ver; tampoco me ha impresionado el hecho de que se suponga que usted duerme en la otra casa, ni siquiera está terminada.

—Sin embargo, allí he pasado la noche.

Ella siguió como si no la hubiera interrumpido.

—Mi hija se va a casar la próxima semana y he venido a convencerla de que regrese a casa conmigo. El motivo por el que quiero hablar con ella a solas es que no deseo que usted interfiera. Por alguna razón parece que tontamente se ha dejado influir por usted.

Sólo Dios sabe por qué, pero así es. Siempre se ha dejado convencer con facilidad.

—Ya que estamos hablando con franqueza, señora Hunter, tendrá que perdonar que sea igualmente sincero. El hecho de que yo no le agrade, es algo que no me preocupa en lo más mínimo. Usted tiene derecho a opinar lo que quiera y si Jan me pide que salga de este lugar, lo haré de inmediato. No obstante, después de ver cómo Jeremy la trató no me gustaría hacerlo. Es un abusón, igual que usted. Probablemente Jan esté acostumbrada a eso, pero a mí no me gusta ver que abusen de nadie.

—¡Cómo se atreve! —las mejillas de la señora se arrebolaron—. ¡Es usted un majadero insoportable!

—Digo lo que veo. En apariencia a usted le gusta la franqueza, sin embargo, sólo la acepta cuando la usa usted. No me impresiona y tampoco a Jan. Después de escuchar esto, ¿por qué no admite la decisión de su hija de quedarse aquí?

En ese momento habló Jan.

—No me iré —declaró con calma—. Lamento que hayas perdido el tiempo en venir hasta aquí.

—¡No te quedarás! No de ninguna manera.

—Mamá, no me voy a casar con Jeremy.

Coral se levantó de un salto.

—¡Dios mío! ¡Estás loca! —gritó y al instante se desvaneció su magnífico control. Se volvió hacia Sandor—. ¿Qué ha hecho usted? —le reclamó mientras lo miraba furiosa y no ocultó que le gustaría matarlo si pudiera.

Jan se levantó.

—Él no ha hecho nada, pero me ha ayudado a comprender…

—¿Él? ¿Un extranjero?

Coral se movió hacia Sandor.

—Salga de esta habitación —estaba temblando por la ira. Jan nunca la había visto así—. Salga de aquí de inmediato, ahora voy a hablar con mi hija y después lo haré con usted.

—¿Quién se cree que es?

—Le voy a decir quién soy —le dijo entre dientes—. Soy la madre de Jan y esto nos concierne a nosotras dos, no a usted. No a un desconocido que piensa tener respuestas para todo. Pues yo tengo unas cuantas más que usted, joven. He venido aquí con varias armas que usted ni siquiera imagina. Sí, señor Gregas, enseguida sabrá quién soy yo. He tenido la precaución de informarme sobre usted —le contestó, tranquila.

—Dígame, ¿qué ha averiguado?

—Mucho, tal vez demasiado. He comprobado sus negocios sucios y sus amistades —lanzó una carcajada—. Yo también tengo amigos que están dispuestos a ayudarme.

—No dudo que así sea —le dijo él y después sonrió.

Furiosa, Coral le golpeó el rostro.

Jan se quedó inmóvil, vio cómo cambiaba la expresión de Sandor, pero él no se movió.

—Gracias —le dijo—, espero que eso la haga sentir mejor. Al menos no le ha pegado a Jan.

—¡Imbécil! —se volvió hacia su hija—. ¿Te ha dicho por qué dejó Londres? Apuesto cualquier cosa a que no. Se fue porque la ciudad se puso demasiado… caliente para él. Son varias las mujeres responsables de eso. No, ya veo que no te lo ha contado. Es extraño que no te haya convencido de que te acostaras con él, aunque no estoy muy segura. Es un hombre de gran éxito. En realidad se ha hecho merecedor del título de mujeriego sin ningún esfuerzo —se volvió hacia él—. ¿No lo niega?

—Sería inútil —su voz era tan inexpresiva como su rostro—. Estoy seguro de que sus amigos piensan que lo saben todo, y no es cierto. Tampoco usted. Hubiera hecho mejor dedicando su tiempo a investigar sobre John Redmayne, el padre de Jeremy, y el dinero que debe por todas partes. A usted le importa más el dinero que mis asuntos, no lo dudo. He trabajado para él, lo cual de seguro usted sabe. Sin embargo, sus informantes quizá no le hayan dicho las malas condiciones en que están los negocios de John, aunque desde luego eso es algo que él mantiene en secreto.

Se produjo un breve silencio.

—Si yo fuera usted, tendría cuidado con lo que dice —le sugirió Coral con tono agresivo, si bien había preocupación en su mirada.

—Yo no soy usted y diré todo lo que quiera. John Redmayne está muy cerca de la quiebra. Sólo el distinguido apellido de su familia y algunos amigos influyentes lo han salvado hasta ahora.

—¡Mentiroso!

—Señora, no lo soy —su voz era como un látigo cortante y amenazador—. Puedo demostrar que es cierto lo que estoy diciendo, lo cual no puede hacer usted con sus comentarios calumniosos sobre mí. Más aún, estoy seguro de que ignora que hace poco tiempo el señor Redmayne participó en un negocio no muy honorable. Si eso sale a la luz pública, y con toda seguridad así será, el nombre de usted, como suegra de su hijo, se verá arrastrado también y no creo que eso le haga mucho bien a su posición social.

Coral se dejó caer en una silla como si las piernas no la

sostuvieran. Tenía el rostro de color ceniza. Sandor la miró con algo muy parecido a la compasión y después miró a Jan.

—Lo siento, no quería que te enteraras así.

—¿Tú lo sabías?

—Sí y lo siento.

—¡Dios! —Coral cerró los ojos—. ¡Esto es terrible!

—Sí, lo es —reconoció él—, pero no tiene por qué preocuparse. Jan no se va a casar con Jeremy sino conmigo.

Coral lo miró y después a su hija.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó con voz temblorosa.

—Sandor me ha pedido que me case con él y le he contestado que sí.

Coral se cubrió el rostro con las manos.

—No, no.

—Sí —le contestó Sandor—. Le traeré algo de beber, me parece que lo necesita.

Salió y Coral miró a su hija. Tenía los ojos llenos de lágrimas y Jan comprendió la razón de la mirada compasiva de Sandor. Era una mujer completamente distinta de la que había entrado unos momentos antes.

—Esto será mi ruina —murmuró.

—No te arruinará, no amo a Jeremy.

—No me refiero a eso sino al escándalo, la cancelación de la boda, el qué dirán.

Jan apenas podía creer lo que escuchaba. ¿Era eso lo único que preocupaba a su madre?

En aquel momento entró Sandor con una botella de brandy, buscó una copa y sirvió un poco.

—Beba esto —le dijo entregándole la copa a Coral.

Ella se lo bebió de un sorbo. Recuperó parte del color.

—Le aconsejo que se quede aquí pues no está en condiciones de regresar a Londres conduciendo —sutilmente él había tomado el mando de la situación—. Si lo desea hay una habitación donde puede dormir esta noche. Puede usar mí antigua alcoba.

Lo dijo con una ironía que comprendieron las dos.

—¿Por qué quiere casarse con mi hija?

—¿Qué le gustaría que le contestara? ¿Por su dinero? —se apoyó sobre la mesa y miró a los ojos a Coral Hunter—. Pues bien, no lo hago por eso, aunque desde luego usted no me creerá. Soy consciente de lo rica que es, como todo el mundo sabe en Londres, pero seré yo quien mantenga a Jan cuando sea mi esposa. Tengo la certeza de que también usted me ha investigado en ese aspecto al igual que en mis

costumbres personales. Desde luego poseo mucho más dinero que John y Jeremy Redmayne.

Parecía estar escogiendo las palabras para que causaran el mayor efecto. Jan veía a un hombre muy distinto del que pensó conocer. Coral permanecía rígida, como si fuera demasiado esfuerzo el moverse.

—Ahora voy a sacar a los perros para que ustedes puedan hablar. No lo hago por cumplir una orden, sino porque deseo hacerlo.

Cuando él salió, se produjo un largo silencio que Jan rompió.

—No esperes que me disculpe por la forma en que él te ha hablado, no pienso hacerlo.

Coral la miró. Había envejecido visiblemente en los últimos minutos.

—Nunca pensé que fueras así.

—Quizá nunca me has conocido —le contestó Jan con tono afectuoso—. Oh, mamá… —no pudo seguir hablando y Coral hizo algo inesperado, colocó una mano sobre la de Jan.

—No, no llores más, no puedo soportarlo. Creo que me hace falta otra copa —se sirvió más brandy—. Lo que ha dicho es cierto, ¿no es verdad?

—No creo que lo haya inventado.

—Oh, Dios, ¿qué voy a hacer? Yo hace tiempo que lo sospechaba, presentía que no les iba bien a los Redmayne. Ahora comprendo…

—¿Ahora comprendes qué?

—¡Ahora comprendo por qué Jeremy estaba tan ansioso porque te casaras con él!

—¿Es eso en lo único que puedes pensar, en el dinero?

—¿Qué otra cosa hay? Cuando seas mayor te darás cuenta. ¿En dónde está el teléfono?

—En el pasillo, ¿con quién…?

—¿Con quién piensas que voy a hablar? Tendré una importante conversación con John Redmayne.

—Espera, aún no.

—¿Por qué? Le diré lo que juzgue conveniente. El esperar no cambiará la situación.

—Tengo que hablar primero con Jeremy. Es justo que…

—¿Justo? Ya he dejado de ser justa —la interrumpió la señora.

La conversación fue breve, amarga y directa. Jan escuchó que Coral colgaba de golpe el auricular y se estremeció.

—Ya está hecho, vienen para acá.

—¡Oh, no! —Jan la miró con incredulidad.

—Oh, sí. En el helicóptero. Llegarán aquí más o menos en una

hora. John casi no podía hablar.

—Te he oído y no me sorprende.

Coral sonrió.

—No veo por qué debo ser yo la única que sufra.

—¿Sufrir? ¿Tú? —Jan sonrió, pero pronto desapareció la sonrisa.

Aquello no era divertido, era lo más terrible que le había ocurrido, una pesadilla, algo que empeoraba por momentos y que no podía imaginar cómo terminaría. Lo único que comprendía sobre todas las cosas era que amaba a Sandor y que él la amaba. Nada iba a destruir su relación, nada.

Era de noche. Una vez más la casa estaba tranquila. Por supuesto, después de la tempestad viene la calma y aquella fue la tarde más terrible en la vida de Jan. Fue una experiencia abominable que por fortuna había terminado.

Ya no estaba comprometida con Jeremy. Tuvo una escena muy desagradable con él en la que había visto otro aspecto de su carácter, uno que nunca sospechó. Lo que presenció la había sorprendido y repugnado.

La única persona que en apariencia salió ileso de todo aquello fue Sandor. En ningún momento perdió el control. Ahora, mientras Jan descansaba en la sala fue a su lado y se sentó.

—Ya ha terminado todo, estamos solos tú y yo.

—Gracias a Dios —murmuró y le cogió la mano—. Nunca quiero volver a pasar por algo semejante.

—Esta noche te irás a la cama temprano —la besó con ternura—. Aún no estás bien. Tenemos mucho tiempo por delante y nos casaremos tan pronto como obtenga el permiso.

—Sí, ¡oh, sí! —cerró los ojos y se recostó en sus brazos mientras se besaban con pasión.

Después de un rato él habló con voz ronca.

—Basta, tenemos que ser fuertes. Cuando te haga el amor estaremos casados.

—Mmm —le dijo ella riendo y sujetándolo—. Si tú lo dices.

—Suéltame.

—No, ven.

—Déjeme señorita —susurró—, o no me responsabilizo de las consecuencias.

—¡Qué encanto!

Ambos se acariciaron durante largo rato hasta que oscureció y él declaró con firmeza:

—Ya basta. En cualquier momento te quedarás dormida y eso mermará enormemente mi orgullo —rio al ver la expresión cansada de ella y la besó en la nariz.

Era el momento ideal para preguntarle qué había querido decir su madre al mencionar a las otras mujeres. Sin embargo, se negó a estropear aquel momento perfecto y no hizo ninguna pregunta.

Más tarde lo lamentaría.

Una vez en la cama hizo un esfuerzo por apartar de su cabeza todo lo que había pasado pues estaba agotada. Tenía trabajo que hacer en Londres el lunes, por lo pronto aprovecharía el fin de semana para pasarlo a solas con Sandor.

El lunes aparecería el anuncio en los periódicos: «El matrimonio convenido entre el señor Jeremy Redmayne y la señorita Janette Hunter no se llevará a cabo…» Una afirmación directa que ocasionaría un gran revuelo y ella tenía que estar en la ciudad. En esa ocasión no huiría. Lo había hecho una vez pero no lo haría más.

Tendría que devolver regalos, hacer llamadas por teléfono, enviar telegramas y muy probablemente evitar a los periodistas.

Se casaría con Sandor en la mayor intimidad y escaparían unos cuantos días a algún lugar tranquilo para después vivir en la casa que él estaba construyendo.

Jan había llamado por teléfono esa noche a su tía Jessie y le había, dado la noticia. Su reacción había sido típica en ella; no pareció asombrada en lo más mínimo. Dijo que regresaría el domingo por la tarde pues no tenía objeto que se quedara en Londres para una boda que no se celebraría.

Domingo. El distante repicar de campanas despertó a Jan, quien se quedó un rato en la cama antes de recordar dónde estaba. Bostezó para desperezarse. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien. Se preguntó dónde estaría Sandor, miró el reloj y pensó que tenía que levantarse para preparar el desayuno. Sin prisa abandonó la cama, se puso una bata y zapatillas y bajó sin hacer ruido para no despertarlo. Pensaba sorprenderlo llevándole el desayuno a la cama.

Encontró una nota sobre la mesa de la cocina y no vio a los perros. El papel decía: «Querida, he salido a comprar el periódico y he cogido tu coche. Me llevo también a los perros. Sandor».

Estaba terminando el desayuno cuando se abrió la puerta principal y entraron los animales corriendo, casi las tiran al suelo con sus demostraciones de alegría. Detrás llegó Sandor y la besó.

—¿Cómo estás, querida? —le preguntó. Jan frotó el rostro contra

la mejilla sin afeitar a hizo una mueca.

—¡Ay! Todo estaba bien hasta que me besaste.

Él rio.

—Tendrás que acostumbrarte; ahora voy a afeitarme. Sólo quiero un huevo y dos tostadas —dejó un montón de periódicos sobre la mesa, le dio una ligera palmada y salió.

—Muy bien, mi amo —le gritó y cuando subía por la escalera escuchó cómo él reía.

Todo era perfecto, su dicha no tenía límites. Sólo el estar allí con él, solos en la cabaña, era una felicidad que nunca hubiera imaginado.

Comieron juntos, leyeron los periódicos, comentaron los asuntos de interés, compartieron risas, alimentaron a los perros y el tiempo transcurrió rápidamente. Después Sandor fue a la sala a trabajar mientras Jan pasaba la aspiradora, preparando la casa para el regreso de su tía esa tarde.

A la una le llevó una taza de café y le besó la mano al darle las gracias.

—Terminaré pronto —le dijo señalándole los papeles que tenía extendidos sobre la mesa.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó Jan.

—No, gracias, todo va bien y sólo me distraerías.

Ella se inclinó y le pasó los brazos por el cuello.

—No sé cómo.

—Yo sí, en primer lugar tu perfume ya es una distracción, ¡Vete! —fingió severidad y ella hizo una mueca.

—Eres una bestia.

—Si no te vas en menos de un minuto sabrás qué clase de bestia soy y después ya no podré trabajar más.

Se levantó repentinamente y cogiéndola entre sus brazos comenzó a besarla. Empezó como un juego y ella fingió luchar por huir, de pronto la diversión cesó y permanecieron abrazados, perdidos para el mundo, con los cuerpos incendiados por la cercanía. Sandor le susurró.

—Te amo mi amor. ¡Oh cómo te amo, Jan!

—Lo sé, no necesitas decirlo, yo también te amo.

Se besaron y el tiempo pareció detenerse, hasta que escucharon el sonido de la bocina de un automóvil y se separaron con rapidez, él riendo y ella sonrojada.

—¡La tía Jessie! ¡Cielos!

—¡Coqueta! Tengo que estar calmado para recibirla y mira cómo tiemblo. ¡Espérate un momento! —exclamó y trató de arreglarse el pelo mientras se dirigían la puerta para saludar a la dueña de la

cabaña.

Tía Jessie era muy discreta, no apareció de inmediato y probablemente había tocado la bocina del vehículo para avisar de su llegada, lo cual les dio tiempo para salir a la puerta principal y verla saludándolos desde el automóvil mientras luchaba por abrir el portaequipajes.

—Hola queridos —les gritó—. Espero que tengáis preparada la tetera.

Sandor bajó para ayudarla y Jan lo siguió. Después corriendo llegó hasta donde estaba su tía para abrazarla mientras él abría el portaequipajes.

—Qué alegría volver a verte, querida. Tenemos mucho de qué hablar y voy a hacerte muchas preguntas, pero ahora necesito una taza de té.

Alzó el rostro mientras Sandor colocaba en el suelo su maleta. —Hola, señorita Ingles y gracias.

—¿Gracias por qué querido? —Jessie pareció sorprendida.

—Por tener una sobrina como Jan —cogió la maleta, le pasó el brazo por los hombros y riendo, los tres entraron en la cabaña.

Capítulo 7

Tengo una idea, pero es sólo una sugerencia, no una imposición. ¿Os gustaría vivir aquí, en esta cabaña, después de que os caséis hasta que vuestra casa esté terminada?

Sandor y Jan se miraron y tía Jessie añadió:

—¡No conmigo! Hace mucho tiempo que Dolly insiste en que hagamos un viaje juntas; siempre me he negado a causa de los perros, pero si a vosotros no os importa cuidarlos —los miró esperanzada y Jan empezó a reír a carcajadas.

—No puedo imaginar algo más perfecto que eso, ¿y tú, Sandor?

Él sonrió.

—Resolvería muchos problemas, pero, ¿estás segura?

—Desde luego que sí, queridos —respondió tía Jessie con firmeza —. ¿Para cuándo estará terminada la casa?

—En unas pocas semanas. Sería magnífico, señorita Ingles.

—¿No sería mejor que me llamaras tía Jessie?

—Tía Jessie, gracias, Jan y yo estaremos muy contentos de aceptar tu bondadosa proposición —Sandor se levantó, fue hasta ella y la besó —. Creo que esto merece que tomemos una copa para celebrarlo, ¿qué os apetece?

—Para mí jerez, querido. Me iré a acostar temprano pues el viaje desde Londres resulta agotador. Pero antes llamaré por teléfono a Dolly y le daré la buena noticia.

Sandor la ayudó a levantarse y ella salió de la sala.

Jan se levantó, fue a donde estaba su prometido y lo abrazó.

—¡No te parece magnífico!

—Así es —él la alzó en vilo sujetándola con fuerza contra su pecho —. No hay algún lugar en que pueda estar mejor contigo que aquí.

Se besaron con pasión.

—Sandor, sabes que mañana tengo que regresar a Londres.

—Sí, lo sé —su expresión se tornó seria—. Pero sólo por uno o dos días, no puedo estar separado de ti más tiempo.

—Yo tampoco puedo soportarlo, pero hay muchas cosas que necesito hacer, cosas desagradables, pero debo hacerlas yo.

—Sí, sé que tienes que hacerlo. No temas, te llamaré a menudo — le sonrió—. Vamos, alégrate, todo saldrá bien.

—Sí.

—¿Quieres que vaya contigo? ¿Te gustaría?

—Sabes que sí, pero tú tienes trabajo aquí. Además, mi madre no

es una persona con la que resulta fácil convivir.

—Lo sé muy bien, aunque ella y yo nos comprendemos.

—¡Creo que sí! —lo miró—. Tienes razón, era una persona distinta cuando estuvo aquí el otro día y fuiste tú… ¡Cielos! Nunca había visto que nadie le hablara así.

—Fue necesario, comprendo que fui duro, por desgracia ella me obligó a actuar de ese modo.

—Lo sé y por supuesto que actuaste bien. Con un poco de suerte quizá te acepte como su yerno —se detuvo al ver que su tía regresaba sonriente.

—Bien, ya está todo arreglado. ¿Habías dicho algo sobre un jerez?

—Discúlpame —Sandor soltó a Jan y salió de la sala.

Tía Jessie le sonrió.

—Es un hombre encantador. Tan pronto como lo conocí pensé que… —se detuvo con una expresión de culpa.

—¿Qué pensaste? —le preguntó Jan, aunque tenía la respuesta girando en su mente.

—Nada querida —su tía le sonrió y se volvió hacia la puerta—. Ah, ya regresa el camarero. ¿Sabes que realmente me gusta tomar un poco de jerez? Sandor fue tan bondadoso que compró varias botellas… —siguió hablando pero Jan no la escuchaba.

¿Qué habría pensado su tía? ¿Que ella y Sandor formaban la pareja ideal? Sonrió al comprobar que todo era perfecto y siempre lo sería.

Recordaría ese pensamiento a las pocas semanas, pero en aquel momento no imaginaba lo que le esperaba.

Quince días después, ella y Sandor se casaron en una ceremonia muy íntima efectuada en una pequeña iglesia que estaba a veinte kilómetros de la casa de la tía Jessie. Ella y su amiga Dolly fueron los únicos invitados y testigos e inmediatamente después de la boda partieron para un crucero que salía de Southampton.

Sandor regresó con Jan a la cabaña y la llevó en brazos al interior mientras los perros los miraban boquiabiertos. La dejó en el vestíbulo y la besó.

—Bienvenida a su luna de miel, señora Gregas.

—Gracias, señor Gregas —murmuró—. ¿Saco el champán que está en la nevera?

—¿Por qué no? Advierto que nos acostaremos temprano.

—Son las cuatro y media… —se detuvo al comprender.

—De todas formas vamos a acostarnos temprano —la miró lo que ella vio en sus ojos hizo que una onda cálida le recorriera todo el

cuerpo.

—Aunque pensándolo bien —añadió él—, creo que el champán puede esperar.

La acercó y comenzó a desabotonarle el vestido azul, ella le sujetó la mano.

—¡Por favor señor, aquí no!

—Entonces sube —le dijo con voz ronca—. ¿O prefieres que te lleve en brazos?

—Sí —susurró ella.

Él la cogió entre sus brazos y subió con ella al dormitorio. La soltó, cerró la puerta y la besó en el cuello mientras recorría la silueta femenina.

Después la desnudó despacio y con extrema gentileza, hasta tal punto que Jan deseaba gritarle que la poseyera, lo que él sabía muy bien.

—Sandor, por todos los cielos —susurró, mordiéndolo en una oreja. Él hizo un gesto de dolor y después rio.

—Pagarás por eso —de repente dejó de reír al igual que ella.

La abrazó con fuerza y la llevó a la cama, dominado él por un deseo que igualaba el de ella. Jan le gritó algo que no se entendió a causa de su excitación y lo estrechó contra sí. Hicieron el amor en un torrente de pasión que los envolvió y los trasladó más allá de cualquier pensamiento.

Agotados, durmieron un rato y cuando Jan despertó vio a Sandor inclinado sobre ella, sus rostros muy cerca uno del otro, los ojos reflejando un amor tal que creyó que moriría de felicidad. Él murmuró con voz ronca:

—Señora Gregas, me sorprende usted —se movió y la besó apasionado.

Otra vez comenzó la excitación pero esta vez ya no hubo prisa, más bien una ternura que hizo que su entrega fuera aún más perfecta que la primera ocasión. Había oscurecido cuando bajaron en busca del champán.

El ladrido de los perros pidiéndoles que los sacaran despertó a Jan a la mañana siguiente y se incorporó, buscando su bata. Horrorizada, vio que era casi mediodía. Comenzó a reír y a mover al hombre dormido que estaba a su lado.

—Despierta, Sandor, ¿sabes qué hora es?

—No y no me importa —murmuró somnoliento.

—Son casi las doce, voy a sacar a los perros.

—¿Mmm? Bien —se dio media vuelta y se cubrió aún más con la manta.

Con un suspiro, Jan se puso la bata y bajó a la cocina.

Tomando café en tanto regresaban los animales, contempló su nuevo anillo de bodas. Era un grueso aro de oro, muy sencillo, y Sandor tenía uno igual. Se había negado a que él le comprara una sortija de compromiso, nunca le pareció importante y ahora tampoco. Había otras cosas más trascendentes en la vida y lo mejor de todo era que se había casado con el hombre al que amaba. Sin lugar a dudas se trataba del único hombre que había amado en su vida.

Suspiró feliz mientras preparaba el desayuno.

Al día siguiente Sandor volvería a trabajar y ambos estaban de acuerdo con que su verdadera luna de miel se llevaría a cabo una vez que estuvieran instalados en su hogar. Viajarían a los Estados Unidos para visitar a los parientes de él. Sabía muy poco sobre su marido, aunque eso en realidad no le importaba pues conocía lo más importante. Sin embargo, él hablaba muy poco de su familia y algo le hacía pensar que existía alguna tragedia en su vida, por lo que evitaba ese tema.

Cuando él estuviera dispuesto a hablar del asunto, ella lo escucharía sin reproches. De momento le bastaba con saber que era un hombre fuerte, decidido y sincero. Probablemente esa faceta de su carácter fue lo que le permitió controlar a Coral Hunter.

Ella los había invitado a ir a su casa y permanecer allí cuando lo desearan, lo que en sí ya era un gran triunfo. Por lo regular la señora era inflexible y no reconocía sino su propio punto de vista. Sin embargo, con Sandor había cambiado.

Una vez que estuvieron listos el tocino, los huevos y las tostadas, colocó todo sobre una bandeja y la llevó a la habitación. Después de comer empezaron a hablar de los planes para su vida futura en la nueva casa; vieron algunos programas de televisión y se acostaron temprano.

No fue hasta la mañana siguiente cuando todo comenzó a salir mal.

Jan había limpiado y arreglado la cabaña y después de una llamada que le hizo su madre, que le extrañó aunque no fue desagradable, se estaba preparando una taza de té cuando escuchó un vehículo que se detenía frente a la casa seguido de una llamada a la puerta.

Apagó la tetera y salió a abrir. El cartero llevaba una caja y varias

cartas.

—¿Gregas?

—Sí.

—Firme aquí por favor, un paquete certificado y correspondencia.

El paquete era para ella así como una de las cartas. El resto era para tía Jessie. Lo llevó para la cocina y abrió el paquete. Era un regalo de bodas de una amiga íntima, Marianne; una hermosa colcha de encaje. Incluía una breve nota en la que decía que se acababa de enterar de la boda, que estaba encantada y que le escribiría una carta con más detalles.

Sonriendo abrió un sobre y comenzó a leer. La carta no era para ella, sino para Sandor. Sin embargo, cuando se dio cuenta era demasiado tarde para detenerse.

Se sentó pues de repente la habitación comenzó a girar a su alrededor y no estaba segura de poder mantenerse en pie. La carta era muy clara, tal vez demasiado e hizo pedazos el mundo de Jan. Contó hasta diez muy despacio y después volvió a leerla de nuevo, confiando en que por algún milagro la hubiese interpretado mal, pero no fue así.

Decía:

Querido Sandor, gracias por el cheque mensual que llegó la semana pasada. Siento mucho no haberte escrito antes pero Nicky acaba de pasar la varicela y hemos estado muy ocupados. Ya tiene casi cuatro años y todo el tiempo pregunta por ti. Por favor ven a visitarnos, sé que es difícil para ti con todo el trabajo que tienes, pero Nicky necesita ver a su padre. Contamos con teléfono ahora, por favor llámanos, hay algo importante que debo decirte. Besos, Alison.

La letra era muy cuidadosa, casi infantil. Jan se sintió enferma y miró de nuevo la dirección, que era de un pueblo situado a sólo veinte kilómetros de allí. ¿Por eso estaba Sandor contrayendo allí su casa, para estar cerca de su hijo? ¿Pensaría llevar con él a Nicky y Alison cuando la conoció a ella? Trató de recordar lo que había dicho su madre. Mencionó que Londres estaba demasiado caliente para él debido a las mujeres, entre las que tenía un gran éxito.

Aquella joven ni siquiera vivía en Londres, ¿cuántas mujeres más habría en su vida? La caligrafía era de alguien muy joven, casi una niña. Sin embargo tenía un hijo de cuatro años.

El té podría esperar, como todo lo demás. Debía actuar de inmediato, tenía que comprobar por sí misma los hechos, necesitaba conocer a la joven que había sido amante de Sandor.

Recogió el bolso y las llaves, dejó a los perros en la sala y salió en

busca del coche. Tendría que pasar muy cerca del sitio donde Sandor estaba trabajando y rogó al cielo que no se diera cuenta, pues en ese momento no podría hablarle.

Afortunadamente él no estaba allí y sólo uno de los empleados la saludó al pasar junto a la casa. Llevaba la carta en el bolso; no tenía idea de qué iba a decir, pero nada la detendría.

La casa estaba a la salida del pueblo. Jan aparcó un poco antes de llegar y se acercó andando. Cuando llegó, vio a un niño que estaba jugando con un viejo neumático en el jardín. El chico levantó la vista al ver que Jan se acareaba y le sonrió.

—Hola —saludó.

Jan se detuvo, teniendo que sujetarse a la reja en busca de apoyo.

Era la viva imagen de Sandor. Si albergó la esperanza de que todo aquello se tratara de un error, ya no era posible hacerse ilusiones.

—¿Puedo ayudarla en algo? —se había abierto la puerta y apareció una joven; debía tener poco más de veinte años y estaba embarazada.

—¿Es usted Alison?

Pudo leer la preocupación en los ojos de la joven.

—Sí, ¿quién es usted?

Miró de inmediato a su hijo como si estuviera preparada para llevárselo.

—Mi nombre es Jan Hunter, ¿puedo hablar con usted?

—No. ¿Es usted periodista?

¡Periodista! Estuvo a punto de gritar. ¿La habría prevenido Sandor?

—No, no lo soy, conozco a Sandor.

—No la he visto a usted nunca —Alison se acercó a la reja—. Por favor váyase, no quiero hablar con nadie. ¿En dónde está él? ¿La ha enviado a que me buscara?

Alison la miraba con desafío y temor al mismo tiempo. Jan sintió lástima por ella, en aquel momento desaparecieron los celos y su propósito de lastimarla. Aquella joven era una víctima igual que ella.

—Todo está bien, no se preocupe —le dijo—. No, no me envía él, no sabe que estoy aquí.

—¿Entonces cómo ha dado usted con mi domicilio?

—Por error abrí una carta que usted le envió.

Alison la miró con los ojos muy abiertos.

—¡No tiene derecho!

—Lo sé, fue un error y lo siento, pero tenía que verla por mí misma.

—Muy bien ya lo ha hecho. ¿Eso la complace? Usted con ésa ropa y ese automóvil elegante. No quiero hablar con usted ni con nadie.

Con la única persona que hablaré es con Sandor y puede decírselo así cuando lo vea —dio media vuelta y llamó al niño—. Ven, Nicky, tienes que tomar la leche —cogió al niño y se volvió de nuevo hacia Jan—. ¡Váyase! Voy a entrar en la casa y no quiero que me siga. He rehecho mi vida aquí y usted no forma parte de ella —comenzó a alejarse.

—Espere —le pidió Jan, desesperada.

Tenía que hacer una pregunta, inoportuna, pero necesitaba la respuesta. De ella dependía su vida futura.

—¿El niño que usted espera, es también de él?

La joven se volvió sonrojada y con una mirada furiosa.

—¿Qué cree usted? —le reclamó—. ¡Ocúpese de sus asuntos y déjeme con los míos!

Entró en la casa y cerró la puerta de golpe. Jan, temblorosa, regresó lentamente hasta el automóvil. Se quedó varios minutos sin poder hacer movimiento alguno. Ya había obtenido la respuesta y ojalá no hubiera hecho nunca la pregunta.

Lamentó haber abandonado Londres y haber conocido a Sandor. Hubiera preferido no conocer el amor a soportar su traición. ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Cómo era posible que tan tranquilamente tuviera una mujer, un hijo y apenas los viera?

En la carta Alison le suplicaba que fuera a ver al niño. ¿Cuándo habría sido su última visita? Quizá cuatro o cinco meses antes, el tiempo suficiente para dejarla embarazada de nuevo. Era como si de repente lo viera tal como era. Ella le habría creído un hombre sincero y la realidad era que no tenía conciencia alguna. Lo único extraño era que se hubiera molestado en casarse con ella.

Puso el vehículo en marcha con el corazón destrozado y los ojos nublados por las lágrimas. No deseaba regresar a la cabaña donde había conocido tanta felicidad. Sin embargo, no huiría otra vez, además, en esta ocasión no tenía dónde refugiarse. Regresaría con Sandor y se enfrentaría con él, le diría lo que había descubierto y no permitiría que la tocara más.

Sandor regresó a la cabaña a mediodía para comer y no encontró nada preparado. Entró en la cocina y estaba a punto de decir algo, cuando al ver el rostro de Jan se detuvo y se quedó en silencio un momento.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Ella lo miró con frialdad.

—Esto es lo que sucede —contestó y le entregó la carta—. La abrí

por error y después fui a verla.

Él leyó el contenido rápidamente y después miró a Jan.

Vio que su cuerpo estaba en tensión.

—Ya veo —le dijo despacio—, lamento que te hayas enterado de esta forma, iba a decírtelo.

—Por favor, evita las mentiras. ¿Qué me ibas a decir? Pero ya es un poco tarde, ¿no te parece? ¿Cuántas amantes tienes en este momento? ¿Las dejas a todas embarazadas? —alzó el tono de la voz.

—Te estás poniendo histérica —su voz, en contraste con la de ella, se mantenía peligrosamente tranquila—. Por lo visto has interpretado mal…

—¡No he interpretado mal! —le gritó—. No hay mucho que pensar cuando acabo de ver a una mujer que sin lugar a dudas está embarazada cargando a tu hijo. ¿Tan tonta crees que soy?

Sandor dio media vuelta y se dirigió al fregadero como si no tuviera intención de contestarle. Ella lo siguió y le tiró del brazo haciéndole girar.

—Contéstame —le reclamó temblando a causa de la ira—. ¡Contéstame o te golpearé!

—Lo haré cuando te hayas calmado —le dijo con tranquilidad—. Estoy seguro de que no escucharías una sola palabra ahora.

—¡Puedes estar seguro de que no lo haría! Porque todo será una sarta de mentiras. La has estado viendo todo el tiempo, ¿no es cierto? Te has instalado cerca para tenerla a mano. Te has aburrido de las mujeres de Londres e imagino que Alison, tan joven…

—Estás yendo demasiado lejos —de repente la zarandeó con violencia—. Estás diciendo cosas que lamentarás más tarde.

—¡No lamentaré esto! —le gritó—. Puedes dormir solo esta noche y las demás, ¡no quiero que me toques!

—Asegúrate de lo que estás diciendo —la interrumpió—. Piénsalo bien.

—Estoy segura, creí que te amaba… —los sollozos le impidieron continuar.

—Donde no hay confianza no puede haber amor —señaló él con tranquilidad—. Si así es como tú lo quieres, no insistiré. Discúlpame, voy a prepararme algo de comer.

Sin decir más, se alejó. Jan lo observó y después dio media vuelta, salió de la cocina, subió al dormitorio y comenzó a cambiarse de ropa. Su matrimonio sólo duró dos días, frente a ella se extendía una vida triste, gris y vacía, pero no iba a huir, de alguna forma lograría sobrevivir.

Pasaron dos días y cada segundo era una agonía para Jan. Sandor apenas le hablaba y tuvo mucho cuidado de no tocarla, como si no pudiera soportar su cercanía.

En un momento en que él no se daba cuenta de que lo estaba mirando, observó en su rostro un dolor profundo y casi extendió un brazo para tocarlo, pero no lo hizo. Su propio dolor no era menos intenso. Pasó horas llevando a los perros a dar largos paseos y manteniendo impecable la cabaña, mas no era suficiente para llenar las horas libres.

En la noche del tercer día Sandor salió en su coche. Antes de irse le dijo:

—Volveré tarde.

Eso fue todo, Jan se sentó y vio varios programas de televisión sin prestarles atención; tres horas después cuando ya no podía aportar más, se llenó a medias, un vaso con whisky y se lo bebió. Aquello le calmó los nervios, hizo que la habitación diera vueltas alrededor de ella y aunque no se sintió mejor, alejó parte del dolor como si se tratara de un anestésico o un bálsamo.

Iba a la cocina, andando con mucho cuidado para prepararse una taza de café, cuando oyó que se cerraba la puerta principal y poco después vio a Sandor a poca distancia.

—Voy a servirme un café —le dijo despacio y con cuidado—. ¿Quieres un poco?

—No.

Se acercó hasta donde ella estaba, apagó el fuego y la hizo volverse hacia él.

—Te voy a hacer el amor, ya he esperado demasiado.

—¡Estás loco! Tú…

—Soy tu esposo —la interrumpió con brusquedad—. ¿O lo has olvidado?

—¿Cómo podría olvidarlo? Soy la única con la que te has casado, ¿no es cierto? Soy por lo tanto más tonta que las demás —lo miró furiosa—. Quizá no lo sea. ¿Existen algunas bodas que convenientemente se te ha olvidado contarme?

No pudo seguir hablando, Sandor la cogió en brazos, la obligó a echar la cabeza hacia atrás y la besó con violencia. No estaba ebrio, aunque había bebido. También era muy, muy fuerte.

Jan luchó en vano por liberarse y se sintió mareada cuando la besó con una pasión salvaje que nunca le había demostrado. Con avidez le recorrió el cuerpo, no con ternura, sino con rudeza. Comprendió que no podría escapar, él la iba a poseer y no podría detenerlo, sólo que

no sería hacer el amor, sería una violación. Su lucha, cuando intentó evitar que le quitara el suéter, sólo sirvió para excitarlo más y al sentir cómo desgarraba la prenda trató de cubrirse con las manos, aunque al mismo tiempo se dio cuenta de que su cuerpo empezaba a responder a las demandas de su esposo.

La cogió en brazos, subió la escalera y la llevó al dormitorio donde la dejó sobre la cama. Despacio comenzó a quitarse la ropa y ella lo miró, deseándolo, odiándolo, odiándose a sí misma.

—Ahora —le dijo con voz ronca—, ahora te vas a enterar.

Oprimió su cuerpo contra el de la joven y comenzó a desnudarla. Sus manos ardían, su boca la quemaba y Jan le respondió. Experimentó momentos de éxtasis, tormento, brutalidad y pasión como nunca imaginó que pudiera experimentar. Se rindió por completo hasta llegar al punto de que los dos lanzaron un grito de placer. Después permanecieron inmóviles.

Sandor se apartó de ella con brusquedad.

—Te tomaré cada vez que lo desee y no pediré tu consentimiento.

Comenzó a vestirse mientras ella lo observaba paralizada, sin poder contestarle.

—Ahora quiero mi café y esta noche dormirás en esa cama conmigo. Si te deseo de nuevo te tendré. ¿Me comprendes? —Jan no le contestó—. ¿Me comprendes? —repitió más fuerte.

—Sí —susurró ella.

Salió sin decir una palabra y Jan se levantó temblorosa; acababa de aprender algo sobre sí misma, pero aún no estaba preparada para reflexionar sobre ello.

Capítulo 8

Esa noche, acostada junto a su esposo, Jan se dio cuenta de que el amor que sentía por él era tan profundo como siempre. A pesar de todo, lo amaba sin reservas. Se movió inquieta y lo despertó. Aún somnoliento extendió el brazo y dejó caer su mano muy cerca del corazón. Sandor murmuró algo entre dientes y comenzó a acariciarla, como si aún estuviera dormido, pero ella se dio cuenta de que no era así.

Fue como una escena a cámara lenta. Sus labios le besaron la mejilla, sintió el calor de su cuerpo y la creciente excitación que él experimentaba; lo sentía cada vez más cerca. Sus manos se movían con una habilidad que casi la obligaba a gritar, a decirle que lo deseaba; sólo mediante un gran esfuerzo permaneció en silencio. Se aceleró la respiración de Sandor y cuando sus labios se encontraron, comprendió que estaba perdida. Él la deseaba más de lo que había deseado a otra mujer. Fue algo maravilloso, demasiado bello para describirlo.

Cuando despertó, a la mañana siguiente, él ya se había ido. Pudo escuchar el ruido procedente de la cocina y permaneció acostada disfrutando del recuerdo de cómo le había hecho el amor. Después, oyó que Sandor cerraba de golpe la puerta principal y se produjo un silencio absoluto.

Jan oyó el ruido del motor de su automóvil y fue hasta la ventana para verlo alejarse. En ese momento sonó el teléfono; pensó que era un sueño, pero no, era real.

Estaba despierta por completo; algo sucedía y aunque ignoraba de qué se trataba, se sentía intranquila. Cogió una bata para cubrir su desnudez y bajó a la cocina. Su segunda sorpresa fue cuando vio la hora; aún no eran las siete. Sobre la mesa había una taza de té medio vacía y los perros estaban esperando para salir. ¿A dónde habría ido Sandor? No le dejó nota alguna, nada. Abrió la puerta y dejó salir al jardín a *Dominó* y *Finn*, después puso a calentar agua en la tetera. Se estremeció pues estaba asustada sin saber por qué. En ese momento recordó a Alison parada en la puerta de la casa y comprendió adónde había ido Sandor; cerró los ojos. «¡Dios mío, no! No ahora, no después de»… Sin embargo, sabía que sí era capaz y sería el peor castigo que pudiera sufrir. Era lo peor que podía sucederle.

Si él estaba allí, había una forma de saberlo. Podría llamar al número que había memorizado y preguntar por él. De esa forma se

acabarían las dudas. Sin embargo, no estaba segura de si deseaba saberlo. Se preparó una taza de té y miró con fijeza el teléfono. Sólo tenía que tomar el auricular y llamar. «¿Qué hago entonces?», pensó. «¿Huir de nuevo o quedarme y luchar por el hombre que amo?» ¿Cómo podría luchar contra una mujer que ya le había dado un hijo y que esperaba otro?

Dejó entrar a los perros y supo que tenía que decidirse, era el ahora o nunca. Si esperaba perdería el valor y quizá nunca sabría qué habría ocurrido. Tomó el auricular y llamó. En el momento en que iba a preguntar por él, colgó. No era necesario hacerlo pues había sido el propio Sandor el que contestó. Pálida por la emoción se quedó allí parada observando el teléfono como si lo viera por primera vez.

* * *

Las dos horas siguientes fueron de tanto sufrimiento que le resultaron casi insoportables. Su imaginación le hacía ver imágenes que no deseaba, pero que se negaban a desaparecer. Veía a Sandor jugando en el jardín con su hijo mientras Alison los observaba. Lo imaginaba entrando en la casa y besando a la joven, decirle que la amaba y que siempre la cuidaría. Al niño alzando los brazos para que su padre lo cogiera y casi podía escuchar a Sandor reír con su hijo.

—¡Basta! —gritó y los perros la miraron sorprendidos, percibiendo su angustia, deseando ayudarla, pero sin poder hacer otra cosa más que lamerle la mano mientras ella permanecía parada en la sala, junto a la ventana, con los ojos secos porque ya no tenía más lágrimas que derramar.

¿Qué le estaría diciendo a Alison? ¿Que su matrimonio había sido un error? ¿Que se había casado precipitadamente?

Escuchó el automóvil antes de verlo y esperó con calma a que se detuviera. Estaba demasiado agotada para hacer otra cosa. No existía nada que pudiera lastimarla más. Cualquier cosa que Sandor hiciera o dijera a ella no le sorprendería.

Excepto lo que vio cuando él salió del automóvil, se inclinó hacia el asiento de atrás y sacó a su hijo. Sintió un gran escalofrío que se propagaba por su cuerpo. Perpleja, observó cómo se acercaba hacia la casa con el niño en brazos y aturdida, se dirigió hacia la puerta para abrirla. Nicky aún llevaba et pijama puesto y se frotaba los ojos, pues tenía sueño.

—Voy a acostar a Nicky —le dijo Sandor, mirándola—. Prepárame un poco de pan tostado, ¿quieres? —le sonrió al niño—. Ahora a dormir un rato y después podrás bajar y jugar con nuestros perros.

Subió por la escalera con facilidad y Jan vio el pequeño rostro cansado que la miraba por encima del hombro de su padre. Aún

confundida entró en la cocina y colocó unas rebanadas de pan en la tostadora.

Oyó a Sandor que entraba, pero no se volvió.

—¿Fuiste tú quien llamó por teléfono?

—Sí.

—Eso pensé. Alison está en el hospital con un principio de aborto —ella se volvió, asombrada.

—Oh, lo siento.

—¿De veras? —la mirada que le dirigió era fría—. Le prometí que cuidaría a Nicky, ella no tiene a alguien que pueda hacerlo. Una vecina me llamó por teléfono para avisarme.

—Ya veo —tragó en seco—. Yo me ocuparé de él, por supuesto. Tú tienes que trabajar.

—Él es responsabilidad mía —no dijo «él es mi hijo», aunque no era necesario.

—Lo sé, sin embargo, necesita que lo atienda una mujer. No te preocupes, lo cuidaré como si —se detuvo—, como si fuera mío.

—Gracias —la miró con menos frialdad.

Jan retiró el pan tostado y le untó mantequilla, entregándoselo después.

—Su ropa está en el coche —le dijo él—. He cogido lo primero que he encontrado; si necesita alguna cosa más se la compraré.

—Iré a buscarla.

Sandor no parecía atormentado porque Alison estuviera enferma. De nuevo era un desconocido, no el hombre que la había llevado hasta la cúspide del éxtasis hacía unas cuantas horas. Parecía cansado, lo cual era lógico. Lo dejó comiendo y se dirigió al coche. En el asiento de atrás había dos bolsas de plástico junto con una manta y una almohada. Jan llevó todo para la casa lo dejó en el vestíbulo y entró en la cocina en el momento que Sandor se iba.

—Estaré trabajando en la casa. Llámame si me necesitas.

—Por supuesto, pero no creo que sea necesario. ¿Irás a ver a Alison al hospital?

—Sí, esta tarde. No llevaré a Nicky, no me parece conveniente.

—Desde luego. Tendré la comida lista a la una, ¿está bien a esa hora?

—Perfectamente —la miró y salió.

Jan subió y entró en la alcoba. El niño dormía, con el pulgar en la boca, y sujetaba el pequeño oso que había llevado consigo. Sonrió y bajó de nuevo. Era extraño, pero se sentía mejor. Tenía alguien en quien pensar en lugar de en sí misma y sus problemas. Ignoraba qué tipo de alimentos tomaba una criatura de cuatro años, pero lo

averiguaría. Llamó por teléfono a una vieja amiga en Londres, Christina, que era la madre de unos vivarachos gemelos. Ella lo sabría mejor que nadie.

Fue una agradable sorpresa y un verdadero alivio descubrir que un niño de cuatro años puede comer prácticamente lo mismo que cualquier adulto, dentro de ciertos límites y que el alimentar a Nicky no iba a ocasionarle problema alguno.

A las once, Jan subió y lo encontró despierto y lloroso. Comprendió que tendría que tratarlo con cautela en los primeros minutos y que de eso dependería su felicidad mientras estuviera allí.

—Hola, Nicky —saludó con afecto—, soy Jan. Me agrada ver que te has despertado. ¿Quieres bajar a tomar un poco de leche y conocer a mis dos perros? Tienen deseos de verte.

Él frunció el ceño.

—Sandor me ha dicho que tenía dos perros, pero no estoy seguro de que me gusten.

Así que llamaba Sandor a su padre. Tendría que acostumbrarse.

—Bueno, ¿vamos a verlos?

Ojalá que le gustaran, pensó. Resultaría difícil mantener a los animales afuera todo el tiempo si el niño se asustaba, lo cual era probable que sucediera, pues eran más altos que él. Cruzó los dedos y le retiró las mantas.

—Después de que tomes la leche te puedes vestir. ¿Lo haces solo?

—Por supuesto, tengo casi cuatro años —le dijo con tono desdeñoso.

Ella hizo un esfuerzo por no sonreír.

—Magnífico, pensé que tenías seis. Eres un niño muy alto, ¿no te parece?

Él le sonrió y Jan se sintió aliviada. Quizá no le gustaran los perros, pero le agradaba ella. Le extendió una mano y Nicky salió de la cama y se la dio.

Después bajaron despacio y durante todo el tiempo Jan le estuvo hablando.

—Ahí están, aquél es *Dominó* y éste es *Finn*. Mira cómo mueven las colas. Están contestos de verte. Dentro de un rato podremos llevarlos a dar un paseo e ir a remar. ¿Te gusta remar, Nicky? Ven, *Dominó*, saluda a Nicky, tiene casi cuatro años.

El perro, grande y cariñoso, siempre deseando complacer y, lo suficiente inteligente para darse cuenta de lo que deseaba Jan, se acercó, movió la larga cola y permitió que el niño le tocara la cabeza.

Después se acercó a *Finn*, que hizo lo mismo. Jan los alabó diciendo que eran muy buenos perros y todos entraron juntos en la cocina, en busca de la leche.

Nicky se sentó a la mesa sujetando la taza en sus manos regordetas y miró a Jan.

—Quiero a mi mamá.

Jan se sintió dominada por el pánico.

—Estará fuera uno o dos días, así que Sandor me dijo que le gustaría que te quedaras aquí con nosotros. Después regresarás a casa con mamá. Verás que es muy divertido estar aquí. Puedes dibujar, pintar y te buscaré algunos juguetes.

—¿Por qué se ha ido? —hizo un puchero y *Finn* se acercó, apoyó la cabeza sobre la rodilla del niño, mirándolo con tristeza y moviendo lentamente la cola. Aquello le dio una idea a Jan.

—Oh, mira, mira a *Finn*. No le gusta que llores, ¡te quiere cuidar! Te diré una cosa, dale esa galletita que yo te he dado y después traeré otras dos para que también le puedas dar a *Dominó*. Luego le podrás contar a tu mamá cómo te hiciste amigo de los perros.

Surtió efecto. Le entregó una galleta al enorme perro y *Finn* la cogió, cuidando de no tocar la mano del niño, sólo la galleta y Nicky rio.

—Mira, le gustan las galletas.

—Desde luego que sí.

Jan se sentó dejando escapar un suspiro de alivio. Después le tocó a *Dominó* y él también cogió la galleta con muy buenos modales.

Una vez roto el hielo, Nicky se sentó a la mesa de la cocina y observó a Jan pelar patatas y zanahorias para la comida. Insistió en ayudarla así que ella le dio un cuchillo, que no cortaba, y una patata, enseñándole cómo usarlo.

Cuando estuvo lista la comida, ya se había vestido con pantalones vaqueros y una camiseta, se había lavado y peinado; estaba hambriento. Al entrar Sandor vio al niño sentado a la mesa dibujando una figura en una hoja de papel con uno de sus lapiceros. Le sonrió a Jan, quien le dijo:

—Nicky me ha ayudado con la comida.

—¿De veras? Qué bien, veo que habéis encontrado papel y lápiz, tendremos que buscar más. Ven conmigo Nicky —le extendió una mano y el niño se bajó de la silla.

—¿Tienes lápices de colores?

Sandor le sonrió.

—Vamos a ver, ven —salieron y Jan los observó.

Sandor y su hijo se identificaban; él debería estar con el niño y con

Alison, quien lo había amado lo suficiente para darle un hijo. Quizá era esa la razón por la que él decidió instalarse allí. «Yo lo he echado a perder todo», pensó desolada. «Nunca he deseado destruir la vida de nadie y menos de esta forma. Nunca debí venir. Si yo no estuviera aquí quizá la enfermedad de Alison hubiera servido para unirlos de nuevo».

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la vuelta de Sandor y Nicky con un montón de papeles y diversos lápices de colores.

—La comida está casi hecha. Creo que primero comeremos y después Nicky y yo pasaremos la tarde dibujando —les sonrió a los dos, aunque sentía el corazón hecho trizas.

—Eso me parece muy bien —Sandor levantó a su hijo colocándolo en la silla y dejando a un lado los materiales de dibujo. Jan sirvió los platos, cortando la carne de Nicky en pequeños pedazos. El niño comió todo lo que le pusieron delante. Los perros estuvieron todo el rato sentados en silencio a su lado, esperando cualquier cosa que cayera de la mesa y Jan comprendió que podría controlar la situación. Se preguntó cuánto tiempo se quedaría el pequeño. En cierta extraña forma era como si fuera su propio hijo. De ella y de Sandor.

Se cuestionó cuánto lo querría Sandor y si se sentiría contento de que el niño estuviera allí. No pudo ver indicación alguna en su rostro. Se comportaba afectuoso, más afectuoso con los dos cuando Nicky estaba allí y eso le hacía sentir un nuevo dolor, pues presentía que habría cambios durante los siguientes días. Comprendió que lo amaba tanto que lo dejaría ir, si era eso lo que él deseaba.

Jan había llevado siempre una vida egoísta. La riqueza le evitó tener que enfrentarse con las duras realidades, pero también intuyó que eso cambiaría. Todo debido a un niño.

Dejó a Nicky dibujando en la mesa y acompañó a Sandor hasta la puerta cuando él salió para ir al trabajo.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —se sentía como si le estuviera hablando a un desconocido.

Él se detuvo y se volvió.

—Por supuesto, ¿qué sucede?

—Es sobre Nicky. Ha preguntado dónde está su madre. ¿Qué debo decírselo si insiste?

Sandor frunció el ceño.

—Dile que ha ido a descansar a un lugar agradable uno o dos días, pero que pronto regresará a casa. Dile que le dibuje algo y que yo se lo llevaré esta tarde.

—Sí, así lo haré —lo miró a los ojos—. Se porta muy bien y no creo que cause problema alguno, es un niño muy bueno.

—Sí, lo es —le sonrió—. ¿Eso es todo? Tengo que irme.

—Sí —Jan se sonrojó como si la hubieran regañado.

La mirada de Sandor también era la de un desconocido. Dio media vuelta y se alejo. Jan entró en la casa y cerró la puerta.

—Nicky, Sandor quiere que le hagas un dibujo a tu mamá y él se lo llevará esta tarde.

Le resplandeció el rostro.

—Sí, ¿qué dibujo?

—¿Por qué no dibujas a los perros? A ella le gustará verlos.

El niño aplaudió.

—Sí, lo haré. ¿Regresará pronto?

—Muy pronto. Está descansando en un lugar muy agradable porque se siente fatigada.

—¿Tú me cuidarás?

—¡Por supuesto que sí! —siguiendo un impulso se inclinó, lo levantó y lo abrazó.

Las manos regordetas le rodearon el cuello, la besó en la mejilla y después rio.

—Eso me ha gustado mucho —le dijo ella—, gracias. Ahora creo que te voy a dibujar a ti mientras tú haces a los perros. ¿No te parece que será divertido?

—Mmm, muy divertido.

Nicky se inclinó sobre el papel y comenzó su tarea, suspirando con frecuencia y sacando la punta de la lengua. Durante un rato trabajaron en silenció mientras Jan lo observaba sin estar segura de si deseaba reír o llorar ante la concentración con la que dibujaba los círculos y garabatos sorprendentes, todo con brillantes colores.

Un rato después se preparó una taza de café, le dio un vaso de leche a Nicky y le sugirió salir a dar un paseo con los perros. A él le pareció una estupenda idea y fue a buscar su chaqueta mientras Jan limpiaba la mesa. Después salieron a caminar por la arena.

Cuando Sandor regresó del trabajo, sucio y agotado, a las seis y media, Nicky estaba dormido.

—Voy a bañarme —le dijo, mirándose las manos blancas por el yeso—. Después iré al hospital.

—Nicky ya ha cenado. Ahora duerme, por favor no lo despiertes. ¿Quieres que te prepare el baño?

—No, gracias.

Jan le señaló una botella llena de flores silvestres.

—Las ha cogido para… para Alison. Las envolveré y enrollaré el

dibujo para que se los lleves.

Sandor observó la botella y sonrió.

—Me parece muy bien, ¿de quién fue la idea?

—De Nicky —mintió Jan.

Por razones que no comprendía no quería que él supiera que había sido ella la que pensó en las flores. Ligeramente sorprendida se dijo que quizá estaba comenzando a pensar en los demás.

Tan pronto como él se retiró, llenó la lavadora con la ropa sucia y preparó la tabla para plancharle a Sandor algunas camisas. No podía sentarse a ver la televisión y el trabajo era el único antídoto para la desdicha que la inundaba.

Cuando él regresó estaba cansada, pero ya tenía lista la cena y la colocó sobre la mesa.

—Tendré que ir al pueblo mañana. Nicky necesita ropa y aprovecharé para comprar algunas latas de comida. ¿Quieres que te lleve?

—No. ¿Cómo está Alison?

—Se quedaré en el hospital uno o dos días mientras le hacen algunas pruebas. No están seguros de si ha perdido el niño —la miró —. Se ha sentido muy aliviada al saber que estás cuidando bien a Nicky. Lloró cuando le di las flores y el dibujo.

Jan sonrió. Hubiera sido mucho más fácil llorar, pero no sabía qué le sucedía.

—Voy a bañarme y acostarme temprano —le dijo esperando su respuesta.

Él apenas levantó la vista de la ensalada.

—Muy bien, tengo algún trabajo pendiente y quizá me quede hasta tarde. De todas formas sacaré a los perros antes de acostarme.

Comprendió que la estaba despidiendo. Sin hacer ruido recogió las camisas planchadas y salió de la cocina.

Estuvo leyendo en la cama porque no podía dormir y a las diez y media fue al cuarto de Nicky para comprobar que estaba bien. En la planta baja se veía una luz en la sala y se oía una leve música. Se quedó parada un momento en la parte superior de la escalera mirando hacia abajo, muy triste. Con qué rapidez había cambiado todo. Qué breve había sido su felicidad. Cerró los ojos; el dolor era seco y más doloroso que antes. Regresó al dormitorio y apagó la luz.

La luna llenaba la habitación de una luz misteriosa y podía escuchar el tranquilizador ruido del mar. Aquel era un lugar tan hermoso que hubiera sido… escuchó que Sandor llamaba a los perros, después una puerta que se cerraba y comprendió que pronto subiría. Volviéndose de costado se cubrió con las mantas, cerró los ojos y

esperó.

Sandor entró en la habitación de Nicky y Jan oyó un suave murmullo; ya estaba en el dormitorio con ella y oyó cómo se quitaba la ropa y después se hundía la cama al acostarse. Con los ojos cerrados y el corazón latiéndole acelerado se quedó inmóvil, fingiendo dormir. Unos minutos después escuchó su respiración rítmica y comprendió que estaba dormido.

Despertó en una ocasión durante la noche al escuchar palabras interrumpidas, palabras con acento de angustia, no en inglés. Había una que repetía continuamente y que sonaba como «Alison». Después de aquello su sueño fue intranquilo, lleno de pesadillas. Sin embargo, al despertar por la mañana, Jan no recordaba las palabras que había pronunciado. Fue mucho después cuando las recordó.

Disfrutó de la mañana haciendo las compras con Nicky. Era buena compañía. Le compró varios juguetes, por lo que cuando estuvieron listos para regresar a la casa, el automóvil iba repleto. Era casi la hora de la comida y Nicky se sentó en el asiento de atrás, abrazando al perro de madera que ella le había comprado; charlaba sin cesar. Al principio lo escuchó sin prestarle mucha atención hasta que le dijo:

—Me gustas, Jan.

—¿De veras? Gracias, eso es muy amable de tu parte, también tú me gustas.

—Además me gustan los perros, les voy a enseñar el mío. También me gusta Sandor porque es muy bueno conmigo y con mi mamá.

—Claro que sí —reconoció Jan, con voz engañosamente tranquila —. Es un hombre muy bueno.

—¿Te gusta a ti?

—Claro que sí y también los perros —«por favor cambia de tema», rogó en silencio.

—Cuando viene a verme siempre me trae regalos. ¿Te gustan los regalos?

—Oh sí, mucho. Este automóvil fue un regalo que me hizo mi madre.

—Sandor le lleva regalos a mi mamá. Le compró una tele… tele — se detuvo frunciendo el ceño.

—¿Televisión?

—Mmm sí, muy bonita. Me gusta ver los dibujos. Me gusta mucho.

—Tenemos que verlo hoy, ¿no te parece?

—Sí. Mi otro tío, también nos hace regalos.

Sorprendida se quedó en silencio un largo rato.

—Qué bien —le dijo con voz débil. Oh Dios, aquello estaba empeorando, aunque quizá el tío fuera el hermano de Alison—. ¿Qué

tío?

—Brian, ya lo sabes, pero él se va mucho tiempo.

—Ah, ya veo —en realidad no veía nada. Se sentía completamente confundida.

—¿Es el hermano de tu mamá?

—Mmm, sí, creo que sí, es muy agradable.

—Estoy segura de eso —la leve esperanza, casi invisible que había albergado, desapareció. Jan se concentró en conducir. ¿En qué había confiado? No quería pensar en ello.

—Pronto llegaremos, esta tarde tenemos muchas cosas que hacer, ¿no te parece?

Nicky comenzó a saltar en el asiento.

—¡Espera que los perros vean mis juguetes! ¿No crees que se sorprenderán? —rio—. Me gusta vivir contigo y con Sandor. Ojalá que mi mamá también pueda venir y quedarse con nosotros.

—Sí, yo también lo espero.

No era cierto, naturalmente, lo que menos deseaba era ver de nuevo a Alison.

Capítulo 9

Sandor estaba en la puerta y se dirigió al automóvil para recoger las bolsas que llevaba Jan. Se mostró maravillado ante el perro que orgullosamente le enseñaba el niño. Había algo en sus ojos al mirar a Jan que la preocupó.

Entraron todos en la cocina.

—Nicky, ¿por qué no colocas estos juguetes en la sala, yo iré a verlos enseguida? Quiero hablar un momento con Jan.

Nicky comenzó a recoger los obsequios y salió con los brazos ocupados. Jan miró a Sandor.

—¿Qué sucede?

Su expresión era muy seria.

—Llamé por teléfono al hospital porque anoche me pidieron que lo hiciera así. Mañana darán de alta a Alison.

—Entiendo —sabía que había algo más aunque de momento no podía adivinar de qué se trataba.

—Su estado es delicado y no puede quedarse sola —se detuvo—. No ha perdido el niño pero tiene que guardar reposo absoluto.

Jan sabía lo que tenía que decir. No le fue fácil pero comprendió que debía hacerlo.

—Puede venir aquí, hay bastante espacio. No soy enfermera pero puedo proporcionarle el descanso que necesita —sabía que su rostro estaba pálido.

—¿Estás segura?

—Sí, además no hay otra opción, ¿no es cierto?

—Podría contratar a una enfermera para que la cuide en su casa.

—No será necesario —sintió que la cabeza le daba vueltas—, cuidaré de ella y de Nicky aquí. Él ya se ha acostumbrado, le gusta la cabaña y, además —por un instante no pudo hablar—, te necesita.

Dio media vuelta y entró en la sala.

Fue mucho más tarde, después del té, cuando estaba balando a Nicky antes de acostarlo, cuando recordó haber despertado y escuchado las palabras de Sandor por la noche. Tuvo que sujetarse un momento pues la habitación comenzó a dar vueltas a su alrededor. Había llamado a Alison en sus sueños, ¿habría pensado en la joven las veces que le hizo el amor? La idea resultaba insoportable.

—Mira, Jan —el pato de plástico de Nicky golpeó el agua y la empapó, haciéndola regresar al presente.

Se incorporó.

—¡Oh! ¡Mira mi blusa!

Al ver que al niño se le llenaban los ojos de lágrimas y le temblaba la boca, añadió de inmediato.

—No estoy enfadada, cariño —se arrodilló de nuevo y cogió el pato—. Ahora te voy a mojar a ti por esto —así lo hizo y la expresión casi de llanto cambió a risa.

En aquel momento entró Sandor y se quedó parado junto a la puerta varios segundos observándolos, entonces Nicky gritó.

—¡Mira, este pato malo ha mojado a Jan!

—Mejor ni me acerco, no quiero que me pase a mí —miró a Jan—. Ahora tengo que irme. Pasaré por la casa a recoger su ropa. Estaré fuera un par de horas.

—Muy bien, lo prepararé todo esta noche —le dijo con voz tranquila y después se volvió al niño—. ¡Vamos, fuera! Ya estás limpio, creo que te leeré un cuento para que te duermas, ¿te gustaría? —ella también estaba aprendiendo cómo despedir a la gente.

Lo sacó del agua y lo envolvió en una gran toalla roja.

—Vamos —oyó que Sandor salía pero no lo miró.

Un minuto después escuchó que se cerraba la puerta principal y el ruido del motor del coche.

Cuando regresó ella estaba sentada frente a la televisión.

—Convendría colocar un colchón para que duerma Nicky. Tía Jessie tiene uno en la habitación de invitados, ¿quieres ir a por él?

—Sí, por supuesto.

—¿Viene en ambulancia?

—No, iré a buscarla a las nueve en mi coche.

—Ya veo —Jan se levantó—. Cuando traigas el colchón lo arreglaré, ya he lavado las sábanas. Después escribiré algunas cartas en el dormitorio si tienes que trabajar aquí.

Por un instante se miraron a los ojos y después fue él quien habló.

—Tenemos muchas cosas que aclarar, Jan, ambos lo sabemos y tengo que…

—No —le dijo sin aliento—. No. ¿No lo entiendes? ¡No quiero oír nada!

—Necesitas escucharme. He esperado, he sido paciente, porque confiaba en que recuperaras el sentido…

—¿Que yo recupere el sentido? ¡Lo hice el día que abrí una carta por error!

—Las cosas no son siempre lo que parecen —le dijo molesto.

—Probablemente sean peores —declaró Jan con voz baja pero violenta; temblaba sin cesar.

Él la agarró de los brazos.

—Me escucharás…

—¡Suéltame! —lo interrumpió y con un movimiento rápido le propinó un bofetón y retrocedió como si esperara que él le devolviera el golpe.

—¡Te odio, te desprecio! —susurró entre dientes—. Sin embargo, cuidaré a tu amante y a tu hijo, porque quizá sea una lección que tengo que aprender o un castigo. ¡Pero no me vuelvas a tocar! —dio media vuelta y salió.

Vio la expresión de él antes de salir y su recuerdo la persiguió durante largo tiempo. Se había puesto intensamente pálido y parecía como si algo en él hubiera muerto.

Había esperado que fuera un gran tormento para ella ver a Alison entrar en la casa, mas no fue así. Su corazón se llenó de una extraña mezcla de dolor y compasión. Ella también había sufrido y a pesar de ser joven, era vulnerable, su rostro estaba pálido, sus ojos fijos en los de Jan en una súplica muda, como si temiera desagradarle.

Jan le sonrió aunque se le partía el corazón.

—Bienvenida, Alison —le dijo en voz baja—, Nicky te está esperando desde el desayuno.

Levantó al niño y él besó la mejilla de su madre rompiendo a llorar.

Cinco minutos más tarde Alison estaba acostada con Nicky a su lado y Jan sentada en el borde de la cama.

—Le he preparado un colchón a Nicky, está allí en el rincón. Sin embargo, él se puede quedar en… —iba a decir en nuestro dormitorio, pero no salieron las palabras—, en otro cuarto si lo prefieres.

—Me gustaría tenerlo aquí conmigo.

—Entonces así será. Sandor ha ido a prepararte una taza de té y regresará enseguida.

Casi no se habían dirigido la palabra desde la terrible escena de la noche anterior.

Él la había seguido hasta la sala donde la había visto llevar mantas y almohadas. Entró detrás de ella y cerró la puerta.

—¿Qué haces?

—Pensé que era evidente —replicó mientras colocaba las mantas en el sofá.

—No para mí, explícamelo.

—No quiero dormir contigo.

—Eres mi esposa.

—¡Lo sé! A pesar de ello no quiero dormir contigo —se volvió, indicándole que se podía retirar.

Sandor no estaba dispuesto a hacerlo. Se acercó, la agarró de los brazos y la obligó a enfrentar su mirada.

—Bien, no lo hagas, dormiré solo pero antes…

Comenzó a quitarle la bata. Jan luchó en vano. Su lucha sólo logró excitarlo más y era como un hombre poseído cuando la tomó temblorosa entre sus brazos. De repente se encontraron ambos en el sofá y Jan sintió cómo la excitación la dominaba, a pesar de que pensaba que lo odiaba.

Cuando cansada y dolorida se quedó inmóvil después de la salvaje posesión, Sandor se levantó, la miró y sonrió sarcástico.

—Recuerda que te tomaré cuando y donde lo desee —le dijo con voz ronca. Después recogió su ropa y salió dejándola totalmente aniquilada.

Tomó una manta para cubrir su desnudez, se acomodó en el sofá y se durmió a causa del agotamiento.

Observando a Alison se preguntó si alguna vez él la habría tratado así. Por algún motivo lo dudaba. Su rostro tenía una frescura casi de inocencia y confianza. Era muy joven, apenas parecía posible que fuera la madre de un niño de cuatro años.

—Me gustaría beber algo. Espero que Nicky no te ocasione problemas.

—Es muy bueno —le sonrió Jan—. Dice que té va a hacer muchos dibujos. Será agradable, ¿no te parece?

—Encantador. Yo… yo no sabía que estuvieras casada con Sandor, Jan. Lamento haberme comportado brusca contigo pero él me había advertido de que no hablara con… —Alison se detuvo y se sonrojó.

—Por favor, no te disculpes —le dijo Jan de inmediato. No quería discutir, el hacerlo sólo le produciría dolor, aunque por otra parte deseaba aclarar las cosas antes de que Sandor subiera de nuevo.

—Olvidemos todo, ¿te parece? Te vas a quedar aquí hasta que estés mejor, eso es lo único que importa.

Le sonrió a la joven, pero le dolía el corazón. Sandor tenía que amar a Alison. Había una gran inocencia en ella, una timidez que resultaba atractiva. Jan comenzaba a comprender lo que tendría que hacer pronto, más no aún. Necesitaba reunir valor antes de dar el paso definitivo.

Se levantó.

—Ya viene. Voy a preparar algo de comer, espero que tengas tan buen apetito como tu hijo —le abrió la puerta a Sandor, esperó hasta que él entró y salió.

Una vez sola en la cocina pensó en las palabras de Alison. Ésta se había disculpado con ella porque ignoraba que estuvieran casados. ¿Lo aceptaba con tal facilidad? ¿No le importaría que se hubiera casado con otra mujer? Le dolía la cabeza por la confusión y las dudas que la atormentaban. Una y otra vez le venía el terrible pensamiento de que ella había sido la culpable de que Alison casi abortara. El pensar en ello le resultaba casi insoportable.

Sólo podía hacer una cosa si quería calmar su culpa. Cuidar a Alison y a Nicky; sus atenciones serían desmedidas. Cuando bajó Sandor con su hijo en los brazos, ya había recuperado la compostura y estaba lista para hablar con él.

—Por favor dime exactamente qué te dijeron en el hospital sobre el cuidado que necesita Alison. ¿Se puede levantar o no? ¿Necesita alguna medicina?

Él dejó al niño en el suelo.

—Tiene que permanecer en cama durante un par de días. Ya he mandado aviso al médico del pueblo, el que te vio a ti, y vendrá más tarde. Te sugiero que hables con él. En cuanto a medicinas no me dijeron nada, sólo que era básico que tomara diariamente hierro y vitaminas. Lo tengo todo en el coche, junto con su ropa.

—¿Quieres traerlo? Me aseguraré de que lo tome. Hablaré con el doctor. Puedes irte a trabajar si quieres, todo está bajo control.

—¿Estás segura?

—Por completo —levantó a Nicky y lo sentó en una silla—. Ahora tú me ayudarás a preparar la comida de mamá.

Alzó la vista y se sorprendió ante la expresión de Sandor. Ésta desapareció de inmediato pero su recuerdo la persiguió durante largo rato.

Pasaron los días y se estableció una rutina que dio muy buenos resultados. Alison iba mejorando poco a poco, se veía cada vez más fuerte y Jan se sentía satisfecha de ver cómo volvía el color a sus mejillas.

Una mañana, durante el fin de semana pensó que estaría bien acceder a lo que le había pedido Alison y permitir que ella y Nicky dieran un paseo por la playa.

Desde la mañana a la noche todos los días eran muy activos. Aquello la ayudaba a apartar de su cabeza pensamientos dolorosos.

Era difícil autocompadecerse cuando había una montaña de ropa lavada para colgar, habitaciones que limpiar y platos sucios. Había adoptado un plan de trabajo diario, parte del cual consistía en pasar tranquila diez minutos con los pies en alto y tomar una taza de café a media mañana.

Soltó la plancha y tomó su acostumbrado descanso. Una vez que terminó, puesto que Alison y Nicky aún no habían regresado, salió al jardín a buscarlos. Lo que vio hizo que se le paralizara por un momento el corazón y después comenzara a latir acelerado.

La joven estaba en la playa charlando con Sandor mientras Nicky jugaba cerca de ellos. Jan estaba a punto de llamarlos pero se detuvo y los observó. Sandor puso una mano sobre el brazo de Alison y ella lo miró: Jan pudo imaginar el amor y confianza que reflejaba su mirada. Se sintió excluida, alejada, como una extraña que no encajaba en aquella escena y dio media vuelta, para regresar con pasos poco firmes a la casa.

Sentía una enorme soledad en su interior. En los últimos días, Sandor y ella apenas habían hablado, excepto cuando había testigos. En ningún momento la había tocado y ahora comprendía el por qué. Se sentía enferma e infeliz.

Antes quizá no la amaba pero la deseaba. Ahora no le quedaba nada. ¿Podría hacerle el amor mientras Alison viviera en la misma casa? Los hechos indicaban que no. Estaba en la cocina y dominada por una repentina angustia alzó un brazo y tiró dos vasos que se estaban secando en el fregadero.

Casi llorando se inclinó para recoger los cristales antes de que entraran los perros que se encontraban en el jardín de atrás. Había casi terminado cuando oyó que se abría la puerta principal y en su prisa tomó con descuido un gran trozo de cristal y se cortó un dedo. Debió lanzar un buen grito porque escuchó que Sandor entraba corriendo, pero ya era demasiado tarde. La cocina pareció girar alrededor de ella, sintió un fuerte dolor en los oídos y todo se oscureció por completo.

Cuando recuperó el conocimiento le habían vendado el dedo y estaba acostada en el sofá de la sala. Se sentía muy mareada y vio a Sandor arrodillado a su lado, con un paño húmedo en la mano.

—No trates de hablar —le dijo con voz baja—. Alison está preparando algo de beber.

—Los cristales.

—Ya los he recogido. Todo está bien.

—Tengo que, tengo que preparar la comida —hizo un esfuerzo por sentarse y él la obligó a acostarse.

—No, lo haré yo.

—Pero yo quiero… —hizo un esfuerzo por apartar la mano que la sujetaba.

Tenía que trabajar, tenía que seguir activa, era lo único que podía mantenerla segura, y el único medio de conservar la cordura.

—No, ahora necesitas descansar. No me había dado cuenta de que estabas trabajando mucho.

—Puedo hacerlo sin ayuda —susurró obstinada—. Tengo que seguir así. ¿No lo entiendes?

—Por supuesto que puedes.

¿Qué era lo que había cambiado? ¿Habrían tenido una conversación privada Alison y él? ¿Habrían llegado a un acuerdo? La expresión de Sandor era inescrutable. Era un desconocido para ella. El estrecho que había comenzado a separarlos días antes se convirtió en un océano imposible de navegar.

Muy raramente Jan había pensado en Jeremy en las últimas semanas, pero en aquel momento lo hizo. Al mirar a su marido se preguntó qué estaría haciendo si no hubiera salido de Londres. Tal vez se hallaría de luna de miel. Se estremeció al comprender que había escapado de lo que hubiera sido un matrimonio sin amor, condenado al fracaso. ¿Pero para qué? Aquello era peor, mucho peor.

«Yo soy la culpable», pensó de repente. «Soy incapaz de amar o de que me amen». Tal vez siempre será así. No puedo culpar a mi madre, en realidad soy yo. De inmediato entendió lo que tendría que hacer para no arruinar más vidas. Una vez que tomó la decisión se recostó ligeramente.

Sandor frunció el ceño.

—¿Descansarás un rato?

—Sí, lo haré.

—Muy bien, quédate así; ah, aquí está Alison, una taza de té fuerte te vendrá bien.

Tomó la taza de las manos de Alison y se la entregó a Jan. Después salió y la joven se sentó en un taburete, junto al sofá.

—Lo siento, sé que hay mucho trabajo que hacer. Has sido muy buena conmigo —habló vacilante y con timidez.

Jan deseó odiarla, hubiera sido mucho más fácil, pero no pudo. Las dos eran víctimas.

—Voy a trabajar más mientras esté aquí, te he causado muchas molestias.

Jan deseó llorar; Alison parecía sincera pero ignoraba que ella la había visto con Sandor en la playa.

Deseó gritarle que ella era la extraña, la que no tenía derecho a

estar allí, que aquel sitio les correspondía a Nicky y a sus padres. Sin embargo, dijo otra cosa.

—Está bien, lo solucionaremos de alguna forma —terminó de tomar el té que la hizo sentir mucho mejor—. Sandor está preparando la comida —se miró con tristeza el dedo vendado—. Fue una estupidez mía, ¿no es cierto?

—Estabas cansada y es fácil cometer errores. ¿Por qué no te acuestas y duermes un rato?

Esa sería una forma de huir, de esquivar la responsabilidad. Jan negó con la cabeza.

—No, estoy bien —en ese momento entró Nicky, se lanzó a los brazos de su madre y miró con seriedad a Jan.

—¿Estás enferma?

Jan rio.

—No, ahora estoy bien, ¿ves? —le enseñó el dedo vendado—. No podré lavar los platos por un tiempo.

—Yo lo haré —le contestó él—. ¿Puedo hacerlo, mamá?

Alison rio.

—Ya veremos, ahora quédate con Jan mientras yo voy a ayudar a Sandor —lo sentó en el sofá, le sonrió y cogiendo la taza sucia, salió.

Los perros aprovecharon para entrar por la puerta semiabierta y se sentaron a los pies de Jan.

Escuchó sus voces desde la cocina. Alison reía con algo que le habría dicho Sandor.

—Te diré una cosa —le dijo Jan al niño—, vamos a jugar a las adivinanzas, ¿qué te parece?

—¿Cómo es?

—Mmm, se supone que uno debe saber deletrear, nosotros lo haremos con sonidos. Mira yo digo que estoy viendo algo que comienza con P. ¿Conoces la P? suena Pe.

—Pe —Nicky miró a su alrededor—. ¿Perros?

—Muy bien. ¡Así es! Bien, ahora te toca a ti.

—Veo algo que comienza con M.

—¿M? ¿Mantel?

—No —se sentía feliz.

—¿Muebles?

—No —gritó él—. ¿Te lo digo?

—Mejor me lo dices porque no lo sé.

—Veo a mí.

—¡Oh, Nicky! —lo abrazó—, eres un niño muy gracioso. Bien, ahora es mi turno.

Aquello la ayudó a olvidar, era más fácil así. Podía percibir voces y

ruidos desde la cocina y mientras Nicky buscaba algo con la letra que ella le había dicho comenzó a planear adónde iría una vez que se fuera de la casa. No iba a regresar a Londres, iría a cualquier lugar lejos y conseguiría un trabajo para ganarse la vida. No le importaba qué tipo de empleo, iba a ser libre e independiente por primera vez en su vida. Claro que tenía que evitar enamorarse de nuevo. Debía ser pronto pues Alison estaba casi bien y la casa, aquella sobre la que habían hecho tantos planes, pronto quedaría terminada. Jan había pasado dinero de su banco en Londres al del pueblo cercano. Contaba con una cantidad con la que podría vivir varios meses, lo que le daría tiempo para decidir qué hacer.

Incluso podría hacer lo que siempre había deseado: recorrer Inglaterra en su automóvil. Nunca llevó a cabo su sueño pues Coral Hunter consideró que la idea era ridícula e inconveniente para una joven de su posición. Ahora estaba lejos de su madre, libre emocionalmente. Al menos eso le tenía que agradecer a Sandor. «Soy más dura de lo que pensaba», se dijo esa noche mirando al techo. «Ya estoy libre de mi madre y quizá pronto esté libre de él. Nunca lo olvidaré, ¿cómo podría si me ha ayudado a madurar?»

Había una granja en el distrito de los lagos donde gozó de unas felices vacaciones con sus padres cuando era pequeña. La recordaba a la perfección y se preguntó si aún recibirían huéspedes. Había una sola forma de saberlo, pero no aún. Todavía no, cuando Alison estuviera completamente recuperada, entonces…

Al fin se quedó dormida. La cama de su tía era enorme y había tenido mucho cuidado de no tocar a Sandor. En realidad eso no era necesario, pues él se mantuvo todo el tiempo distante. Nunca trató de tocarla, ni acercarse desde la llegada de Alison.

Cuando despertó a la mañana siguiente, él ya se había levantado. Escuchó voces en la cocina y percibió el aroma del pan tostado y el tocino. Se dijo, aún medio dormida: «mañana iré al banco». Era domingo y el sonido de las campanas de la iglesia la despertó por completo; los recuerdos la hicieron llorar. Llevaba dos semanas casada. Se levantó y comenzó a revisar la ropa, seleccionando la que se llevaría. Tenía varias blusas y vestidos que planchar y sus maletas se encontraban en el dormitorio de los huéspedes. Sería fácil guardar parte de la ropa ese día y dejar su equipaje en el mismo sitio. Por la mañana retiraría el dinero del banco.

De repente escuchó risas, se reían de algo que Nicky había hecho y ése fue el momento en que comprendió que no podía demorarse más, Alison tenía a Sandor para que la cuidara; formaban una familia, los tres, y ella nada tenía que hacer allí.

Sin hacer ruido, recogió ropa interior limpia y se dirigió al dormitorio de huéspedes. Después se bañó, se vistió y bajó. Alison la saludó.

—Iba a subirte el desayuno. Mejor dicho, Nicky y yo íbamos a hacerlo. ¿Cómo está la mano?

—Mejor. Mmm, eso huele bien.

Sandor entró con los perros.

—Hace un día hermoso. ¿Vamos a dar un paseo todos más tarde?

Nicky saltó alegre.

—¡Sí, sí! ¡Por favor!

Jan empezó a comer. Ella no iría, pero no diría nada hasta que estuvieran listos. Así podría planchar y terminar de guardar su ropa.

—Me parece muy bien —dijo Alison.

—¿Estamos todos de acuerdo, Jan?

Ella alzó la vista.

—Por supuesto, me parece muy buena idea —sonrió.

Más tarde, cuando lavaban y secaban los platos del desayuno mientras Sandor llevaba a los perros a dar un paseo con Nicky, Alison, que había permanecido muy tranquila toda la mañana, la interrogó:

—¿Está todo bien?

Jan casi dejó caer el plato que secaba.

—¿Te refieres a mí? Sí, bien.

Miró a Alison y vio una expresión de angustia mezclada con algo más que no pudo definir. ¿Lastima? No quería eso.

—Estoy bien —repitió y Alison dio media vuelta mordiéndose el labio.

¿Qué sucedía? En otra ocasión Jan había visto la misma expresión en la joven y siempre había sido una advertencia de que tuviera cuidado. Comenzó a latirle deprisa el corazón, se sintió terriblemente insegura, marginada y no le gustaba.

—Sólo que yo… —comenzó Alison, titubeante—, me siento, me siento culpable.

—¿De qué? —Jan no pudo evitar que hubiera tensión en su voz—. ¿Por qué te sientes culpable? Ofrecí cuidarte y Nicky es un niño muy bueno.

—No es de eso —le dijo Alison con tristeza—. Es otra cosa, sólo que no sé cómo decírtelo. Sandor me ha dicho…

—No quiero saberlo —le dijo tranquila—. Sinceramente prefiero no saberlo —deseó gritarle que la dejara sola.

¿No podía darse cuenta de lo desdichada que era?

—¡No puedo seguir viviendo con esta mentira! —exclamó Alison —. Tengo que decírtelo.

En ese momento se abrió la puerta y entró Sandor con Nicky que venía llorando. Alison corrió hacia él.

Nicky se había caído y se lastimó la rodilla. Había recibido más daño en su orgullo que en su persona. Poco a poco se calmó ante la atención que le dedicaron todos.

Así pasó el momento de las confidencias y pasó para siempre. Sin embargo, Jan pensó que sabía lo que Alison había querido decirle. Cuando averiguó lo equivocada que había estado, fue demasiado tarde.

Capítulo 10

Jan esperó hasta que estaban a punto de salir para decirles:

—Me duele mucho la cabeza, lo siento, ¿no os importa si no voy?

Sabía que su apariencia era la de una enferma. Desde la conversación con Alison se había sentido cada vez más agotada, así que sólo era una mentira a medias.

Alison miró rápidamente a Sandor. Jan observó la mirada y pareció sellar todas sus dudas y temores. Con voz muy baja él contestó:

—Entonces no iremos.

—¿Pero vosotros si podéis ir! —se frotó la frente—. Estaré bien, sólo necesito dormir un rato, eso es todo. Además no puedes desilusionar a Nicky, por favor, marchaos.

—¿Estás segura? —le preguntó Alison, preocupada.

—Sí, estoy segura —Jan incluso logró sonreír—. Idos tranquilos. ¿Tomaréis el té fuera?

—Sí. ¿Descansarás? —le preguntó Sandor.

—Lo haré —ahora le era más fácil mirarlo y ver a un extraño. En realidad nunca lo había conocido y nunca lo conocería. Mejor así.

—Probablemente me siente un rato en el jardín, hace un día muy hermoso. Cuando volváis me lo contaréis todo, ¿lo harás? —le dio unas palmaditas a Nicky.

Diez minutos más tarde los despedía en la puerta; luego regresó a la casa y conectó la plancha.

Cuando regresaron, poco después de las siete, tenía las dos maletas llenas y guardadas en el portaequipajes del coche. Su talonario de cheques en el bolso y junto con él la carta para Sandor. La mañana, antes de dejar la cabaña, la colocaría en la mesita de noche para que la encontrara al regresar del trabajo. Para ese momento ya estaría a cientos de kilómetros de distancia.

Cuando entraron, tenía encendido el televisor, pensaba quedarse allí toda la noche, pues no quería hablar con Sandor ni con Alison, para no descubrirse. Se sentía triste e infeliz e hizo un esfuerzo por apartar sentimientos, diciéndose que ya habían terminado los días de sentir compasión por sí misma.« Sin embargo, cuando Sandor preguntó si alguien quería algo de beber, aceptó. La ayudaría a dormir y necesitaba descansar para el largo viaje que la esperaba. Un viaje para alejarse de su marido y acabar con su incipiente y desgraciado matrimonio.

—Yo me tomaría un *gin-tonic*, por favor.

—Para mí nada, gracias —dijo Alison—. Pienso acostarme temprano, el paseo y el aire fresco del mar me han cansado.

Sandor preparó *gin-tonic* para los dos. Poco después Alison se despidió y subió a su dormitorio. Sandor salió con los perros. Jan tomó dos copas. Casi de inmediato se sintió mejor.

Era su última noche allí y decidió ser audaz. Cuando Sandor le dijo que se iba a acostar, lo miró con cierta picardía.

—Yo voy a bañarme.

—Bien —la miró brevemente y ella hizo un esfuerzo para no sonreír.

Se propuso que su última noche sería algo que recordara siempre. La sala daba vueltas ligeramente a su alrededor mientras dejaba la habitación y subía por la escalera. Quizá por primera vez fuera a actuar sin egoísmo pero antes de realizar su noble gesto se aseguraría de que Sandor no pudiera olvidarla fácilmente. No era mucho pedir: En unas horas Alison lo tendría entero para ella.

Se dio un largo baño de espuma, se secó y después sacó su loción especial. Era de intenso aroma, un fuerte perfume erótico y Sandor le había dicho en un susurro, en la noche de bodas, lo que aquel perfume le hacía sentir. Sonriendo se envolvió en una toalla y haciendo un esfuerzo para caminar erguida entró en el dormitorio.

Sandor lela un libro en la cama y cuando entró, la miró con fijeza. No dijo una palabra, tan sólo la contempló.

—Quiero ponerme esta loción —le dijo Jan—, sólo que me resulta difícil con el dedo herido. Lamento mucho molestarte, pero, ¿no te importaría?

Se dirigió despacio hacia donde él se encontraba y dejó caer la toalla al entregarle el frasco.

Escuchó cómo aspiró con fuerza, vio cómo brillaba su mirada y después le dijo:

—Vuélvete.

Obediente lo hizo, reprimiendo una sonrisa. Sintió su mano fría en la espalda, aplicándole la loción. Primero en la espalda, después en los hombros y se movió ligeramente.

—Así —le dijo—, me resulta muy difícil alcanzar la espalda —su voz era ronca, había comenzado aquello de forma deliberada, casi a sangre fría, pero también ella sentía el efecto.

—¿Me puedo sentar? —murmuró—. Me parece que es la ginebra.

Se sentó en la cama y él se colocó a su lado. Una vez que terminó con la espalda comenzó a aplicarle la loción por el cuello, por el pecho y ella echó hacia atrás la cabeza.

—Qué agradable, un poco más abajo —de repente fueron las dos manos, sin loción, y ella murmuró—. Pero no tienes…

Antes de que él la hiciera acostarse en la cama, con mucha suavidad, las caricias nada tuvieron que ver con la loción. Jan dejó escapar un pequeño suspiro y le dijo:

—Si no me vas a poner la loción quizá sea mejor que yo te la aplique a ti.

Comenzó a desabotonarle la camisa del pijama, pero no tuvo tiempo para terminar pues él la besó en la boca. Eran los labios de un hombre hambriento y no dispuesto a esperar más. Jan abrazó el cuerpo musculoso y se abandonó a la excitación que él le provocaba;, después no hubo tiempo para palabras sólo la maravilla y el deseo que no necesitaba diálogo para expresarse.

Despertó casi de mañana, podía ver cómo el sol brillaba cada vez más. Miró a Sandor para recordarlo y no sintió culpa alguna por habérselo robado a Alison una noche más. Era la última vez, pronto se iría y todo terminaría entre ellos. Recordó cómo le había hecho el amor unas horas antes y sintió una ola que la recorría el cuerpo y un amor hacia él tan abrumador que casi lanzó un grito.

Sandor abrió los ojos aún medio dormido y quizá se dio cuenta de lo que Jan estaba pensando pues con una mano comenzó a recorrerle los senos, el abdomen, las caderas; se acercó más y ella sintió el calor de su cuerpo y el deseo que ella le provocaba. Se incorporó ligeramente para quedar en sus brazos y le hizo el amor con una ternura que la sorprendió. Podía ser diferente cada vez, era un amante muy versátil, sin duda. Aquella fue la más maravillosa y larga espiral de deleite y éxtasis que había experimentado en su escasa vida sexual.

Él la besó, con suavidad, después ella se dio media vuelta y se quedó dormida, pensando su nombre, viendo su rostro, comprendiendo que lo amaba y siempre lo amaría.

Cuando salió, Alison estaba en la cocina preparando un vaso de leche caliente para Nicky. Jan deseó despedirse pero no pudo. Le había dado un fuerte abrazo a Nicky en la sala donde estaba absorto viendo un programa de televisión. Dejó la carta para Sandor sobre la mesita de noche y guardó sus cosméticos en una bolsa de plástico. Se quedó parada junto a la puerta principal.

—Voy al banco en Melford —le dijo a Alison—. Después haré unas compras.

—¿Vendrás para comer?

Jan dudó un momento.

—No, comeré fuera. ¿Estás bien?

—Sí, gracias a tus cuidados.

Era hora de irse antes de que Alison comenzara de nuevo a decirle cosas que era preferible callar.

—Entonces, me voy, adiós.

Le sonrió sintiendo un gran pesar, pero la joven comprendería cuando leyera la nota que le había dejado junto con la carta de Sandor.

Salió de la casa sin mirar atrás y corrió hacia el automóvil. Se sintió temerosa de que Sandor llegara y la llamara, que le preguntara por qué se iba. Se sentía como una criminal a punto de huir. ¿Y si hubiera regresado a la cabaña a buscar algo, si hubiera subido y leído la nota?

De inmediato puso en marcha el automóvil y cuando pasó junto a la casa que él estaba construyendo, mantuvo la vista en la carretera. No era su casa, nunca lo sería. Cualquiera que fuera la vida futura de Sandor no sería con ella. Deseó que fuera con Alison, sobre todo por Nicky y por el bienestar del niño que aún no había nacido. De seguro hacía un bien al marcharse. Una vez eliminado el obstáculo, ellos se unirían de nuevo.

Pensamientos como estos cruzaban por su cabeza, junto con imágenes aún más turbadoras cuando se dirigía al banco.

El director del banco fue amable y ocultó la indudable sorpresa que debió ocasionarle el que Jan sacara de su cuenta casi mil libras. Le explicó que iba de visita al distrito de los lagos y le pidió que le diera una nota para el director del banco de la sucursal de Kendal por si acaso necesitaba más dinero. Lo hizo amablemente, ella le dio las gracias y partió después de comprar algunos alimentos en una tienda cercana al banco.

Después se puso en camino. Conforme pasaban los kilómetros se tranquilizó, quizá cuando se encontrara lejos desaparecería el dolor, tal vez…

A media tarde se detuvo en un restaurante de la carretera para comer algo y después siguió conduciendo hasta que llegó a Lancaster. No tenía objeto buscar la granja por la noche, por la mañana sería mejor.

Encontró un hotel y se registró bajo el nombre de Hunter; después vio la televisión con varias personas de edad en la sala correspondiente hasta la hora de acostarse. Observó que algunos de los huéspedes la miraban con curiosidad al ver a una joven que

viajaba sola, pero ninguno la interrogó al respecto. Hicieron comentarios sobre el hermoso tiempo que hacía y le preguntaron si había viajado mucho ese día.

Tomó el té y unas galletas con el coronel Lapham y su esposa a la hora de la cena y escuchó una larga y aburrida historia de su vida en la India. Lo oyó con atención y la ayudó a olvidar. También fue un somnífero estupendo y cuando al fin se despidió de ellos, subió a su habitación y de inmediato se durmió.

Desayunó temprano y partió para la etapa final del viaje, para encontrar la granja de sus felices recuerdos a unos kilómetros de Kendal. Si no seguía funcionando como casa de huéspedes buscaría otro lugar. Además necesitaba un trabajo, quizá no de inmediato, pero sí en una semana.

Tuvo necesidad de usar el mapa y de preguntar a varias personas si sabían dónde se encontraba la granja de High Hill. Los hermosos árboles y montañas estaban cubiertos de niebla por el calor. Se cruzó con coches de varios países, llenos de turistas coa las cámaras listas. Había gente de día de campo, acostados en la hierba; en una ocasión pasó junto a un Rolls Royce aparcado con una familia comiendo en pequeñas mesas, mientras el chófer uniformado de gris les servía champán. Casi lanzó una carcajada al verlos. Aquello sólo podía suceder en Inglaterra.

Empezaba a sentirse mejor; pronto pasaría el verano y una vez en otoño decidiría qué hacer con su vida. Durante ese tiempo cicatrizarían las heridas y estaría más fuerte mentalmente. Incluso tal vez regresara a Londres.

Vio la granja frente a ella; aún se encontraba allí el letrero que buscaba: «Granja High Hill, se admiten huéspedes, propietarios el señor y la señora J. H. Cowan».

Serían más viejos, no la recordarían pero eso no le importaba, tal vez fuera mejor. Siempre habían sido bondadosos, alegres, una pareja muy trabajadora que había nacido y se había criado en el distrito de los lagos con hijos, que seguramente ya se habían casado.

Jan tomó la vereda hasta la casa y apagó el motor. Se sintió como si estuviera llegando a su casa. Salió del automóvil y oprimió el timbre.

—Bueno —le dijo la señora Cowan sonriéndole—, está la casa llena querida y para serle sincera hubiera preferido que me llamara por teléfono. Le hubiera evitado las dificultades para encontrarnos —le pasó un plato de pastel y se sirvió más té.

Estaban sentadas en una gran sala llena de personas y Jan se desanimó al escucharla.

—Lo siento mucho. Por supuesto que debí escribirle o al menos llamar por teléfono, pero decidí venir en el último momento.

—Trataría de acomodarla, su rostro me parece familiar, querida. Sin embargo, quiero serle sincera, tenemos pocos empleados. Mi hija más joven nos estaba ayudando pero hace dos días enfermó. Ya está mejor, pero necesita descansar por lo menos una semana.

—¿Necesita ayuda?

La señora Cowan la miró, ligeramente sorprendida.

—¿Se está usted ofreciendo? Sé muy bien que me resultaría difícil conseguir empleados en esta época del año; y además, usted ha venido aquí de vacaciones!

Era el momento de explicarle, Jan se percató de la franqueza de aquella bondadosa mujer y también comprendió lo que deseaba hacer.

—Vine aquí hace dos años con mis padres y siempre he recordado su granja con gran afecto. Ahora he tenido que alejarme de una mala… una mala situación emocional —se detuvo—, y decidí ver si usted podía acomodarme aquí un tiempo hasta que encontrara un trabajo. Si permite que me quede le prometo que trabajaré mucho.

La señora Cowan se dio una palmadita en la rodilla.

—¡Vaya, usted es la respuesta a mis oraciones! ¿Puede arreglar las camas, servir los alimentos y ayudar a lavar?

—Sí.

—Tendrá que dormir en un pequeño dormitorio en el ático.

—Me parece muy bien.

La señora Cowan la miró con fijeza y frunció el ceño.

—Ahora la reconozco… ¿Su madre no es…? —se detuvo como si no estuviera segura de cómo decirlo.

—Coral Hunter, la directora de Zesty-Cola. Usted la conoció como la señora Ingles, ése era el apellido de mi padre. Mi difunto padrastro me adoptó cuando se casaron.

—¡Claro! Yo tenía razón, he visto la fotografía de su madre muchas veces y la de usted también. Cielos, si usted no era más que una niña cuando se hospedaron aquí. Recuerdo que pensé que necesitaba que la alimentaran y mire ahora, es una hermosa joven. ¡Espere que Jim la vea, se le van a saltar los ojos!

Jan rio. Por primera vez en mucho tiempo empezaba a sentirse feliz.

—¿Debo entender que me acepta?

La señora Cowan sonrió con afecto.

—Desde luego que sí, vamos a tomar otra taza de té para

celebrarlo. Después le mostraré su habitación y hablaremos del sueldo. Yo no puedo pagar una fortuna, tiene que comprenderlo.

—¡Trabajaré gratis!

—¡Oh, no nada de eso! ¡Cielos, qué cosas dice! Pero sí le prometo que la alimentaré bien. Tenemos dos muchachos suecos y una pareja alemana con dos niños; hoy llegarán dos norteamericanos que vienen de Escocia. No damos comidas, pero sí una gran cena y el desayuno. Venga, querida, se lo contaré una vez que le haya mostrado su habitación. Además, le buscaré una bata para trabajar. Si tuviera ganas de trabajar hoy se lo agradecería mucho.

—Lo haré, gracias señora Cowan, es usted muy amable.

—Llámeme Daisy, querida, todo el mundo me llama así.

La habitación era diminuta, con un techo inclinado en el que se podía golpear la cabeza con facilidad, pero desde la ventana se veía un hermoso paisaje y había una cama que parecía muy cómoda. El único mobiliario que cabía en el ático era una silla y un armario, pero para ella era suficiente.

Jan se volvió a la señora Daisy, resistiendo el impulso de darle un abrazo.

—Es encantador.

—Mmm, sería demasiado pequeño para mí —la señora se llevó las manos a las amplias caderas y rio—. Pero usted es joven y estará bien aquí. Hay un baño afuera que es privado. Nadie subirá aquí. Cuando quiera puede traer su equipaje. Una vez que baje iremos a ver a Jan para contárselo y después puede empezar su trabajo.

Salió y Jan la siguió.

* * *

Era como si la hubieran lanzado a las profundidades, pero era precisamente lo que necesitaba Jan. Esa noche sirvió la cena a los dos jóvenes suecos, a la familia alemana y a los dos norteamericanos que habían llegado unos minutos antes de las siete y media. La señora Cowan la ayudó y fue un constante ir y venir de la cocina al comedor sin un momento para charlar o siquiera para pensar en algo sino en que plato vendría después y para quién era.

Cuando terminó y quedó vado el comedor, Jan limpió las mesas, sintiendo como si se le fueran a desprender los pies. La señora Cowan estaba horneando bizcochos para la cena del día siguiente y la cocina se llenó de un aroma exquisito.

—Bien, ¿cómo le fue? —le preguntó Daisy mientras Jan metía las manos en el agua con jabón.

—Me duelen los pies, pero aparte de eso creo que sobreviviré —le contestó la joven, alegre.

La señora Cowan se rio.

—Se acostumbrará en uno o dos días, es una gran ayuda para mí, créame lo ha hecho muy bien. ¡Si llegué a pensar que usted había estado sirviendo mesas durante años! Terminaremos enseguida, después preparamos todo para la merienda, sólo toman té y unos cuantos bizcochos hechos en casa, pero a los visitantes extranjeros les encanta un poco de la vieja Inglaterra y yo no se lo niego.

—¿A qué hora lo toman? —Jan se vio acostándose a la una.

—No se asuste, yo les dejo termos con agua hirviendo para que ellos se lo preparen. Tengo que levantarme a las cinco y algunos regresan a medianoche.

Jan suspiró ah viada.

—¿A qué hora desea que me levante mañana?

—Alrededor de las siete y media. Se desayuna entre las ocho y media y las nueve. Después de eso puede pasar la aspiradora y retirar la ropa de las camas de los alemanes. Se van mañana y llegan unos franceses. Limpie los dormitorios y después tendrá la tarde libre hasta las seis. Ese es el tiempo que yo aprovecho para ver a mi hija Caroline.

Jan comprendió que tendría que acostumbrarse a su nueva rutina. Trabajaría sin cesar por las mañanas, probablemente desde las siete y media hasta la una o las dos y después el tiempo libre hasta la cena. Se adaptaría pronto. Es más, ya estaba acostumbrándose. Sin embargo, aún había un pequeño problema.

—Hasta que me compre un reloj despertador, ¿quisiera llamarme por la mañana? Tengo la sensación de que dormiré como un tronco y no me gustaría levantarme tarde la primera mañana.

—Lo haré, cariño además le daré un reloj que despertaría a cualquiera, es como una alarma de incendio. ¡Eso la despertará! Ahora vamos a tomar una taza de té y después nos sentaremos a charlar un poco sobre su tiempo libre y el sueldo.

A las diez y media Jan casi se dormía de pie. La señora Cowan se dio cuenta y riendo le sugirió que fuera a acostarse. Jan accedió de inmediato.

Unos segundos después de que su cabeza tocara la almohada, se quedó dormida.

El estruendo de mil campanas la despertó. Había un incendio y Sandor corría a rescatar a Nicky y Alison mientras Jan estaba parada en el jardín llorando y rogando para que pudiera salvarlos. En ese instante Jan se incorporó, asustada, con el corazón latiéndole agitado dándose cuenta de que era el despertador lo que estaba sonando, apagó la alarma y se calmó de inmediato. Todo había sido un sueño y desde luego la señora Cowan tenía razón en lo que le había dicho.

Cuando llamaron a su puerta, ya estaba vestida y lista para bajar.

Cuando terminaron todo el trabajo, pasaba de la una. Tenía libre hasta las seis y el pensar en ello la entusiasmó. Cinco horas para hacer lo que quisiera. Jan subió a su habitación para buscar el bolso y las llaves del coche, vio la cama y decidió descansar diez minutos antes de salir. Iría a Windermere para hacer algunas compras, llamaría por teléfono a su madre, para tranquilizarla y decirle que estaba bien y después regresaría a la hora de la cena. Se acostó pensando qué haría en el resto del día y cerró los ojos sólo unos minutos.

Cuando despertó el reloj indicaba que pasaban de las cinco. Sorprendida y sin poder creerlo miró su reloj de pulsera. No había error alguno, ambos tenían la misma hora. Se había dormido durante cuatro horas. Sintiéndose culpable bajó por la escalera y le contó lo que había ocurrido a la señora Cowan, quien preparaba varios pollos para meterlos en el horno. A ésta le pareció muy divertido.

—Siéntese, querida —le dijo—, estoy calentando agua y enseguida podremos preparar un poco de té. Eso la terminará de despertar —siguió rellenando los pollos—. ¡Oh, casi me olvidaba!

Ha llamado por teléfono una señora. Pensé que había salido a dar un paseo y por eso no le avisé.

—¿Una señora? ¿Dejó su nombre? —Jan no lo podía creer. ¿Sería su madre?

—No, querida, sólo dijo que era una amiga. Claro que si hubiera sido un hombre hubiera tenido más cuidado, pues usted ya me dijo que teñía un problema emocional y según mi experiencia eso pasa siempre por causa de algún hombre. No se preocupe, no voy a entrometerme en su vida, pero como ya le he dicho, me pareció una persona tan agradable que le confirmé que usted estaba aquí y me dio las gracias.

Jan observó confundida a la otra mujer. Nadie sabía que ella estaba en la granja.

—¿Puedo prepararme un poco de té?

—¿No la habrá preocupado esto? Era una persona muy amable, de verdad.

—Es que me extraña, pues nadie sabe dónde estoy.

La señora Cowan frunció el ceño.

—Eso sí es raro. Cuando llame de nuevo averiguaré quién es antes de que pueda hablar con usted. Las bolsas de té están allí, querida. Me vendría bien una taza a mí también. Después meteré estos pollos en el horno.

Su actitud calmada fue suficiente para desvanecer las dudas de Jan. No había motivo para preocuparse y además tenía mucho trabajo que hacer.

La misteriosa persona no llamó de nuevo y a la hora de acostarse Jan estaba tan cansada que se había olvidado del asunto. Se acostó a leer una novela que Jim Cowan le había prestado, leyó media hora antes de apagar la luz y de quedarse dormida.

La alarma del reloj la despertó pero ya se había acostumbrado a ella y en aquella ocasión no le provocó pesadillas. A las siete y media ya había bajado vestida y lista para comenzar la jomada.

Pasó con éxito el desayuno, lavó y recogió los platos y empezó a ayudar a la señora Cowan con la limpieza de la casa. Mientras trabajaban, escucharon música en la radio y la señora Cowan le contó varias historias divertidas sobre huéspedes anteriores y la mañana pasó con cordialidad.

Estaban en la sala disfrutando de una bien ganada taza de café al mediodía cuando sonó el timbre de la puerta principal.

Jan alzó la vista.

—¿Quiere que yo…?

—Oh, querida, será alguien que desea una habitación. Le daré la dirección de uno o dos hoteles. Quédese sentada y termine su café.

La señora Cowan salió y pasaron varios minutos. Jan podía escuchar voces lejanas pero la música de la radio no le permitía oír los detalles.

Nada la previno, no tuvo premonición alguna. Hasta que regresó la señora Cowan y con una expresión muy extraña dijo:

—Es alguien que la busca, querida.

Jan alzó la vista, vio la expresión de la otra mujer y se sintió ligeramente mareada.

—¿Quién…? —no pudo concluir la pregunta.

La señora Cowan le sonrió, afectuosa.

—Es un hombre y me ha pedido que le diga que la ama.

Jan trató de levantarse y la habitación comenzó a girar a su alrededor.

—Por favor —le dijo con los labios secos—, por favor…

Daisy se acercó y la cogió del brazo en el momento en que Sandor entraba en la sala.

Capítulo 11

Él la sujetó en el momento en que caía, la colocó en el sofá y se arrodilló junto a ella, con el rostro pálido. La señora Cowan después de mirarlos recogió su taza y desapareció.

—Jan. ¡Oh, Jan, qué tontos hemos sido! —la movió levemente—. ¿No vas a decirme algo, aunque sea vete?

—¿En dónde está Alison? —susurró.

—Con su esposo y su hijo en la cabaña, cuidan de los perros que tuve que dejar para perseguirte.

—¿Su esposo? —comenzaron a castañetearle los dientes. Aquello debía ser un sueño y sintió mucho frío.

—Sí, envíe a por él cuando ella enfermó. Quería que llegara para que cuando lo vieras pudieras creer lo que te negabas a aceptar.

Jan movió la cabeza, aturdida.

—No, no comprendo nada.

—No, estoy seguro de que no —se sentó a su lado, en el sofá—. Te lo contaré paso a paso y entonces quizá me creas. Después de eso tal vez también podamos perdonamos el uno al otro por el tiempo que hemos perdido y la desdicha que nos hemos ocasionado.

La rodeó con un brazo y ella no se resistió.

—Hice mal, debí hablarte sobre Alison y Nicky desde el principio, pero no lo hice debido a que me resulta difícil hablar de mi familia. Tenía un hermano más joven, Alexei, que era, digamos una especie de sinvergüenza. Imagino que tu madre oyó algunas historias sobre él cuando dijo todo aquello sobre las mujeres que yo tenía, pero eso carece de importancia. Alexei murió en un accidente hace tres años. Nicky es su hijo, no mío. Alison era muy joven cuando lo conoció, se enamoró y ocurrió lo inevitable. Lamento decirte que el sentido de responsabilidad de Alexei no era tan fuerte como el mío. Él le pasaba dinero para mantener al niño, pero eso era todo. Después de su muerte, decidí buscar a Alison y aceptó que le diera una cantidad mensual para ella y Nicky. Se fue de Londres, sus padres se portaron con mucha dureza con ella. Yo le compré una casita en el pueblo donde la viste. Como es natural ella fingió ser una joven viuda y allí conoció a un marino mercante llamado Brian. Se casaron hace un año y el niño que espera es suyo.

—¿Por qué… por qué no me lo dijiste?

—Porque habías leído la carta y de inmediato pensaste lo peor, probablemente recordando lo que había dicho tu madre. Eso me

lastimó, sí, soy duro, pero mi amor por ti es muy profundo y me heriste mucho. Perdóname, pero quería darte una lección, sólo que fuiste tú quien me la dio a mí.

Cerró los ojos.

—Cuando vi tu carta, cuando supe que me amabas y que a pesar de ello estabas dispuesta a sacrificarte por mí y por la mujer a la que creías que yo amaba, comprendí lo terco y estúpido que había sido. Comencé a averiguar dónde habías ido. Le dijiste a Alison que ibas al banco así que fui allí primero y hablé con el director. Al principio no quería contarme nada, pero logré convencerlo, francamente lo soborné prometiéndole trasladar mi cuenta a su banco. Me mencionó la carta que te había hecho para Kendal. Después llamé por teléfono a tu madre, le hablé del problema que había entre nosotros y le pregunté si tenía alguna idea de dónde podía encontrarte. Créeme que estaba a punto de contratar a un equipo de detectives para revisar todo el distrito de los Lagos en busca de tu automóvil, pero no fue necesario. Tu madre me habló de la granja y me confió que había sido un lugar donde hace años pasaste unas vacaciones muy felices. Le pedí a Alison que llamara por teléfono y lo hizo —encogió los hombros—. Brian había regresado, así que ayer por la tarde salí para acá.

—Estoy trabajando aquí —le dijo Jan casi sin voz, de momento le resultaba demasiado confuso todo lo que él le contaba.

—Lo sé, la señora que me ha abierto la puerta me lo ha dicho No hay ningún problema, me quedaré contigo y pasaremos aquí nuestra luna de miel.

—Pero… —con los ojos muy abiertos lo miró—. ¿Cómo podemos…?

—¿Tienes una cama? Bien.

—Es muy estrecha —le dijo con firmeza, pero en sus labios asomó una sonrisa de felicidad.

—Mejor aún, me gusta esa idea —Sandor la besó y después rio a carcajadas.

—No puedo dejar sola a Daisy.

—No lo harás. Contrataré alguien, aun cuando para ello tengo que hacer que una agencia de Londres le envíe a alguna persona, Iré a hablar con ella en este momento.

Jan le sujetó un brazo.

—Espera, déjame digerir todo esto. Ha sido tan inesperado.

—Sí, lo sé, pero lo principal, lo más importante de todo es esto: te amo con todo mi corazón. Siempre te he amado y siempre te amaré.

—Oh, mi querido Sandor —susurró—, yo también te amo. Ese es el motivo por el que me fui, pensé… pensé que era a ella… cuando os vi

a los dos hablando, cuando vi cómo os mirabais… Oh, he sido tan tonta, Alison trató de decírmelo un día y yo me negué a escucharla. Estaba temerosa de lo que según yo iba a decirme.

Suspiró de felicidad, no de angustia.

—Tengo más que decirte, mucho más, pero quiero hacerlo cuando estemos solos. Déjame hablar con la señora Cowan primero y después subiré mi maleta a nuestro dormitorio.

Sandor se inclinó hacia ella y le susurró algo al oído haciéndola sonrojar como una colegiala en su primera cita.

Con voz muy baja le contestó.

—Sí, he traído la loción, aunque… —él la hizo callar con un beso y después le dijo.

—Ya verás, muy pronto lo verás.

La obligó a levantarse y cuando la miró, brillaba el amor en sus ojos.

—Te he encontrado y nunca volverás a escapar de mí. Ahora sube que yo iré enseguida.

El tono de su voz era muy ronco.

—Yo no quiero escapar —susurró Jan—. No tardes, mi amor, quiero comenzar nuestra luna de miel cuanto antes.

—Ah sí, ¿no será mejor que te coloques de nuevo tu anillo de bodas en el lugar que le corresponde? —sacó del bolso la alianza que ella le había dejado junto con la carta y se la colocó en el dedo.

—Ahora estamos casados de nuevo. Vete, vete pronto antes que me sienta tentado a hacerte el amor aquí mismo.

Jan comprendió que lo decía en serio y salió corriendo. No quería sobresaltar a la señora Cowan. Se preguntó si alguien alguna vez habría tenido un inicio de luna de miel tan poco usual. Oyó la risa de Daisy mientras subía por la escalera. Al parecer, la señora y Sandor se llevaban muy bien.

Entró en el diminuto, pero agradable, dormitorio del ático, cerró las cortinas y esperó impaciente a su esposo, al hombre que siempre amaría.

Fin